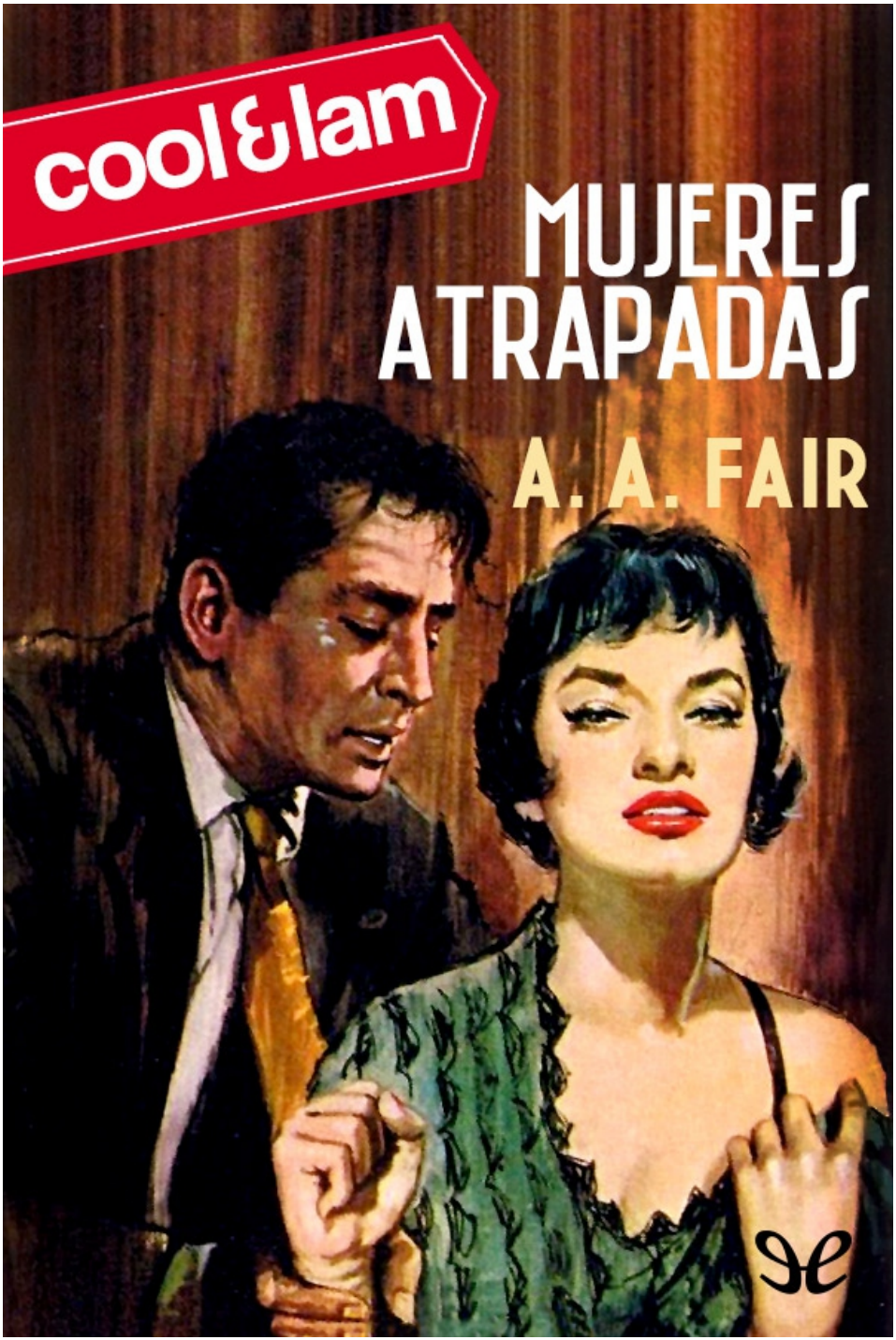
cool & lam

MUJERES ATRAPADAS

A. A. FAIR



¿Qué vamos a hacer con los criminales? Hemos de castigar a todo aquel que vulnere la ley, con el fin de que el castigo refrene el crimen. Pero en cuanto esa persona ha sido castigada, ¿cuál es su destino? ¿Qué haremos con nuestros penales? ¿Mantenerlos como fábricas del crimen que manufacturan criminales, o transformarlos de tal manera que conviertan a los delincuentes en útiles ciudadanos? Las respuestas a estas preguntas son más importantes de lo que parece a primera vista. En cuanto un transgresor de la ley ha cumplido la condena y recobra su libertad, su comportamiento, a partir de este instante, depende de cómo le ha tratado la sociedad durante su encarcelamiento. Si la sociedad ha recurrido al castigo como un modo de ajustar las cuentas al criminal, no es extraño que éste, en cuanto recobra la libertad, busque la manera de ajustar las cuentas a la sociedad. No son fáciles las respuestas a estas preguntas…

A. A. Fair

Mujeres Atrapadas

Cool & Lam-20

ePub r1.1
fenikz 24.01.15

Título original: *Kept Women Quit Can't*
A. A. Fair, 1960
Traducción: Francisco Elias
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Introducción

¿QUÉ vamos a hacer con los criminales? Hemos de castigar a todo aquel que vulnere la ley, con el fin de que el castigo refrene el crimen. Pero en cuanto esa persona ha sido castigada, ¿cuál es su destino?

¿Qué haremos con nuestros penales? ¿Mantenerlos como fábricas del crimen que manufacturan criminales, o transformarlos de tal manera que conviertan a los delincuentes en útiles ciudadanos?

Las respuestas a estas preguntas son más importantes de lo que parece a primera vista.

En cuanto un transgresor de la ley ha cumplido la condena y recobra su libertad, su comportamiento, a partir de este instante, depende de cómo le ha tratado la sociedad durante su encarcelamiento.

Si la sociedad ha recurrido al castigo como un modo de «ajustar las cuentas» al criminal, no es extraño que éste, en cuanto recobra la libertad, busque la manera de «ajustar las cuentas» a la sociedad.

No son fáciles las respuestas a estas preguntas, pero bajo la égida de
James V
. Bennett, director general de Penales, la eficacia instructiva de los centros federales de reclusión avanza a pasos de gigante.

Durante estos últimos años he estado en contacto con Preston G. Smith, el director de la Institución Correccional Federal de Terminal Island, San Pedro, California. He sostenido, de vez en cuando, conversaciones con él sobre problemas de Criminología, y en una carta que me escribió recientemente expresó de una forma tan atinada su actitud que le pedí permiso para citar los siguientes párrafos:

«Comprendo que nuestra responsabilidad básica hacia el público y respecto a los individuos que nos son encomendados para su custodia es mantenerlos a salvo por el periodo de tiempo prescrito por los tribunales. Pero, en mi opinión, la responsabilidad más grave que contraemos es la de ayudar a estas personas a hacer algo, durante su confinamiento, que les permita, cuando recobren la libertad, convertirse en miembros útiles y respetables de la sociedad.

»No pretendemos rehabilitar a persona alguna. Lo mejor que confiamos hacer es suministrar el aliento y el consejo indispensables para que se abran camino por sí mismos. En qué medida se benefician de las oportunidades que se les brinda es una cuestión estrictamente personal. Cada hombre, cada mujer hace uso de su propio albedrío. Lo único que podemos hacer es cruzar nuestros dedos y confiar en que todo salga bien. "Sin lugar a dudas, sabe usted muy bien lo que he querido decir con «las herramientas necesarias". Primero les enseñamos lo fundamental: el aseo personal, la forma correcta de expresarse, la importancia de tener limpios sus lugares de descanso y de trabajo, la satisfacción que puede derivar de un día honradamente empleado, etc. A continuación les sometemos a un entrenamiento académico y vocacional, a una instrucción religiosa, a clases generales individuales o en grupo, a actividades especiales, como las de A. A, Dale Carnegie, etc. Éstas son algunas de las oportunidades que tienen a su alcance nuestros "clientes". Hasta qué punto suelen aprovecharse de ellas es, como ya he dicho más arriba, una cuestión que depende de la voluntad de cada cual. Afortunadamente, un tanto por ciento de los reclusos, cada vez mayor, saca provecho de su encarcelamiento, y cuando abandonan los confines del penal están mejor equipados para asumir el papel de respetados miembros de la sociedad.

»Ha sido para mí una gran fortuna haber podido colaborar estrechamente con el señor Bennett, su buen amigo y digno director nuestro, durante una gran parte de mi carrera como funcionario de Penales. La relevante dirección del señor Bennett y su esforzada labor para mejorar la suerte de este infortunado sector de nuestra sociedad, han sido una fuente de verdadera

inspiración para todos los que hemos tenido la oportunidad de conocerle y de trabajar a su lado como miembros de su equipo. Nos duele pensar que un día opte por ejercer sus derechos a un bien ganado retiro. Su partida creará un vacío muy difícil de llenar».

Opino que lo que acabo de transcribir aclara mis dudas más de lo que habría podido imaginar. Los presos son seres humanos. No se les puede segregar de la sociedad y a continuación esperar que, cuando se les devuelva a ella, reanuden su vida como si nada hubiese ocurrido. A un ser humano no se le puede conectar y desconectar de la sociedad como si fuera una lámpara eléctrica o el grifo de una cañería de agua.

La idea del castigo vindicativo es lo peor que esta sociedad pudo imaginar. Acaso ofrezca a ciertos individuos un breve período de satisfacción sádica. No obstante, debería tenerse en cuenta que la gran mayoría de los reclusos se propone, sinceramente, una vez recobrada la libertad, seguir el buen camino. Y, aunque parezca extraño, muy pocos de ellos saben qué fue, en realidad, lo que les produjo el estado mental que les llevó a convertirse en delincuentes. La mayoría de los reclusos no se propusieron convertirse en criminales, del mismo modo que un bebedor no se propone nunca convertirse en borracho. Esforzarse en que los reclusos en prisiones se rehabiliten y dispongan de las herramientas necesarias para el trabajo, no es mimar a los criminales; es proteger a la sociedad.

Por todo lo cual dedico este libro a mi amigo:

Preston. G. Smith, director de la Institución Correccional Federal de Terminal Island, California.

ERLE
STANLEY
GARDNER

capítulo primero

SOBRE el cristal esmerilado de la puerta del pasillo podía leerse:

COOL AND
LAM

Debajo aparecían los nombres de B. Cool, Donald Lam, y más abajo, otra indicación:

ENTRADA

Nada había en estas palabras, pintadas sobre el cristal de la puerta, nada que indicara que B. Cool era una mujer que totalizaba ciento sesenta y cinco libras de suspicacia y codicia. La forma, el volumen y la feliz disposición de Bertha Cool eran la de un rollo de espino artificial listo para el embarque.

Abrí la puerta, saludé con un movimiento de cabeza a la recepcionista, me encaminé a una puerta en la que había un letrero que decía:

DONALD
LAM
-
PRIVADO

Y la empujé.

Elsie Brand, mi secretaria, apartó los ojos de un álbum de recortes en el que estaba trabajando y los fijó en mi persona.

—Buenos días, Donald.

Vi, mirando por encima de su hombro, lo que estaba pegando en el álbum. Era el quinto volumen de casos no resueltos que un día u otro podrían reportarnos algún provecho. Las probabilidades de resolver cualquiera de estos casos eran una entre diez mil, pero, no obstante, en mi opinión, una buena Agencia de detectives tenía que estar al tanto de lo que se tramaba en el mundo del crimen.

El vestido que llevaba Elsie tenía un escote cuadrado, y al inclinarse para pegar un recorte de periódico, mis ojos se clavaron irresistiblemente en el nacimiento de su garganta.

Se dio cuenta de mi mirada, rió nerviosa y cambió de postura.

—¡Por Dios, *tú*! —exclamó.

Miré el recorte que había pegado en el álbum; era el relato de un robo audaz de cien mil dólares de un auto blindado. Se realizó de tal modo que nadie se dio cuenta de cómo, cuándo y en qué momento se llevó a cabo. La policía creyó que tal vez pudo haber tenido lugar en un aparcamiento de automóviles situado frente a una cafetería denominada *El buen yantar*.

Un chico de catorce años, muy avispado, había visto el coche blindado estacionado junto al restaurante y observado que un auto *sedan* se había detenido detrás del callejón. Un hombre pelirrojo de unos veinticinco años empezó a colocar un gato debajo de una de las ruedas frontales, la de la izquierda. Lo extraño del caso fue, según dijo el testigo, que el neumático de la rueda izquierda no estaba desinflado, pese a lo cual el hombre hizo como si lo cambiara.

El dinero estaba depositado en un compartimiento posterior. Para abrirlo se necesitaban dos llaves: una de ellas, la tenía el conductor y la otra el guardia armado que le acompañaba. Sin ellas no podían abrirse las cerraduras.

Siempre iban dos hombres en los camiones blindados: el conductor y el guardia. Se habían detenido allí a tomar café, pero, como de costumbre, uno de ellos permaneció dentro del coche mientras el otro entró en el establecimiento. Cuando éste terminó el desayuno, salió a ocupar el puesto del que había quedado en el coche, y éste a su vez se dirigió al restaurante para desayunar. Esta parada constituía una violación técnica de las ordenanzas, pero la Compañía solía pasarla por alto, ya que siempre quedaba uno vigilando el camión.

Elsie Brand elevó hacia mí su mirada y dijo:

—El sargento Sellers está ahí dentro discutiendo a brazo partido con Bertha Cool.

—¿Asunto social, sexual o de negocio? —pregunté.

—De negocio, según creo —dijo—. Oí algo por la radio, antes de venir esta mañana. Sellers y su compañero están ocupados en un caso y corre el rumor de que cincuenta mil dólares en dinero que recobraron han desaparecido misteriosamente.

—¿Este caso? —pregunté, señalando los recortes que había pegados en el álbum.

—No lo sé —contestó. Y añadió—: Ya sabes que Bertha Cool no se digna hacerme confidencias.

Cambió de posición ligeramente. La depresión que se había formado sobre su garganta pareció ensancharse. Al verse observada exclamó:

—¡Basta, Donald!

—¿Basta qué?

—No se ha hecho para que se la mire desde ese ángulo.

—No se trata de un ángulo —dije—; es una curva. Y si no se ha hecho para que se la mire, ¿por qué razón se ha hecho tan bonita?

Llevó la mano al escote, se subió el vestido y dijo:

—En lugar de fijarte en esto, fíjate en el negocio. Me parece que el sargento Sellers…

El tintineo del teléfono le cortó la palabra.

Cogió el aparato y dijo:

—Soy la secretaria del señor Lam.

A continuación me miró y enarcó sus cejas. Asentí con un movimiento de cabeza.

—Sí, señora Cool —exclamó—; acaba de llegar ahora mismo. Se lo diré.

Me llegó por el receptor la voz estridente y metálica de Bertha Cool:

—Que se ponga inmediatamente al aparato. Se lo diré yo misma.

Elsie Brand me pasó el teléfono.

—Hola, Bertha. ¿Qué tal van las cosas? —dije.

—Ven aquí inmediatamente —exclamó Bertha.

—¿Qué ocurre?

—Nada bueno. Entra y lo sabrás —respondió.

Y colgó.

Devolví el aparato a Elsie y dije:

—Los huevos fritos que ha desayunado esta mañana se le han indigestado.

Salí de mi despacho, crucé la salita de recepción y entré por la puerta señalada con el letrero:

B.
COOL
-
PRIVADO
.

La voluminosa Bertha Cool estaba en su rechinante sillón giratorio, detrás de su mesa. Sus ojos, lo mismo que sus diamantes, echaban chispas.

El sargento de policía Sellers, mordiendo un cigarro apagado como un perrillo nervioso que masticase una pelota de goma, se hallaba sentado en el sillón de los visitantes, con la mandíbula contraída y adelantada. Parecía un pugilista dispuesto a encajar o a conectar un golpe.

—¡Hola, buena gente! —dije, procurando que mi bienvenida tuviese todo el calor humano posible.

—¡Déjate de zalemas, y al grano! —me dijo Bertha—. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Frank Sellers se sacó de los labios el cigarro con los dos primeros dedos de su mano derecha y dijo:

—Escucha lo que voy a decirte, detective de bolsillo: si lo que te propones es jugarnos una de las tuyas, te prevengo, como hay Dios, que te haré pedacitos, tan chicos que para reconstruirte será necesaria la intervención de un experto en rompecabezas.

—¡Qué horror! —exclamé—. ¿Y todo eso a qué viene? —le pregunté.

—Hazel Downer —dijo Sellers.

Esperé a que siguiera hablando, pero se calló. Al cabo de unos instantes prosiguió:

—¡No pongas esa cara de inocente!

Trasladó a su mano izquierda el roído cigarro, y con la derecha

hurgó en el bolsillo del mismo lado, sacando de él un cuadradito de papel en el que podía verse escritas, con letra femenina, las palabras «Cool y Lam», seguidas de la dirección de la oficina y del número de teléfono.

Tuve, por un segundo, la sensación de que se desprendía de aquel papel un leve perfume, pero antes de que llegara a mis narices, el nauseabundo olor de tabaco mojado que despedían los dedos del sargento Sellers paralizó mis facultades olfatorias.

—¿Y bien? —preguntó Sellers.

—¿Y bien, qué? —dije con una sinceridad que no necesitaba fingir.

—Puedes estar seguro de una cosa, Frank —dijo Bertha—. Si es joven, atractiva y con bonitas curvas, y ha tenido algún contacto con *esta* Agencia, ha sido Donald quien la ha recibido.

Sellers asintió con un gesto, recogió el trozo de papel y volvió a metérselo en el bolsillo: llevó de nuevo a sus labios el maloliente cigarro, lo masticó durante unos segundos y con el ceño fruncido y una torva mirada exclamó:

—Es joven y tiene curvas muy bonitas, detective de bolsillo. *Anda*, háblame de *ella*.

Moví la cabeza negativamente.

—¿Quieres decir que no la has visto? —preguntó, sorprendido.

—Jamás he oído hablar de ella —respondí.

—Bueno. Ahora, escúchame —dijo Sellers—; voy a decirte algo que ya le dije a Bertha. Estrictamente confidencial. Si leo algo en los diarios, sabré quién les ha ido con el cuento. Ayer fue desvalijado un camión blindado. Desaparecieron cien mil dólares. En billetes de los gordos. ¡Cien mil relucientes machacantes!

»Tenemos un solo indicio. Nos lo dio un chavalillo. No voy a decirte cómo ni cuándo; el caso es que apunta a un pelirrojo, granuja por derecho propio, llamado Herbert Baxley, y sólo puedo decirte, microbio, que para mí sería un honor y un placer retorcerle a ese punto el pescuezo.

—¿Y qué ha sido de ese Baxley? —pregunté.

—Lo tenemos a la sombra —respondió Sellers—. Iba de aquí para allá, muy atareado, por lo que decidimos seguirle la pista. Teníamos una buena descripción de él. No obstante, no estábamos completamente *seguros*. Mi compañero y yo no le perdíamos de

vista ni un segundo, pero queríamos que nos llevara a algunos sitios más antes de echarle el guante.

»El tal individuo había estado comiendo en *El buen yantar*. Es un restaurante especializado en servir a los automovilistas y, además, muy frecuentado por las chicas más curvilíneas del lugar. Cuando el tiempo es caluroso las chicas van vestidas de un modo que paraliza la imaginación; y cuando el tiempo es malo, llevan unos *slacks* y *sweaters* que se ajustan a sus cuerpos como la piel a una salchicha. En cualquiera de los dos casos, la inactividad de la imaginación es total.

»Es un restaurante concurrido; demasiado. Tal vez un día de éstos se nos ocurra instruir a todos los que lo frecuentan una causa por inmoralidad, y no vamos a dejar títere con cabeza. Pero el caso es que también van a ese sitio clientes asiduos a tomar café. Por ejemplo, esos dos conductores del camión blindado que, desde el mes pasado, hacen allí paradas fuera de reglamento para tomar café y buñuelos, y a la vez una ración de vista. Como si admirar curvas estuviese comprendido en el servicio.

»Tenemos razones para creer que alguien provisto de llaves duplicadas abrió la puerta trasera del camión y se llevó los cien mil "ojos de buey".

»En fin, mientras íbamos siguiendo la pista a Baxley, observamos que entró en la cafetería y pidió dos hamburguesas para comerlas fuera. Una de ellas la quería completa, y la otra sin cebolla. Se las sirvieron en una bolsa de papel. Entonces se dirigió hacia su coche y esperó a la dama con la que, al parecer, tenía una cita.

»No se presentó. El hombre consultó varias veces su reloj y parecía muy amoscado. Después de algún tiempo se comió *las dos* hamburguesas, las dos, fijaos bien, la de cebolla y la otra. A continuación arrojó a un cesto de basura la servilleta y la bolsa de papel, se limpió las manos, volvió a su coche, lo puso en marcha y se fue calle abajo. Es lógico pensar que se había citado con una dama y que habían proyectado ir a algún sitio a comer las dos hamburguesas. A la dama no le gustaba la cebolla; a él sí. No habría pedido una sin cebolla si su propósito hubiera sido comerse las dos. Así, pues, según nuestro modo de ver, algo debió de recelar la dama para dejarle plantado.

»Nosotros, como es natural, nos dispusimos a seguirle. A poca

distancia de la cafetería había un surtidor de gasolina con una cabina telefónica. Allí se detuvo Baxley. Estacionó el coche, se apeó de él y se metió en la cabina. Para casos como éste disponemos de prismáticos muy potentes. Los enfoqué, pues, en la dirección de la cabina telefónica y pude anotar el número que estaba marcando:
Columbine
6-9403
.

»Pero ocurrió que, para ver bien el número que iba a marcar, nos acercamos a la cabina más de lo necesario. Baxley iba a comenzar a hablar cuando, de pronto, como si se hubiese dado cuenta de algo, se volvió y, por encima de su hombro, su mirada se fijó de lleno en la lente de mis prismáticos. Todavía no sé si nos vio o no. Fui imprudente, lo sé, pero cualquiera hubiese hecho lo mismo. Estos prismáticos son enormemente potentes. Acercan nueve veces los objetos. Estábamos a veinticinco metros de la cabina, y dentro de un coche aparcado, y, sin embargo, cuando se volvió y miró en mi dirección, tuve la impresión de que el hombre se encontraba a cuatro pasos de mí y de que sus ojos estaban clavados en los míos. Grité a mi compañero: "¡Ya nos vio! ¡Vamos a por él!".

»Saltamos del coche. Bueno, si no nos había visto antes, ahora sí que nos vio bien. Dio un bote y se precipitó fuera de la cabina, dejando descolgado el receptor, y se metió en su coche. Pero, antes de que pudiera ponerlo en marcha, ya lo teníamos encañonado con nuestros revólveres. El hombre no rechistó y puso las manos en alto.

»Le registramos y encontramos un revólver; también las llaves de su piso, su dirección y todo lo demás, y antes de que hubiéramos acabado con él, nos confesó que era pistolero de profesión.

»Me metí en su coche, le esposé y nos pusimos en camino. Mi compañero nos siguió en el coche patrullero. No queríamos dejar nada en el aire antes de encerrarle, por lo que nos detuvimos en su piso. Allí encontramos una maleta cerrada. La descerrajé y dentro de ella había cincuenta mil dólares, exactamente la mitad del botín. Revolvimos todo el piso y no encontramos un centavo más.

»De modo que nos llevamos al individuo y a sus cincuenta mil dólares a Jefatura, y, una vez allí, ¿a que no sabéis qué dijo ese hijo de la tía chiflada?

—Que ustedes se habían apropiado los cincuenta mil restantes —dije yo.

Sellers mordió rabiosamente el cigarro; luego se lo sacó de la boca, como si no le agradara ya su gusto, y asintió con un movimiento de cabeza, lleno de congoja.

—Eso es *exactamente* lo que dijo. Es más, la compañía *Colter-Craig*, aseguradora, que tiene a su cargo los seguros de todos los transportes en coches blindados de la empresa de Transportes de efectos y de dinero, en cierto modo cree a ese tunante. Fue muy hábil al esperar a decir eso hasta que llegó a Jefatura, porque, de lo contrario, a estas horas no le conocería ni su madre.

»Bueno, vosotros sabéis tan bien como yo lo que esto significa. Significa que tenía un socio, aquel con quien había dado el golpe y al que entregó su correspondiente parte en el botín. Y, claro está, al encontrar nosotros la otra mitad, para despistar nos señaló con el dedo.

»Como podéis imaginar, sólo podíamos contestarle de una manera. Nos pusimos a buscar a su colega. Naturalmente, el único indicio que teníamos, para comenzar, era ese número de teléfono: Columbine
6-9403
.

»Es un teléfono particular que corresponde al departamento número siete, A, del edificio de departamentos “Laramie”. Un sitio de postín. La inquilina del mismo es una dama estupenda llamada Hazel Downer. Hazel Downer tiene *lo suyo*, y, además, magníficamente proporcionado. Cuando llegamos a su casa estaba haciendo las maletas; se preparaba para irse y convertirse en humo. Le echamos la zarpa a tiempo. Nos dijo que Herbert Baxley le hacía la corte, pero que ella no le hacía el menor caso; que, de vez en cuando, habían salido juntos, pero que si tenía su número de teléfono era porque se lo había procurado de algún modo, pues ella jamás se lo había dado.

»Conseguimos una orden judicial para registrar su casa, y ¡vaya si la registramos! De cabo a rabo; pero sólo hallamos este pedazo de papel en su bolso, y, escritos en él, los nombres de Cool y Lam.

»Ahora bien, mi idea es que Hazel Downer estaba en combinación con Herbert Baxley para realizar el golpe. Ella se

ingenió para conseguir las llaves del camión blindado, las mandó duplicar y Baxley ejecutó la operación.

—¿Estaba empleada en la cafetería? —pregunté.

—No —contestó el sargento Sellers—; si lo hubiese estado, a estas horas estaría encerrada como su admirador. Sin embargo, sabemos que estuvo empleada, hace ya tiempo, en una cafetería similar y, posteriormente, en una oficina como secretaria o cosa por el estilo. En estos últimos tiempos, se estaba dando la gran vida. Desde hacía unos meses vivía en ese lujoso departamento y no trabajaba en sitio alguno. Al parecer hay un hombre por medio que la mantiene. Sólo sabemos de él que se llama Standley Downer. Ella se hace pasar por su mujer. Para mí no es otra cosa que una vulgar entretenida. A buen seguro, previno a tiempo a Downer, o alguien le dio el soplo y el hombre se esfumó en el paisaje.

»Nada pudimos sacar en claro de esta Hazel Downer, excepto que Baxley la llamó por teléfono. No podemos detenerla por esto, naturalmente, y aún debemos considerarnos dichosos si no nos arma un alboroto por registro indebido de domicilio. Yo mismo firmé la orden. Una temeridad, lo sé muy bien, pero estaba tan seguro de que encontraría la otra mitad del botín en su domicilio, que corrí el albur. O ella o Standley Downer son los cómplices de Baxley, pero nos vamos a ver negros para probarlo.

»Ahora bien, detective de dieciséis milímetros, no te acerques a esa chica, que te quemarás los dedos. No le des ni la hora; de lo contrario, tu licencia y…

Sonó en este momento el teléfono particular de Bertha Cool.

Bertha lo dejó sonar unos segundos, pero Sellers, entretanto, se había puesto de pie, de un salto, y esperó a que Bertha contestara a la llamada.

Bertha cogió el receptor y dijo:

—¡Hola! —Frunció el ceño, y a continuación exclamó—: Está ahora muy ocupado, Elsie. ¿Puede esperar esa persona?

Bertha escuchó unos instantes, titubeó y seguidamente dijo: —Está bien. Le pondré.

Bertha se volvió hacia mí:

—Elsie dice que es un asunto de extrema importancia.

Cogí el auricular, y Elsie Brand, hablando en voz muy baja para que no pudieran percibir nada de lo que decía en el despacho, dijo:

—Una tal señora Hazel Downer ha venido a verte, Donald. Una mujer sensacional. Dice que el asunto es muy importante y estrictamente confidencial.

—Dile a ese señor que espere y…

—No es un *señor*. Es *una*… —interrumpió.

—No importa —interrumpí a mi vez—. Dile a ese *señor* que espere. Estoy en conferencia en el despacho de Bertha y hasta que la termine no puedo ocuparme de ese *caballero*.

Colgué el auricular.

Los ojillos codiciosos de Bertha echaban chispas.

—Si es un buen cliente, Donald, no debes correr el riesgo de perderlo —dijo—. El sargento Sellers sólo quería saber si habías visto o no a esa Hazel Downer. Ya ha dicho todo lo que tenía que decirnos.

El sargento Sellers retiró de sus labios el cigarro, miró en torno a él y preguntó:

—¿Por qué diablos no tienes escupideras en este chamizo, Bertha?

Depositó los restos malolientes de su masticado cigarro en el cenicero de Bertha.

—Aquí no tenemos escupideras —dijo Bertha—. Ésta es una oficina muy respetable. Quita de aquí este puro nauseabundo. Está apestando en todo el despacho. No me gusta… Está bien, Donald, el sargento Sellers te dijo ya lo que quería decirte. Sal a ver lo que desea ese señor.

Me dirigí a Sellers:

—Pidió dos bocadillos de hamburguesa, uno con cebolla y el otro sin ella, ¿no es así?

—Correcto.

—Y se comió los dos.

—Exactamente.

—Entonces, debió sospechar algo *después* de pedir los bocadillos y *antes* de que se los despacharan.

—*Él* no sospechaba nada —estalló Sellers—. Fue ella, la pitusa con la que tenía la cita, la que receló de algo. Por eso le dejó plantado y por eso se comió él los dos bocadillos.

—Entonces, ¿por qué no la telefoneó desde dentro de la cafetería? —repliqué—. ¿Por qué abandonó el local y se detuvo

luego para telefonear?

—Quería saber por qué no había acudido a la cita. No sabía que le estuviesen siguiendo la pista.

—Pero ¿vio o no los prismáticos? —pregunté.

—Yo creo que sí los vio.

—Y el miedo se apoderó de él, ¿no es así?

—Reconozco que fui imprudente como un chiquillo —admitió Sellers—; hice funcionar la trampa demasiado pronto. No sé si vio los prismáticos, pero tuve la impresión de que me calaba con la mirada.

—Tal vez, sargento —le dije entonces— se le pasó algo por alto. No creo que le hubiese dejado verle telefonear a no ser que…

El sargento Sellers me interrumpió.

—Mira —me dijo con un tonillo de amenaza—, eres muy listo, lo reconozco. También reconozco que estoy metido en un berenjenal, pero no quiero que me ayudes a salir de él; te lo prohíbo. Lo único que quiero es que no te metas entre mis pies. ¿Lo oyes?

Bertha intervino.

—No tienes que hablar así a Donald, Frank.

—¿Quién va a impedírmelo? —dijo Sellers—. Este individuo es un saco de picardías. Listo; demasiado listo. Y lo peor del caso es que se cree más listo aún de lo que es.

—Que yo sepa, no le he hecho a usted ninguna trastada, sargento. Pero, con su permiso, le dejo. Tenemos que ganarnos el sustento y no podemos permitirnos el lujo de permanecer sentados y oír cómo la gente nos amenaza con privarnos de él.

Salí del despacho de Bertha Cool, crucé la salita de recepción y abrí la puerta de mi antedespacho.

Elsie Brand señaló con el pulgar mi despacho particular.

—Ahí está —me dijo. Y luego añadió—: ¡Ojo con el acelerador, que hay muchas curvas!

Entregué una llave a Elsie.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La llave del lavabo de caballeros, que está al fondo del corredor —dije—. Llévala allí, enciérrala contigo y corre el pestillo.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Por qué allí? ¿Por qué no el lavabo de señoras? ¿Por qué no…?

—Allí, en el de caballeros —insistí—. Sin rechistar.

Abrí la puerta de mi despacho particular y entré en él.

Hazel Downer estaba sentada, frente a la puerta, con las piernas cruzadas. Había estudiado la pose cuidadosamente y dejaba en evidencia dos piernas esculturales y unos contornos deliciosos. El espectáculo era más que aceptable.

—¡Hola, Hazel! —saludé—. Soy Donald Lam, y usted una candidata a pasar una temporada entre rejas, ella es Elsie Brand, mi secretaria. Va a acompañarla a usted hasta el fondo del corredor. Déjese conducir por ella y espere los acontecimientos. —Me volví a Elsie—. Abrirás la puerta sólo cuando oigas nuestra señal-clave.

—Venga, Hazel —dijo Elsie.

—¿Adónde me lleva? —preguntó Hazel con cierto recelo.

—Al cuarto de aseo —dijo Elsie.

—¡Vaya un sitio! —protestó Hazel, pero se levantó de la silla, irguió el pecho, agresiva, y siguió a Elsie, sin volverse para observar si miraba o no sus caderas.

No era preciso. Estaba de tal modo vestida que habría sido imposible no fijarse en ellas.

Me senté a la mesa y comencé a fingir una gran actividad moviendo de sitio los papeles.

Apenas transcurrieron dos minutos cuando el sargento Sellers entró en el despacho, seguido de Bertha Cool.

—¿Dónde está tu hombre? —preguntó Sellers.

—¿Qué hombre?

—Tu cliente.

—¡Bah! —dije yo—. Le despaché en un santiamén. Era un tipo que quería confiarnos una cobranza. Un trabajo poco interesante. Lo rechacé.

—Donald —dijo Bertha—, no puedes rechazar esos trabajos, por pequeños que sean. Te he dicho y repetido mil veces que hay siempre algo que ganar en esos trabajos menudos.

—Pero en éste no —repliqué—. La cuenta era sólo de ciento veinticinco dólares y no sabía dónde vive ahora el deudor. Primero teníamos que encontrarlo, y luego obligarle a pagar.

—A pesar de todo, habríamos podido intentarlo —insistió Bertha

—. En esos trabajos puede uno ganarse siempre un cincuenta por ciento de comisión.

—Me dijo que lo más que podía pagar era el veinticinco por ciento; así es que le indiqué que se fuera a tomar viento a la farola.

Bertha exhaló un hondo suspiro:

—¡Habrase visto un venado semejante!

Sellers recorrió con la mirada el despacho.

—¿Dónde está tu secretaria, microbio?

Clavé mi mirada en él; abierta, franca.

—Supongo que habrá ido al fondo del pasillo. ¿Por qué? ¿La necesita?

—No —dijo Sellers—. Pura curiosidad.

Se quitó de la boca el cigarro maloliente y lo dejó caer en mi cenicero. No protesté, porque el poco grato olor de aquel tabaco mojado cumplía con eficacia un cometido: el de ahuyentar el perfume que había dejado en el despacho la presencia de Hazel Downer. El olfato de Sellers estaba como anestesiado por el «aroma» de su cigarro puro, y esto le impidió percibirlo, pero tuve la impresión de que Bertha Cool, al entrar en mi despacho, lo había olfateado.

—Está bien, Frank —dijo Bertha Cool—; ten la seguridad de que jugaremos limpio contigo.

—Respecto a *ti*, estoy seguro —dijo Sellers—; pero no puedo decir otro tanto de este detective de vía estrecha.

—Oiga, sargento —insinué—. Si hay cincuenta mil dólares en el alero, ¿por qué no la deja que venga a vernos? Trataríamos de hacerle hablar, y tal vez pudiéramos ayudarle.

—Tal vez sí y tal vez no —dijo Sellers—. Si llegarais a entenderos con ella, sería *vuestra* cliente y sus intereses serían los *vuestros*.

—Bueno. ¿Y cuáles son *sus* intereses?

—Largarse con esa cantidad.

Meneé la cabeza, dubitativo.

—Eso es imposible en esta situación. Podríamos ayudarla a hacer un trato con la policía. Tal vez la empresa de los coches blindados nos diera cinco billetes grandes como recompensa. Entonces usted salía del aprieto en que está metido, y ella quedaba blanca y pura como la nieve.

—Cuando necesite tu ayuda, te la pediré —dijo Sellers.

—Bueno, no se acalore —le rogué. Y seguidamente le pregunté —: ¿Por qué ese camión blindado llevaba cien billetes de mil?

—El dinero procedía del Banco Nacional de la Marina Mercante —me informó Sellers—. Nos dicen allí que la orden procedía de un depositante, y no quisieron facilitarnos más detalles. Creemos que se trata de una empresa de apuestas clandestinas, muy importante, pero no podemos probarlo. Lo único que está claro es que el dinero iba ahora ha volado… ¿Tienes en el camión blindado y alguna idea?

—Ninguna que pueda servirle —le dije—. ¿O es que me pide ayuda ahora?

—¡Vete al diablo! —contestó Sellers.

Y salió del despacho.

Bertha esperó a que se cerrara la puerta y dijo a continuación:

—Haces mal en hablar de ese modo al sargento Sellers, Donald. Le has sacado de sus casillas deliberadamente.

—Bueno, ¿y qué? —dije—. Hay danzando, delante de nosotros, cincuenta mil dólares, y esta danza pone en un aprieto al sargento Sellers. Suponte que resolvamos *nosotros* su problema, recobremos los cincuenta mil para la compañía de seguros y nos reservemos un trozo del pastel.

Los ojos de Bertha brillaron, codiciosos, durante unos segundos; luego movió la cabeza con un gesto de consternación.

—No podemos —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque nos crucificarían sin piedad.

—¿Por qué?

—Por participación en un delito, complicidad, encubrimiento, y…

—¿Intentas hablarme a *mí* de leyes? —pregunté.

—Sí —dijo Bertha—. Conozco la ley.

—Yo sé algo de eso, Bertha. Suponte que Sellers ande despistado. Suponte que Baxley haya tratado de ganarse el favor de esa joven, pero que ella supiese algo acerca de él. ¿No crees que tratándola bien podría darnos alguna pista?

Bertha reflexionó unos instantes, luego movió la cabeza dubitativamente; pero esta vez el gesto de denegación no tenía el énfasis de antes:

—El sargento Sellers no es la persona más indicada para decirnos lo que tenemos que hacer o dejar de hacer —dije—. Tiene una hipótesis; eso es todo. ¿En qué puede fundarla? En nada, salvo en un número de teléfono.

—Tiene toda la fuerza del Departamento de policía detrás de él, ¡maldita sea! —exclamó Bertha—. Si te enredas con ellos, saldrás muy malparado.

—No es eso lo que me propongo —dije.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Defender los intereses de la Agencia a mi voluntad y arbitrio.

Bertha salió de mi despacho dando un portazo.

Esperé dos minutos, y seguidamente abrí la puerta y salí al pasillo.

El sargento Sellers estaba junto a los ascensores.

—¿Qué le ocurre, sargento? —le pregunté—. ¿Están en huelga los ascensoristas?

—No —contestó—; estaba aquí vigilándote, microbio. Hay un brillo en tus ojos que no me gusta nada. ¿Adónde vas ahora?

—A un lugar que es excusado mencionar —dije, haciendo sonar las llaves—. ¿Quiere usted venir conmigo?

—¡Vete al diablo! —exclamó.

Me encaminé al extremo del corredor. El sargento Sellers me siguió con la mirada.

Fingí que introducía la llave en la cerradura, a la par que con los nudillos hacía la señal convenida. Oí cómo, desde dentro, Elsie corría el pestillo. La puerta se entreabrió y la voz trémula de Elsie llegó hasta mí.

—¿Donald?

—Está bien, pequeña —le dije—; échate a un lado. Abrí la puerta, entré en el cuarto, cerré tras de mí aquélla y corrí el pestillo.

—¡Vaya! —dijo Hazel Downer—. Me encanta la recepción.

—¿No le gusta el ambiente? —le pregunté.

—Me seduce. Las tuberías son de un gusto exquisito.

—Quise hacer una instalación estilo
Luis XV
pero, según parece, en aquella época no usaban tuberías —dije, y, cambiando de tono, agregué—: Oiga usted, me la han descrito como

una cosa mala, como algo que quema los dedos. El autor de esta definición está ahí fuera, alerta y vigilante. Es el sargento de policía Sellers.

—¡El muy cargante! —dijo Hazel Downer—. ¿Qué derecho tiene a importunarme? Yo no he cometido ningún delito.

Elsie Brand me miró con los ojos muy abiertos.

—Está bien —le dije a Hazel—; ¿qué es lo que usted desea?

Me miró de arriba abajo.

—Quería pedirle un favor, pero no en un sitio semejante… y, por otra parte, no creo que pueda usted hacérmelo.

—¿Por qué no?

—No me parece usted el hombre apropiado.

—¿Qué condiciones debe reunir, según usted, el hombre apropiado?

—Anchas espaldas, dos puños sólidos y ganas de servirse de ellos.

—El señor Lam se sirve de su cerebro para pelear —le dijo Elsie, saliendo en defensa mía.

Hazel Downer recorrió con la mirada las «tuberías» y dijo:

—Así parece.

—Bueno —le dije—; no hay más que hablar. Me voy. Me ingeniaré para sacar a Sellers del edificio. Después ustedes dos saldrán de aquí. Tú, Elsie, volverás al despacho. Y usted, Hazel, vaya a donde le plazca. Cuando llegue a la calle, Sellers estará en la acera esperándola. Tendrá que irse acostumbrando a ver a Sellers a todas horas, de día y de noche.

Hazel Downer parecía asustada.

—Nada sé de *sus* cincuenta mil dólares —exclamó—. Este Baxley era una especie de pistolero. No sé cómo pudo obtener mi número de teléfono.

Me desperecé y bostecé.

—¿Por qué me lo cuenta? Recuerde que no soy su tipo de hombre.

Volvió a mirarme de arriba abajo.

—Tal vez fuera usted mi tipo, en otras circunstancias y en un ambiente distinto a éste.

—Éste es el ambiente al que nos forzaron, precisamente, las circunstancias. ¿Qué es lo que usted quería?

—Encontrar a un hombre.

—¿Quién?

—Standley Downer.

—¿Y quién es Standley Downer?

—Es el bribón que se largó con mi dinero.

—¿Pariente?

—Es un tipo al que, en cierta ocasión, le dije que sí.

—¿Dónde?

—Ante un altar.

—¿Y luego, qué?

—Creí que era listo —dijo Hazel.

—Se refiere al dinero —terció Elsie.

—Eso es lo que pensé —dijo Hazel.

—¿Cómo consiguió ese dinero? —pregunté.

—Lo heredé de un tío.

—¿Cuánto?

—Sesenta mil.

—¿Deducidos los impuestos?

—Deducidos los impuestos y los honorarios de los abogados. Una suma neta para mí.

—¿Algún modo de probarlo?

—Desde luego. Hay constancia en los registros de los Tribunales.

—Lo comprobaremos —dije.

Se mordió el labio.

—Bueno —proseguí—, ¿qué sucede?

—No hay constancia en los registros, eso es todo. Mi tío era lo que ahora llaman un individualista recalcitrante. Sus negocios los hacía a base de riguroso contado. Evadía el impuesto sobre utilidades. Esos sesenta mil dólares los tenía a salvo en una caja acorazada de un Banco. Cuando vio que se le acercaba la última hora me mandó llamar.

—Ahora —le dije—, lo único que necesita decirme es que tenía esos sesenta mil en billetes de los grandes y que se los entregó todos a usted.

—Eso es exactamente lo que ocurrió.

—Y usted no se atrevió a depositar ese dinero en un Banco porque temía que los del fisco vinieran a curiosear y a preguntarse de dónde pudiera proceder todo ese dinero. Así, pues, lo escondió

en un sitio cualquiera y entonces se casó con Standley Downer. Pero éste quiso saber de dónde sacaba usted el dinero que gastaba, y como no quiso decírselo, el hombre se puso a cavilar, y no se detuvo hasta encontrar el escondite. Entonces se apoderó del dinero y se largó con viento fresco. ¿Es eso lo que sucedió?

—Correcto.

—Por eso —proseguí— quiere usted que lo encuentre. Ahora bien, si está usted mintiendo y este dinero representa su parte en el producto del robo de ese coche blindado, yo iría a la cárcel por encubridor y me pasaría en ella por lo menos quince años. Por otra parte, si lo que me cuenta es cierto y encontrara el dinero, sería encubridor de un delito de evasión de impuestos y me conformaría con pasar cinco años a la sombra. No, gracias; renuncio a ayudarla.

—Espere un momento —dijo—. Voy a decirle la pura verdad.

—Adelante.

—Usted encuentre a mi marido y los cincuenta mil dólares que han desaparecido, y *entonces* le probaré que tengo derecho a ese dinero.

—Cuando le encuentre, ¿quién le impedirá mandarnos al diablo? —pregunté.

—Yo.

—¿Cómo?

—Sé algo de él que le compromete.

—Esto completa magníficamente el cuadro —dije—: chantaje, evasión de impuestos y participación en un delito. No acaba de convencerme el panorama.

—Le pagaría cincuenta dólares al día y un bono que dependería de la suma que, al final, rescatase.

—¿A cuánto subiría el bono?

—Depende del tiempo que invierta.

—Quiero el veinte por ciento.

—Está bien, el veinte por ciento.

Elsie Brand me miró, implorante. Sus ojos me suplicaban que no aceptase la operación.

—Necesitaríamos un anticipo —dije.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—¿Está usted loco? No los tengo.

—¿Cuánto tiene?

—Quinientos. Es todo lo que llevo encima.

—¿Dónde?

Puso un pie en una de las cañerías, levantó su falda y sacó de la parte superior de su media un sobre de plástico. Lo abrió y extrajo de él cinco billetes de cien dólares.

—¿Le costó mucho cambiarlo?

—¿Cambiar qué?

—El billete de mil.

—¡Vaya al diablo! —dijo—. ¿Los quiere, o no?

—Déjeme que le diga una cosa, jovencita. Si está usted mezclada en ese asunto del coche blindado, la pondré en manos de la policía. Si me está mintiendo, irá a la cárcel. Pero si me dice la verdad, le aseguro que encontraré a Standley Downer.

—Estoy de acuerdo —dijo—; encuéntrelo y todo irá bien, pero dese prisa. Tiene que encontrarle antes de que se haya gastado todo el dinero.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Una semana.

—¿Tiene usted una foto de él?

Abrió su bolso, extrajo de él una carterita, y de ella sacó una foto que me entregó.

—¿Color del pelo?

—Negro.

—¿Ojos?

—Azules.

—¿Peso?

—Unos setenta y cinco kilos.

—¿Estatura?

—Exactamente un metro ochenta.

—¿Edad?

—Veintinueve.

—¿Disposición, carácter?

—Muy variables.

—¿Emotivo?

—Sí.

—¿Estuvo usted casada antes? —le pregunté.

—Si es que eso importa algo, se lo diré: sí.

—¿Cuantas veces?

—Dos.

—¿Y él? ¿Estuvo casado antes?

—Sí: una vez.

—Está usted muy hermosa —le dije, mirándola de arriba abajo.

—¿Cree usted? —me contestó. Acarició con sus manos sus formas opulentas—. ¡Oh! —exclamó con un tono exagerado de sorpresa—. Gracias por decírmelo, señor Lam. ¡Realmente no me había dado cuenta!

—No tenemos tiempo para malgastarlo en chistes o en sarcasmo. Esta afirmación mía no es un cumplido o un requiebro: es una observación.

—Está bien; estoy muy hermosa. ¿Y qué?

—Su marido no ha podido dejarla, a menos de haber hallado a una mujer más hermosa todavía. ¿Quién fue?

—¿No cree que el dinero fuera suficiente?

Moví mi cabeza con un gesto de denegación.

—No se ande ya más por las ramas. ¿Cómo se llama la otra?

—Evelyn Ellis.

—Ahora —dije yo—, si me asegura que Evelyn trabaja en la cafetería de *El buen yantar*, lo habré oído todo.

—Pues, sí, allí está empleada —dijo Hazel—. En esa cafetería la encontró mi marido.

Me metí en el bolsillo los cinco billetes.

—¡Okay! —dije—. Trato hecho.

Elsie Brand me cogió el brazo.

—¡No, Donald, por favor! No te metas en ese lío.

—Los líos son los gajes de mi oficio, Elsie —repliqué.

Hazel Downer expresó al punto un gran recelo.

—¿De qué líos están hablando?

—No le haga caso. Descríbame a Evelyn.

—Pelirroja, con ojos azules muy abiertos, llenos de inocencia, treinta y tres años, cuarenta y ocho kilos.

—¿Qué tiene ella que no tenga usted?

—No me pidió que estuviese presente cuando mi marido hizo el inventario de su persona.

—Hablando de inventario, observo que está usted muy al tanto de sus dimensiones.

—¿Por qué no he de estarlo? Publicaron sus medidas todos los diarios cuando la proclamaron *miss Ferretería americana* en la Convención de ferreteros del año pasado.

—¿Qué hacía en la ferretería?

—No trabajaba en ella; estaba empleada en la sección de contabilidad de una importante empresa de importación y exportación.

—¿También fue camarera de una cafetería para automovilistas?

—Eso fue después del certamen ferretero. Se dedicó a la busca y captura de hombres impresionables que tuviesen dinero. Encontró a Standley. Está ya retirada.

—¿Tiene alguna idea de dónde se podrán encontrar ahora?

—Si la tuviera, no le habría pagado a usted.

—¿Qué tendré que hacer si los encuentro?

—Decírmelo.

Me volví hacia Elsie.

—Después de que me haya ido, espera tres minutos —dije—. Antes de salir al pasillo, mira por el resquicio de la puerta y asegúrate de que no hay nadie en él. En ese caso, vuelve a la oficina. Si Bertha quiere saber algo dile que Oxford es el sitio más indicado para saber cosas.

Giré sobre mis talones y me encaré con Hazel Downer.

—Usted saldrá con Elsie —le dije— y tomará el ascensor hasta la planta baja. Saldrá del edificio, cruzará la calle y se meterá en los grandes almacenes de enfrente. Los lavabos de las señoras tienen dos entradas. Entre por una y salga por otra. Cuide de que no la sigan.

»Todos los días, a mediodía, salga de su casa. Observe bien y compruebe que nadie le sigue. Vaya a una cabina telefónica de pago y llame a Elsie en mi oficina. Procure que su voz sea lo más áspera y dura posible. Dígale a Elsie que su nombre es Abigail Smythe e insista en que su apellido se escribe con una *y* griega y una *e*, a continuación le pregunta si encontraron ya al borrachín de su marido.

»Elsie le dirá dónde puede verme, en el caso de que tenga algo importante que decirle. Cuando marque el número, asegúrese de que nadie la está observando. ¿Recuerda todo cuanto le he dicho?

Asintió con un movimiento de cabeza.

Abrí la puerta y salí al pasillo.

El sargento, a mitad de camino, venía a mi encuentro.

—¡Pues no tardas poco en hacer tus cosas! —dijo.

—Tanto ahí como en mi despacho sirvo los intereses de la agencia —dije, muy serio, riendo para mis adentros—. Le agradezco su interés por mis cosas.

—¿Adónde vas ahora, renacuajo?

—Voy a salir.

—Iré contigo.

—Encantado; venga.

Bajó en el ascensor conmigo.

—No quiero que te hagas ilusiones sobre este caso, detective de bolsillo —dijo—. Esto lo voy a resolver yo solo, sin ayuda de nadie, ¿lo oyes? ¡Sin ayuda de nadie!

—Magnífico —repliqué.

—De nadie, y menos de un tipejo que se cree un águila.

—No lo dudo. Usted es hombre fértil en ideas. Y recuerde el refrán que dice que «donde menos se piensa salta la liebre».

—¿Qué quieres decir, insecto?

—Que la liebre, esto es, la idea luminosa puede saltar de un momento a otro en su cerebro.

—Algún día —me dijo— te pesará haberme conocido.

—Ya me pesa.

—Pero te pesará mucho más —aseguró enfático.

Observé que miraba hacia el puesto de cigarros.

—Venga conmigo —le dije—; a media manzana hay un puesto de cigarros con una rubia que tira de espaldas. Voy a jugarle a los dados unos cigarros. Le regalaré un par.

—¡Tú y tus rubias que tiran de espaldas! —dijo.

—¡Usted y sus cigarros que también tiran de espaldas! —le contesté.

Me acompañó hasta el puesto. Jugué con la rubia y gané un puñado de cigarros. Le di al sargento la mitad de ellos. Me dolió tremendamente hacerlo, pero fue la mejor solución para impedirle que viera a Hazel Downer cuando ésta salió del edificio. Siempre hay que hacer sacrificios en aras de la cliente.

capítulo dos

EL consultor de relaciones públicas que había manejado la publicidad para la Asociación Nacional de ferreteros se llamaba Jasper Diggs Calhoun. Todo en sus oficinas estaba dispuesto y alhajado para dar al visitante la impresión de que se hallaban en presencia de una

PERSONALIDAD

DINÁMICA

.

La sugestiva secretaria, con un vestido inexorablemente justo que reprimía, pero no suprimía las osadas curvas de su cuerpo, tenía en su rostro una expresión de recatada inocencia tan perfecta que sólo podía ser el producto de un cuidadoso estudio. Era la mirada de un ángel que no tuviera conciencia de su corporeidad.

—¿Puede usted decirme qué es lo que quiere discutir con el señor Calhoun, señor Lam? —me preguntó, mirándome con sus ojos azules muy abiertos, muy ingenuos y candorosos.

—Un interesante problema de relaciones *post*-públicas —dije yo.

—¿*Post*-públicas?

—Exacto.

—¿Podría explicar qué quiere decir con eso?

—Evidentemente —dije—; puedo explicarlo en unas pocas palabras… pero al señor Calhoun.

Le sonreí abiertamente.

Se levantó de detrás de su mesa y se puso a caminar. Observé que su vestido era por detrás tan implacablemente justo como por delante. Desapareció tras de una puerta sobre la que había un rótulo en el que se leían las palabras:

J. D.

Y al cabo de unos minutos reapareció diciendo:

—Pase usted, señor Lam. Aunque no estaba usted citado con él, el señor Calhoun ha tenido a bien echar de lado otros compromisos para verle. Acaba de volver del almuerzo y tiene que atender a varias visitas; no obstante le verá a usted antes.

—Gracias —dije, y entré en el despacho.

Calhoun se hallaba sentado detrás de su mesa, inclinado levemente hacía adelante, envuelto todo él en un aura de energía dinámica. Sus labios cerrados seguían una línea recta perfecta. El breve bigote, cuidadosamente recortado, subrayaba la expresión de determinación que era tan sintética como la de inocencia que se dibujaba en el rostro de su secretaria.

Era ancho de espaldas, tenía aproximadamente treinta años, el pelo negro, las cejas oscuras y los ojos verdes y penetrantes.

—*¡Señor Lam!* —exclamó, poniéndose de pie y extendiendo su brazo con el gesto gallardo de un emperador romano.

Puse mi mano en la suya y enarqué los nudillos para que su apretón de manos no me hiciera respingar. Sabía que pertenecía a esa clase de hombres que manifiestan el dinamismo de su personalidad triturando las falanges de la gente.

—¿Cómo está usted, señor Lam? Siéntese. Me dijo mi secretaria que quería discutir un problema de relaciones *post*-públicas.

—Exacto.

—¿Y eso qué es?

—Ustedes, los hombres que se dedican a las relaciones públicas, abusan de su imaginación —le expliqué—. Tienen ideas maravillosas, extraordinarias. Las ponen en práctica y a continuación las olvidan. Es un continuo desperdicio de un material excelente. En muchos casos existe la posibilidad de obtener una buena publicidad de cosas que se han dado ya por terminadas y archivadas: como si dijéramos, una segunda siega.

—¿Como por ejemplo…? —preguntó.

—¡Bah! —dije yo abarcando con un vago ademán todo el despacho y recorriendo con mi mirada las fotografías fijadas en las

paredes—. Cualquiera de esas famosas ideas suyas puede servirme de ejemplo. Como ésta, muy interesante a fe mía. ¡La fotografía es, en verdad estupenda!

Calhoun bostezó y dijo:

—Eso cree *usted*, pero en este negocio nuestro tenemos a paletadas las bellezas en bañador y las modelos. Nuestro negocio está basado primordialmente en el empleo del anzuelo.

—¿Y por qué usan el anzuelo? —pregunté.

—Mire usted, estoy demasiado ocupado para ponerme ahora a darle lecciones sobre el negocio de relaciones públicas. Por lo general, cuando vendemos algo que no ofrece sumo interés a los ojos, procuramos atraer la atención del lector con un anzuelo cualquiera.

»Por eso fotografiamos los nuevos modelos de automóviles junto a muchachas en bañador, y son modelos de rotunda belleza las que ostentan las prendas más o menos íntimas de la mujer. Las tenemos a docenas. Esa fotografía que está usted mirando muestra a las concursantes que rivalizaron para ganar un premio en metálico de mil dólares y el título de *miss Ferretería americana*. Esta publicidad se hizo para la Convención de ferreteros celebrada hace pocos meses en Nueva Orleans. Yo mismo la manejé en su totalidad.

—Eran unas chicas estupendas —dije yo.

—¡Vaya! —exclamó con tono de aburrimiento—. Todas ellas son estupendas. Bueno, ¿y qué?

—¿Quién ganó ese certamen?

—La concursante número seis.

—Pues, ¿sabe usted lo que sería interesante? —dije—. A eso me refería cuando le hablé de las relaciones *post*-públicas. Apuesto a que la concursante número seis interesaría al público norteamericano. Era una chica que a buen seguro, trabajaría como sirvienta o camarera en algún sitio y…

—Era contable en una casa de importación —me interrumpió.

—Está bien —dije—; era una contable. Tenía una espléndida belleza, pero nadie lo reconocía así. Cumplía a diario sus aburridas tareas cuando se enteró de la existencia del certamen para elegir la reina de la Asociación Nacional de ferreteros. Tímidamente escribió su solicitud. Le dijeron que era indispensable presentarse en bañador. Vaciló, pero, finalmente…

—¿Dijo que *tímidamente* escribió una solicitud? —me interrumpió.

—Sí; eso dije.

—Sin embargo, no fue eso lo que hizo la chica en cuestión —me dijo—. Y en cuanto a presentarse en bañador, recuerdo perfectamente que fue ella la que sugirió que el jurado hiciese su escrutinio de una forma que no dejase lugar a dudas, pues sabía que algunas de las concursantes llevaban rellenos y postizos para realzar encantos poco menos que inexistentes… Mi secretaria podría contarle más cosas de esa chica. No recuerdo muchos detalles del asunto. Fue para mí un certamen más y, francamente, ya estoy de ellos hasta la coronilla.

—Me lo imagino —dije— pero piense en las derivaciones de esos certámenes. La chica ganó. La enorme alegría que experimentó…

—El dinero que cobró —interrumpió.

—Está bien, el dinero, así es. Y la notoriedad consiguiente, la publicidad, la oportunidad de ir a Hollywood. Porque supongo que en el premio iba incluida también la consabida prueba cinematográfica…

—En efecto —dijo—; no podía faltar. Para el público es una cosa muy interesante. Ahí tiene usted una fotografía, en la otra pared, en la que aparezco yo también entregándole el cheque de mil dólares, el contrato para una prueba cinematográfica y una aparición en la televisión como *miss Ferretería americana*. Todo ello forma parte de la campaña publicitaria, de acuerdo con los sistemas puestos en práctica actualmente. Los periódicos suelen dedicarle algún espacio cuando carecen de noticias interesantes.

Fui al lugar que me señalaba y miré la fotografía de Jasper Diggs Calhoun, en la que irradiaba una sonrisa que disimulaba a medias su mortal aburrimiento, y frente a él, mirándolo con ojos lánguidos, la ganadora del concurso. Una profunda inhalación había hundido su estómago y proyectado hacia adelante, en forma agresiva, su busto opulento. El bañador se ceñía a sus formas como una leve capa de barniz. Debajo de la foto podía leerse:

Evelyn Ellis, proclamada reina de la Convención de ferreteros americanos.

—¿Tiene usted algún negocio de ferretería? —le pregunté.

Denegó con un movimiento de cabeza.

—Me dedico exclusivamente a relaciones públicas.

—Pensé que la presentación debería hacerla uno de los miembros de la asociación.

—Esto demuestra lo poco que sabe usted de estas cosas —me dijo—. Todos esos tipos son hombres casados. Sus esposas no consentirían verlos retratados con esas preciosidades en bañador.

—¿Y usted no está casado?

—Sí, pero todo eso forma parte de mi negocio. Mi mujer es comprensiva. Puedo enseñarle miles de fotografías mías en compañía del correspondiente anzuelo.

—Entonces los magnates ferreteros se mantienen prudentemente apartados de él…

—¡Que se cree usted eso! —dijo Calhoun—. No se dejan fotografiar junto a la chica, en público, pero en privado la examinan y soban mientras le toman las medidas y comprueban que todo aquello que ven es de una autenticidad indiscutible. Siempre hay alguno que, dándole palmaditas en la parte más carnosa de su anatomía, le da consejos paternales. Para eso le dan mil dólares y la oportunidad de lucir su palmito.

—Bueno —insistí—, todo eso constituiría un material excelente. Piense en lo que sucedió después… Supongo que despertó un gran interés en la televisión.

—¡Dios mío, qué cándido es usted! —dijo Calhoun.

—Bueno, ¿qué ocurrió? —pregunté.

Calhoun observó:

—Me está haciendo perder un tiempo precioso, Lam. ¿Qué saco yo con todo esto?

—Mucho —dije—. Si me decidiese a hacer una crónica de todo lo que hemos hablado, la escribiría desde el punto de vista de un técnico en relaciones públicas. Al público le encanta picar en el anzuelo, de acuerdo, pero nosotros los informadores tenemos la obligación de decirle la verdad y…

—¡Un momento, un momento! —me interrumpió, presuroso—. Nada de decirle la verdad. El público se desilusionaría, y en las relaciones públicas lo peor que puede ocurrir es que la gente se desilusione. Vamos a ver, retrocedamos y volvamos al punto de

partida. Usted me describe como a un tipo entusiasta que sólo aspira a que esas chicas se sitúen y progresen, y que en punto a belleza, profesionalmente, se entiende, sabe un rato largo. Con sólo echarle el ojo a una contable, o a una sirvienta o a la acomodadora de un cine, sé al momento qué puntos calza y lo que puede dar de sí en bañador. Me encantan, tanto como al público, las oportunidades románticas que esperan a todas esas muchachas. Son como la Cenicienta. Y yo soy para ellas como una buena hada. Alzo la varita de la publicidad, y ¡zas!, el milagro se realiza. Ésta es la clase de publicidad que deseo.

—Me hago perfectamente cargo —dije—. ¿Dónde se encuentra ahora esa mujer? ¿Cómo se llama?

—Ahí, en el cartonaje de la foto, encontrará el nombre —indicó —. Evelyn no sé qué. Recuerdo que tuve que volver a hacer el cheque porque puse una *i* latina en vez de una *y* griega.

—Evelyn Ellis —dije, leyendo la mención en la fotografía—. ¿Dónde se encuentra ahora?

—¿Cómo puedo saberlo? La última vez que la vi personalmente fue cuando le entregué el cheque.

—¿Puedo preguntárselo a su secretaria? Acaso tenga ella las señas.

—Voy a procurárselas yo mismo. En algún sitio las tendré.

Abrió el cajón de su mesa, revolvió en él durante unos instantes, lo cerró y abrió otro, hizo lo mismo, sin resultado visible, hasta que en un tercer cajón encontró lo que buscaba; un pequeño cuaderno de apuntes y direcciones.

—Evelyn Ellis —dijo—, en el momento de su última aparición en la televisión, vivía en el hotel «Breeze-Mount».

—Deduzco, pues, que después de la Convención de los ferreteros, ese anzuelo lo dejó de lado y se puso a imaginar nuevas ideas publicitarias.

—Usted lo ha dicho, Lam —prorrumpió vivamente—. Tenemos que devanarnos los sesos para que las ideas salgan así… Había levantado la mano, y al decir la palabra «así», repiqueteó con los dedos.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Tal vez logre escribir una buena crónica de todo esto.

—¿Me será beneficiosa?

—Desde luego, no le perjudicará —afirmé.

—No; espero que no.

—La publicidad —dije yo— es siempre provechosa.

—No sé… Esa clase de publicidad *tal vez* no sea muy provechosa para mí…, particularmente si la chica no es feliz o se encuentra sin un centavo… Ya sabe usted que con las chicas de esta clase nada se puede prever. Creen que porque tienen unas bonitas formas y han ganado un concurso de belleza van a causar sensación en Hollywood. Y en Hollywood hasta las que friegan los pisos han ganado concursos de belleza. Por lo general no pueden soportar su desilusión. Después de todo ese clamoreo y adulación se les hace muy difícil volver a su vida rutinaria de empleada o dependiente.

—¿Por qué no la busca y me hace saber la ocupación que tiene actualmente?

—Déjeme pensarlo —me dijo—. Llámeme mañana por teléfono.

—Lo haré —le prometí—; tal vez podamos ayudarnos mutuamente.

Volvimos a estrecharnos las manos.

Salí y un mecanismo automático cerró la puerta detrás de mí.

Me dirigí a la secretaria, la examiné con detenimiento y dije:

—¿Cómo es que no la escogen a *usted*?

—¿Para qué? —me preguntó.

—Para *miss Ferretería americana* en la Asociación Nacional de ferreteros —respondí—. ¿Por qué tuvieron que elegir a Evelyn Ellis cuando la tenían a usted al alcance de la mano?

Bajó sus párpados.

—El señor Calhoun jamás recurre al personal de esta oficina.

Volví a mirarla con expresión de conocedor. Bajo mi mirada su rostro tomó una expresión adecuada de pudor.

—¿Dónde se encuentra ahora Evelyn Ellis? —pregunté al azar.

Hizo un mohín despectivo.

—Durante algún tiempo estuvo en el séptimo cielo, llamándonos una y otra vez, pidiéndonos que la ayudáramos a entrar en el cine. Tuvo unas cuantas apariciones en la televisión y se creyó que era la reina del mundo. Dejó el empleo que tenía. No podía levantarse antes de la una o las dos de la tarde; se pasaba las horas en los salones de belleza.

Asentí a sus palabras con simpatía.

—Conozco el tipo.

—Luego se empleó como camarera en una cafetería próxima a un aparcamiento de automóviles, y últimamente se lió con un hombre casado.

—¿Dónde vive? —le pregunté.

—*Vivía* en el hotel «Breeze-Mount» —me contestó.

—Mire usted —le dije, sacando del bolsillo un billete de diez dólares y mostrándoselo—, aquí tienen ustedes muchas fotografías de esa chica. Desearía que me procurase unas cuantas. No tengo tiempo para dar con su paradero y, una vez encontrada, contratar a un fotógrafo. ¿Qué me dice?

Lanzó una mirada al billete, vacilante.

—¿Sabrá el señor Calhoun que me ha pedido usted esas fotografías?

—¿Sabrá el señor Calhoun que le he dado a usted diez dólares?

Se apoderó del billete.

Se dirigió a un fichero metálico y consultó una tarjeta; de allí pasó a otro fichero y sacó de él una carpeta llena de fotografías. Las fue recorriendo con la vista, halló dos que estaban duplicadas y me entregó las copias.

—¿Bastarán?

Les eché un vistazo y se me escapó un silbido.

—Bastan y sobran —exclamé con acento acidulado—. Ha sido un movimiento de sorpresa —expliqué rápidamente—. Las otras fotografías que tiene el señor Calhoun en su despacho no son tan sugestivas.

—Aquéllas eran las fotos destinadas a la Prensa. Éstas son las que se repartieron entre el jurado.

—Si alguna vez toma usted parte en un certamen de esa especie —le dije—, haré lo imposible porque me nombren miembro del jurado. ¿Qué podría hacer para conseguirlo?

Me miró, sonriente.

—¿Por qué no organiza usted su propio certamen?

Antes de que pudiera contestarle se oyó un zumbido persistente.

La secretaria me lanzó una deslumbrante sonrisa.

—Discúlpeme, señor Lam —dijo—. El señor Calhoun me llama.

No salí hasta después de que hubo contorneado la mesa y desaparecido tras de la puerta. Había que darle la impresión de que

su anatomía me había dejado literalmente electrocutado.

Ya en la puerta, al abrirla, se había vuelto hacia mí y me había lanzado otra deslumbrante sonrisa.

Salí del despacho, mirando las fotografías. Llevaban la firma de un fotógrafo japonés y en el respaldo había un sello que decía:

Happy Daze Camera Co.

Esta entidad radicaba en San Francisco.

capítulo tres

EN la guía de teléfonos, el hotel «Breeze-Mount» estaba clasificado como hotel de departamentos. Llamé y pedí comunicación con el gerente. La mujer que contestó a mi llamada telefónica me dijo:

—Aquí la directora del hotel, señora Marlene Charlotte.

—Busco a una señorita que se llama Evelyn Ellis —dije—. ¿Puede decirme si tiene teléfono particular, o bien…?

—Tiene su teléfono propio, y éste sigue en su departamento, pero ayer por la tarde lo dejó y ni siquiera tuvo la cortesía de venir a verme y anunciarme personalmente que dejaba el hotel —me dijo —. Se mudó, dejándome una nota en la que me decía que, aunque el departamento estaba pagado hasta el primero de mes, podía alquilarlo inmediatamente.

—¿No sabe usted adónde fue?

—No lo sé, ni sé por qué se fue, ni en compañía de quién se fue. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con el señor Smith —dije—. Pensé que podría verla antes de su salida; lo siento.

Colgué.

Llamé al despacho y pedí que me dieran comunicación con Elsie Brand.

—Hola, Elsie —dije—. ¿Quieres hacerme un favor?

—Depende de lo honesto que sea.

—Éste que te pido es *verdaderamente* deshonesto —le dije—. Tendrás que comprometer tu buen nombre.

—¡Oh! ¿Eso es todo?

—No; no es todo —dije—. Es el primer paso.

—¿Y eso?

—Estoy estacionado frente al hotel de departamentos «Breeze-Mount» —le expliqué—. Se halla situado en la esquina de la

avenida Breeze-Mount y 33.ª avenida. Toma un taxi y ven para acá. Quítate el anillo de la mano derecha y ponlo en el anular de la izquierda, pero vuélvelo para adentro para que no se vea la piedra. Tiene que dar la impresión de que es un anillo de boda. Hazlo ya para que no se te olvide.

—Donald, tengo el presentimiento de que te estás metiendo en un lío.

—Estoy metido ya en él —le dije—, y de lleno. ¿Querrás ayudarme o tendré que buscar una mujer de otra Agencia? Ya sabes cómo es Bertha. Pondrá el grito en el cielo.

—Busca a esa otra mujer. A Bertha le encanta poner el grito en el cielo.

—Muy bien —dije yo—; esa mujer tendrá que hacerse pasar por mi esposa durante algún tiempo. Y si la Agencia no quiere pagarle, es capaz de procesarme y…

—Oye, pero, ¿qué estás tramando? —me interrumpió.

—Una operación íntima, sumamente interesante.

—Está bien; te ayudaré. ¿Quieres que vaya inmediatamente?

—Tan pronto como puedas. ¿Hay alguien vigilando la oficina?

—No, que yo sepa.

—¿Habéis vuelto a ver al sargento Sellers?

—No, Donald. Oye, hay aquí una carta para ti, de entrega inmediata. En el sobre han escrito, con letra grande, «personal e importante».

—Tráetela. Y no tardes —dije.

Colgué y llamé a continuación a la *Colter-Craig Casualty Company*.

Cuando la telefonista encargada de la centralita me contestó, le pregunté:

—¿Quién tiene a su cargo la investigación sobre el asunto del camión blindado?

—Creo —dijo— que debería hablar con el señor George Abner. Un momento, voy a conectarle. Un momento después una voz masculina dijo:

—¡Hola, al habla George B. Abner!

—¿Es usted el que se ocupa del robo del coche blindado? —pregunté.

—Soy el investigador —dijo cautamente—. ¿Quién habla?

—Milla —dije.

—¿El señor Milla?

—No. Milla a secas. ¿Sabe usted cuántos pies hay en una milla?

—Por supuesto.

—¿Cuántos?

—¿Qué es eso, un chiste?

—Recuerde el número —dije—: cinco mil doscientos ochenta. Si vuelvo a llamarle, le daré por toda referencia este número: cinco mil doscientos ochenta. Ahora bien, si logro obtener la totalidad o una parte de los cincuenta mil dólares que faltan y se la entregó a ustedes en una bandeja de plata, ¿qué ventajas me proporcionará ello?

—No suelo hacer esta clase de negocios por teléfono —dijo—. Y para que lo sepa, señor Milla, no somos encubridores.

—Nadie le pide que encubra cosa alguna —repliqué—. Se enfrentan ustedes con un caso de desaparición de cincuenta mil dólares. ¿Qué vale para ustedes la restitución de ese dinero?

—Si la proposición es lícita —respondió—, nuestra compañía ha sido siempre muy generosa a la hora de recompensar, pero, por supuesto, nunca discutimos asuntos de esta índole por teléfono.

—Esa generosidad a la que usted alude, ¿a cuánto puede subir? ¿Al cincuenta por ciento? —pregunté.

—¡Desde luego que no! —exclamó—. Sería suicida por nuestra parte. Tal vez llegáramos al veinte por ciento.

—Veinticinco —dije.

—Si tiene algo definido que ofrecer —dijo—, tendremos mucho gusto en discutir el asunto con usted.

—Hago una oferta definitiva —dije—: el veinticinco por ciento de lo que recupere.

—En el caso de que recuperase algo —dijo—, jamás consentiría que fuese más del veinte por ciento. Esto representa lo más alto a que podemos llegar en materia de recompensa. Por lo general, no pasamos del diez por ciento.

—Tal vez sea ésa la causa de que experimenten pérdidas tan elevadas —dije—. Recuerde el nombre y, por encima de todo, el número de código: cinco mil doscientos ochenta.

Colgué, subí al automóvil de la agencia y me dirigí al hotel «Breeze-Mount».

Tuve que esperar cerca de diez minutos antes de que un taxi depositara a Elsie Brand.

Liquidé la cuenta al chófer y el taxi sé alejó.

—Ven, Elsie —le dije—. Vamos a entrar en el hotel.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Alquilar un departamento —dije—. Hazte simpática a la directora. Compórtate como gente importante, respetable, tranquila… como una persona, en fin, en la que se puede tener plena confianza.

—¿Qué le digo cuando me pregunte cómo me llamo?

—*Tú* no tienes que decirle nada —exclamé—. *Yo* seré quien llevará la voz cantante.

—¿Y qué es lo que le dirás, si puedo saberlo?

—Que eres, desde luego, la señora Lam.

—Supongo, ante todo, que me harás la promesa de que, si permanecemos solos en un departamento, serás en todo momento el paradigma del honor y de la discreción, ¿no es así?

—No seas necia —le dije.

Me miró con el rostro encendido por una llamarada de indignación.

—Desecha tus temores —añadí—. No me quedaré en el piso ni un minuto. Tendré que dejarte en él sola, porque saldré de viaje. Permanecerás ahí unas cuantas horas y contestarás a las llamadas telefónicas. Si alguien pregunta por Evelyn Ellis simularás que no entiendes bien lo que dicen, para que te lo repitan. Con un poco de habilidad puedes conseguir que te confundan con ella. Si no, con mucha amabilidad le dices que la señorita Ellis se ha ausentado y estará fuera algún tiempo, pero que tienes la posibilidad de transmitirle el mensaje que sea. Tratarás de averiguar quién es el comunicante, pero de una manera simpática que no despierte sospecha alguna. Extrema tu finura y amabilidad. Si son hombres, haz que tu voz suene como el canto de una sirena.

—Pero ¿por qué hemos de alquilar un piso? —preguntó—. ¡Cielo santo!, Donald, me asusta pensar lo que ocurrirá cuando Bertha averigüe…

—Son los riesgos del oficio —dije—. Son inevitables. Hay que correrlos si uno quiere llegar a algo. Vamos.

Entramos en el «Breeze-Mount» y pulsé el timbre del

departamento que marcaba:

DIRECCIÓN.
MARLENE
CHARLOTTE
.

La mujer que vino a abrirnos rayaba en los cuarenta años. Era una mujer corpulenta que comenzaba a desmoronarse. Todo en ella, en su rostro plácido, inexpresivo y en su actitud indolente, indicaba que nada esperaba ya de la vida.

—¿Digan? —interrogó, lanzándonos una mirada de escrutinio.

—Oí decir que iban a tener un departamento desocupado de un momento a otro —dije.

—Tenemos ahora mismo tres departamentos desocupados —dijo.

—¿Puedo verlos?

—Por supuesto —respondió, y esta vez su mirada escrutadora se hizo más penetrante.

Elsie dijo gravemente:

—Los dos trabajamos. Ocuparemos el piso por la noche y el fin de semana, no durante el día.

—¿Niños? —preguntó la directora. Elsie denegó con un movimiento de cabeza y luego torció sus labios en un rictus amargo.

—No; no tengo hijos.

—Bueno, vengan conmigo —dijo la señora Charlotte, cogiendo del tablero unas llaves—. Tengo algunos departamentos que no dudo les gustarán.

El primero que nos mostró estaba limpio como una patena, pero no tenía teléfono. El que nos mostró a continuación era más espacioso, pero tampoco tenía teléfono.

Elsie me miró subrepticiamente. Yo moví la cabeza con un gesto de denegación.

—¿No podría enseñarnos… el otro? —pregunté.

—Puedo enseñarles el que se acaba de desocupar —dijo la señora Charlotte—, pero aún no se le ha limpiado y puesto en condiciones. Se encuentra en el estado en que lo dejó la inquilina

que lo ocupaba. Se mudó durante la noche y por toda despedida me dejó una nota.

—¿Podríamos verlo? —dijo Elsie, expresando cierta indecisión.

La señora Charlotte, sin decir palabra, nos llevó al departamento anhelado.

Había en él un teléfono directo. Reinaba en el cuarto un desorden completo. La persona que lo había abandonado no hizo esfuerzo alguno para disimular la precipitación de su partida. En un cesto situado en un rincón veíanse hasta los bordes todos aquellos papeles y objetos que uno guarda por un tiempo en los cajones de la cómoda o del escritorio y que se desechan finalmente cuando se hacen las maletas para mudarse a otro lugar. Eran papeles arrugados, un par de zapatos viejos, medias llenas de corridas y un colgador roto. Por el suelo veíanse más papeles arrugados.

La señora Charlotte no disimuló su contrariedad:

—Le ordené esta mañana a mi asistenta que, por lo menos, barriera todas esas cosas, pero ya veo que no lo ha hecho —dijo.

Miré a Elsie enarcando las cejas.

—Dime, cariño —le dije—, ¿qué te parece? Claro que no se le puede juzgar en el estado en que se encuentra, pero a mí me parece que se ajusta precisamente a lo que nosotros deseamos.

Elsie convino, indecisa:

—Sí, supongo que así es, pero recuerda, Donald, que tenemos que mudarnos a un sitio que podamos ocupar inmediatamente.

—Sí —accedí yo, lúgubre—, tienes razón, cariño. Un lugar como éste es el que estábamos buscando, de acuerdo; pero si por no estar en condiciones de limpieza no podemos…

La señora Charlotte me interrumpió:

—¿Qué quiere decir eso de que tienen que mudarse inmediatamente?

—Estábamos viviendo en la casa de unos amigos —expliqué— y cada vez que queríamos mudarnos insistían para que nos quedáramos algún tiempo más. Tienen un niño de muy corta edad que no quieren confiar a ninguna persona extraña, y gracias a nosotros, que no acostumbramos a salir de noche, disfrutaban, por vez primera en mucho tiempo, de una relativa libertad. Y he aquí que, de repente, se presentan esta mañana los padres del marido. Habían escrito que venían, pero, por lo visto, la carta se extravió.

Por esta razón tenemos que mudarnos inmediatamente.

Súbitamente saqué del bolsillo mi cartera y añadí:

—Verá usted lo que vamos a hacer. Le pagaré ahora mismo un mes adelantado, deduciendo cinco dólares por el estado en que se encuentra el piso. Su asistenta podrá hacer la limpieza mañana; pero, si puede procurarnos ropa limpia para la cama y el cuarto de baño, ocuparemos el piso inmediatamente. Por desgracia, tengo que irme ahora mismo a San Francisco, pero mi mujer puede quedarse ya aquí. Traeremos más tarde nuestras cosas. De momento, podemos ya telefonear a nuestros amigos participándoles nuestro nuevo domicilio. Nuestros amigos estaban desconsolados. Querían que sus padres fueran a un hotel, por esta noche, pero yo les disuadí diciendo que encontraríamos seguramente un sitio para alojarnos.

La señora Charlotte vaciló y dijo:

—¿Cuánto tiempo estarán aquí? ¿Quieren que se lo alquile por un año?

—Antes de comprometerme por un año, tengo que pensarlo, porque tal vez la empresa en la que presto mis servicios quiera trasladarme a otro lugar.

—¿En qué trabaja usted, señor Lam?

—Seguros —dije—. Desde luego, si desea usted referencias mías, puedo dárselas en cantidad y calidad. No obstante, mientras esté aquí le pagaré el alquiler religiosamente, y por adelantado.

Una sonrisa iluminó su fláccido semblante.

—Si quieren que les diga la verdad, no me gusta que ocupen ustedes un piso en este lamentable estado, pero… si a la señora Lam no le importa…

—No se inquiete, señora —dijo Elsie mirando en torno suyo—. Aunque, francamente, no comenzaré a poner esto en orden sino hasta después que su asistenta haya terminado mañana su limpieza.

—Muy bien —dijo la señora Charlotte—. Haré que suban inmediatamente ropa limpia. —Y luego, dirigiéndose a mí, añadió —: Baje conmigo y le daré un recibo del alquiler. El teléfono comenzó a sonar.

Fruncí el ceño y dije:

—Supongo que todavía no ha sido desconectado.

—No. Sigue todavía a nombre de la inquilina anterior, Evelyn Ellis —dijo la directora.

—Bien, yo mismo arreglaré eso con la compañía —dije, tomándola del brazo y lanzando a Elsie una mirada significativa.

Saqué a la señora Charlotte del cuarto y nos dirigimos al ascensor.

Elsie se abalanzó presurosa al teléfono.

Ya en el despacho, la señora Charlotte me dio un recibo. Inmediatamente le dije:

—Voy a subir un instante para decir a mi mujer que me voy para recoger nuestras cosas.

Subí al piso a toda velocidad.

—¿Averiguaste quién era, Elsie? —le pregunté.

—Por lo visto, Donald, estás dando en el clavo.

—¿Y eso?

—La llamada —me dijo— fue hecha por un caballero que preguntó por Evelyn Ellis. Le dije que no estaba aquí, pero que esperaba tener pronto con ella un contacto telefónico y que podría darle su recado. Me dijo que era urgente que viese o hablase con el señor Calhoun, el hombre de relaciones públicas. Le contesté que tal vez no tuviese la posibilidad de hacer esa llamada, ya que sólo podía hablar conmigo. Quiso saber quién era yo y le respondí que se trataba de una amiga y confidente, y que compartía con ella el departamento. El hombre, finalmente, se soltó el pelo y me rogó que le dijera a Evelyn que un tal Lam había ido a verle, que le había dirigido muchas preguntas sobre ella, y que, sospechando algo, había consultado la guía de teléfonos y había averiguado que el único Lam que figuraba en ella era un Donald Lam, miembro de la «Agencia Cool y Lam», de investigadores privados. Así es que el señor Calhoun me suplicó que en cuanto hablase con Evelyn le avisase de que un polizonte particular le seguía los pasos.

»Le dije que trataría de comunicarme con Evelyn con la mayor rapidez posible. En seguida le pregunté qué era lo que estaba buscando ese Lam y me contestó que no lo sabía; que el tal individuo se hacía pasar por un cronista social, pero que, desde luego, estaba husmeando algo. Me dijo también que aunque le fuiste con rodeos, desde el principio se dio cuenta de tus intenciones.

—Muy interesante —dije.

—¿Verdad que sí?

—¿Dónde está la carta de entrega inmediata? —le pregunté de pronto.

Abrió su bolso y me entregó un sobre. Lo examiné con atención, saqué mi cortaplumas, me serví de él para abrirlo y extraje de su interior una hoja de papel corriente. Estaba escrita con letra masculina. La firmaba Standley Downer. Decía así:

Querido señor Lam:

¡Hola, primo!

Tengo entendido que Hazel le ha comisionado para que le sean devueltos cincuenta mil dólares. Para su conocimiento, le diré que Hazel es mujer al agua. Esos billetes se los di yo, y he sido yo el que se los ha vuelto a coger. No le queda ya ni un botón. Se lo tiene merecido. Si espera usted que le pague, no será, por supuesto, en dinero.

Usted es un sensato hombre de negocios. No se deje enredar por ella como yo.

Supongo que le habrá dicho que me había dado el «sí» ante un altar. Para que lo sepa, ese «sí» me lo dio en el asiento posterior de un coche. Jamás logró que me acercara con ella a un altar. Si tuvo alguna vez un dólar en el bolso es porque yo se lo di.

Todo lo que haya podido decirle sobre la procedencia del dinero, la herencia de un tío, etcétera, es pura ficción. Le dije que todo aquel montón de dinero era suyo, y cayó a mis pies, rendida de amor. Mientras duró la ilusión, la felicidad fue completa.

Si no le importa a usted perder el tiempo, ¡adelante con los faroles! ¡Primales! Si tiene ahora algo que echarse a la boca es porque pidió un préstamo sobre el valor de su coche.

¡Hasta la vista! ¡Lechoncito!

Di a leer la carta a Elsie. Cuando la hubo leído, abrió mucho los ojos y exclamó:

—Donald, ¿cómo lo ha sabido?

—Conocerá algún policía, o, tal vez, un periodista le habrá informado, a no ser que una amiga de Hazel haya traicionado su confianza.

—Unas posibilidades muy interesantes, ¿verdad? —dijo Elsie.

Asentí.

—Este individuo no ha perdido el tiempo —dije.

—¿Qué se propondrá escribiéndote esta carta? —preguntó.

—Sin duda querrá que no me ocupe de este caso, dándome a entender que no cobraré mis honorarios.

—Pero, Donald, si no están casados, perderás lastimosamente el tiempo. Porque, aun suponiendo que lo encuentres, lo lógico es pensar que te mandará a freír espárragos.

—Hemos acordado que cuando lo encuentre, Hazel se hará cargo de él. Recuerda lo que nos indicó sobre que podía decir algo acerca de su pasado.

Elsie reflexionó durante unos segundos, y, acto seguido, dijo:

—Donald, ¿sabes qué pienso?

—¿Qué?

—Que hay un acuerdo entre Hazel y Standley. Éste tomó parte en el robo del… ¡Donald! ¡Están tratando de comprometerte en este asunto, usándote para que les saques las castañas del fuego!

—Podría ser —le dije yo.

—¡Donald! ¡*Así* es! Esta carta fue escrita poco después de haber salido Hazel de la oficina.

—Es posible.

—Donald, pero ¿no comprendes? Están los dos de acuerdo para hacerte caer en el lazo.

—Si es cierto, nada podemos hacer para que dejen de estar de acuerdo —observé.

—Pero ¿qué haremos nosotros? —preguntó.

—Tú te quedas aquí tranquilamente, señora Lam —le contesté —. Haz la cama y no te apartes mucho del teléfono. Cada vez que suene, lo coges y contestas. Les dices que eres la amiga y confidente de Evelyn, que esperas que te llame de un momento a otro y que tendrás mucho gusto en transmitirle sus mensajes.

—¿Cuánto tiempo me quedaré aquí?

—Hasta que yo vuelva para relevarte —dije—. Telefonea a la oficina. Diles que tuviste que irte temprano a causa de un fuerte dolor de cabeza. No dejes que la telefonista ponga a Bertha en la línea.

»Incidentalmente, hay un espacio en el garaje, que está comprendido en el alquiler del piso. Voy abajo a echarle un vistazo.

Tú vacía el cesto de papeles, a ver si encuentras algo que nos procure un indicio cualquiera. No creo que lo haya; pero, de todos modos, hazlo.

Me encaminé a la puerta.

Elsie se quedó mirándome, perpleja.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Tienes miedo?

—No —me dijo—. Lo que ocurre es que estoy tratando de conciliar la idea de una luna de miel contigo con la visión de una cesta de papeles llena de suciedad y de desechos de prendas de otra mujer.

—Eso es lo que ocurre cuando se tiene demasiada imaginación —le contesté—. ¡La eterna diferencia entre lo vivo y lo pintado! Tampoco yo me siento muy feliz.

capítulo cuatro

EL garaje estaba cerrado con candado. La señora Charlotte me entregó la llave a regañadientes; me dijo que era la última que le quedaba y que procurara no perderla. La inquilina anterior se la había llevado consigo al irse. Había entregado la llave del piso, pero se había quedado la del garaje.

Le tranquilicé diciendo que mandaría hacer, por mi cuenta, un duplicado de la llave y que en cuanto lo tuviera, se la devolvería.

Conduje mi coche hasta el garaje, introduje la llave en el candado, alcé la aldaba y abrí la puerta.

La única ventilación se producía a través de una pequeña ventana cercana al techo. El lugar era oscuro y olía a humedad.

Encendí la luz.

Había un buen surtido de chatarra acumulada por los distintos ocupantes; un gato incompleto, una caja de embalaje, el cubo de una rueda, latas vacías de gasolina, viejos «monos» cubiertos de grasa, un trozo de gamuza mojada y un baúl-mundo, nuevo y flamante, en medio del garaje.

Lo examiné cuidadosamente. Era de una buena marca, de calidad excelente, y debía haber costado su dinero. Estaba sólidamente cerrado.

Me entregué a una honda cavilación. El baúl estaba en el centro del lugar, de una manera extraña; era lo primero que se veía al entrar. Evelyn había dejado a la señora Charlotte una nota diciendo que se iba, que el alquiler estaba pagado hasta fin de mes y que la señora Charlotte estaba en libertad de volver a alquilar el departamento. Con la nota había dejado la llave de este último, pero se había quedado con la del garaje.

Era, por lo tanto, evidente que Evelyn intentaba entregar la llave del garaje a otra persona para que fuera a incautarse del baúl y se

lo expidiera. Así, pues, había dado a esta persona la llave del garaje y, para que no hubiese duda de especie alguna, había colocado el baúl en el mismo centro para que fuera lo primero que se viese al entrar.

Salí del garaje, cerré el candado, subí al automóvil de la agencia y me puse a recorrer la calle hasta encontrar una ferretería.

Compré el mejor candado que había en la tienda; garantizado contra los ladrones. Con el candado me dieron dos llaves.

Volví al garaje, abrí el viejo candado, me aseguré de que el baúl seguía en su sitio, puse en la puerta el nuevo candado, lo cerré y salí a la calle en busca de un teléfono. Lo hallé y llamé a la señora Charlotte.

Cuando se puso al teléfono le dije:

—Señora Charlotte, soy Donald Lam. Voy a guardar en el garaje ciertos papeles que tienen para mí un gran valor, y como no me gusta la idea de que la inquilina anterior tenga todavía en su poder la llave que no le ha devuelto, he decidido poner un nuevo candado en la puerta. He mandado hacer llaves duplicadas para usted.

—Se lo agradezco en el alma, señor Lam —dijo—. Estoy tratando de comunicarme con mi asistenta. Quiero que limpie el departamento antes de que llegue la noche.

—No se preocupe, señora —le dije—. Mi mujer está ya poniendo un poco de orden en la habitación. La veré más tarde.

—¿Pasará aquí la noche?

—No lo creo. Probablemente tendré que irme a San Francisco —le dije—. Estoy esperando una llamada. Mi mujer, de todos modos, quedará en la casa.

Me trasladé a una tienda de artículos de viaje y adquirí en ella un baúl de la misma marca y tamaño del que estaba en el garaje: me lo llevé a mi domicilio y lo llené de ropa y de artículos de mi uso personal.

Me escribí a mí mismo una carta bajo el nombre de George Biggs Gridley. La carta decía así:

Mi querido señor Gridley:

Lamento que no hayamos podido encontrarnos en Las Vegas. No pude verle en Los Ángeles, pero espero entrevistarme con usted cuando llegue al hotel «Golden Gateway», de San

Francisco.

Cuando nos veamos, confío en que podremos concertar una división equitativa de la propiedad.

Firmé la carta con las iniciales L. N. M. y la metí en uno de los bolsillos de una chaqueta de sport que coloqué en el baúl.

Después que hube cerrado el baúl, cogí una maleta y un maletín y metí en ellos todo lo necesario para pasar una semana fuera de casa. Seguidamente volví al hotel «Breeze-Mount», y pertrechado de la maleta y del maletín, subí en el ascensor.

Elsie había terminado el escrutinio del contenido de la cesta de papeles, y algunos de éstos, desarrugados y alisa, dos, se hallaban sobre la mesa.

—¿Encontraste algo? —le pregunté.

—En estos pedazos de papel hallarás direcciones y números de teléfono —dijo—. Uno de ellos es de San Francisco.

—¡Magnífico!

Apunté en mi agenda los números.

—¿Y fuera de esto?

—Botes de cremas rancias, barritas pintalabios, estuches de *rimmel*, en fin, todo un arsenal femenino —dijo— y pare usted de contar.

—Perfecto —le dije—. La directora está buscando a la asistenta para que nos limpie el departamento. Pide un taxi. Cuando llegue lo tomas y te vas a tu casa, coges una maleta, metes en ella lo indispensable para un par de días y te vienes para acá volando.

Iba a decir algo, pero cambió de parecer. Se fue al perchero, cogió el abrigo y se lo puso.

—Dame la llave —le dije—. Cuando salgas, cierra la puerta de golpe.

—¿Qué haré cuando regrese?

—Si no estoy aquí, encontrarás la llave en la gerencia —le dije.

Bajé adonde estaba mi coche y me fui en él al garaje. Abrí el nuevo candado, empujé la puerta y pasé al interior. Tomé el baúl y lo fui moviendo hacia el fondo, hasta que lo situé en una zona oscura. A continuación maniobré mi coche de forma que su parte

trasera quedó frente a la puerta del garaje. Entonces saqué por aquélla el baúl nuevo que había adquirido y lo coloqué en el lugar exacto que había ocupado el otro. Finalmente, después de cerrar la puerta del garaje con el nuevo candado, me fui en el coche y lo dejé estacionado junto a la acera, frente al edificio del hotel. Subí nuevamente al departamento.

—Muy bien, Elsie —le dije—. Puedes irte en cuanto llegue el taxi.

—Tendré que detenerme en un supermercado para comprar algunas provisiones.

—Bien pensado —le dije—. Tráete café, crema, azúcar, huevos, sal, pan… comestibles variados… Que se vea bien que vamos a vivir aquí; no vaya a recelar algo la directora. Haz que el chófer del taxi te lleve todo eso hasta el ascensor. Si estoy en la casa, me encargaré del transporte de las vituallas hasta aquí. De lo contrario, tendrás que hacerlo tú sola.

—Si no estás aquí, por favor, llámame y dime dónde te encuentras.

Apunté el número del teléfono y dije:

—Descuida. Estaré contigo en continuo contacto telefónico. Ahora, vete y tráete tus cosas. La directora telefoneó para decirnos que el taxi había llegado.

—Bien —me dijo Elsie—, como esposa consciente de sus deberes, seguiré tus instrucciones. No podía imaginarme que estar casada contigo fuera esto, Donald. Volveré tan pronto como pueda.

En cuanto se hubo marchado Elsie, me senté, inquieto, temeroso de que sonara el teléfono. En el caso de que llamara alguien, tenía que abstenerme de contestar. Una voz de hombre podía muy bien ahuyentar la caza. Por otra parte, si no contestaba, la llamada volvería a repetirse más tarde, y la directora del hotel sabía que yo estaba en el piso. De acuerdo con mis planes, tenía que saber que estaba allí.

Acerqué una silla junto a la ventana y me senté en ella. Me ensimismé, rememorando los incidentes del día.

El teléfono comenzó a sonar. Dejé que sonara. Me pareció interminable el molesto tintineo.

Me levanté y me puse a pasear por la habitación, descontento de mí mismo y recriminándome por haber dejado que se fuera Elsie,

aunque sabía muy bien que no podía existir otra solución.

Después de quince o veinte minutos, el teléfono volvió a sonar, y esta vez parecía como dispuesto a sonar indefinidamente. Finalmente, fui a él, lo descolgué y pregunté:

—¿Qué número pide usted?

—¡Por el amor del cielo! —exclamó la voz de la señora Charlotte —. ¿Dónde estaba usted? Sabía de cierto que estaba en el piso y…

—No me fue posible contestar a la llamada. Estaba bañándome. ¿Qué ocurre?

—Ahí afuera hay un hombre que quiere entrar en el garaje. Tiene instrucciones de recoger un baúl.

—¿Le ha enseñado alguna carta que lo acredite? —le pregunté.

—Tiene la llave del garaje, es decir, la llave del otro candado. Evelyn Ellis se la dio. Trató de abrir la puerta y vio que habían cambiado el candado. Usted me dijo que *iba* a cambiarlo, no que lo hubiese cambiado ya. Naturalmente yo no tengo llave.

—Bajo al instante y le abriré la puerta —dije—. Lo siento; de veras lo siento.

—Yo puedo subir a recogerla. Quería asegurarme de que…

—No —interrumpí—. Bajaré yo mismo y le abriré el garaje. ¿Qué es lo que quiere recoger?

—Parece ser que la señorita Ellis, la inquilina anterior, dejó allí un baúl y ahora manda a este individuo a recogerlo. Es todo lo que necesita.

—Está bien —dije—; en este caso suba en el ascensor y le daré su llave, y *entonces* podrá dejarle entrar.

Fui al ascensor y esperé a que la señora Charlotte subiera.

—¡Cómo lo siento, señora! —le dije—. Hubiera debido dejarle la llave cuando cambié el candado.

—Sí, hubiera debido hacerlo —exclamó con cierta acritud—. Me hubiera evitado todo este jaleo.

—Lo siento en el alma.

Le entregué la llave del candado.

Bajó en el ascensor.

Me precipité escaleras abajo y me detuve en el último rellano, desde donde podía ver el despacho de la gerencia.

El hombre que se hallaba junto a la señora Charlotte y hablaba con ésta era el de la fotografía que me entregó: Hazel Downer.

Parecía muy nervioso.

La señora Charlotte se fue con él en dirección al garaje.

Crucé el vestíbulo, dejé la llave del piso en la mesa de la gerencia, salí afuera y me metí en el coche de la agencia; puse el motor en marcha y esperé.

La señora Charlotte, entretanto, había acompañado al hombre hasta la puerta del garaje. Abrió éste y dejó que el desconocido entrara en él. No estuvo mucho tiempo dentro; salió y subiendo a un coche «Sedan» estacionado en las proximidades, lo maniobró de forma que su parte trasera quedó frente a la entrada del garaje. Entonces se apeó, abrió el portaequipajes de su coche y, después de no poco forcejeo, logró meter en él el baúl que yo había comprado y que expresamente había colocado, poco antes, en el centro del garaje. Como la parte superior del baúl sobresaliera del portaequipajes, lo aseguró a éste con un sólido cordel. A continuación subió al coche, lo puso en marcha y se alejó, aunque no lo suficientemente ligero para impedirme que viera y anotara su número de matrícula: NYB 241.

Inmediatamente subí a mi coche y le seguí. Me mantuve a prudente distancia y sólo estreché el cerco cuando el tráfico se hizo más denso.

Llegó a la estación Unión, se detuvo el tiempo justo para que un mozo descargara el baúl, y, a continuación, fue a aparcar el coche. Yo hice lo mismo con el mío, y seguí al hombre hasta el interior de la estación. Le vi cómo adquiría un billete para el «nocturno» de San Francisco. Acto seguido se reunió con el mozo que se había hecho cargo del baúl y fueron los dos a facturarlo.

Volví a toda prisa al hotel, acerqué el coche de la agencia a la puerta del garaje, abrí éste, y, cargando con el baúl que había arrinconado en el fondo del local, lo trasladé al interior de mi coche. A continuación volví a tomar el volante y me dirigí, sin perder tiempo, a la estación Unión. Allí adquirí un billete para el «nocturno» de San Francisco y facturé el baúl. Seguidamente aparqué el coche en el garaje de la estación y llamé al piso.

Elsie contestó a mi llamada. Su voz parecía frágil y en ella percibí una nota de angustia.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté.

—¡Oh, Donald! —dijo—. ¡Me alegro tanto de que me hayas

llamado…! Estoy asustada.

—¿Qué ocurre?

—Llamó hace poco un hombre. No preguntó quién era ni nada. Se limitó a decir: «Oye, tú, dile a Standley que le doy de plazo hasta mañana para que se deje caer con los diez billetes convenidos. De lo contrario, le pesará». Traté de averiguar, quién era, pero el comunicante, sin añadir más, colgó.

—Mira, pequeña —le dije—, no tengas miedo. Nada puede pasarte. Tranquilízate. Contesta al teléfono cada vez que llame. No digas a nadie que eres Evelyn Ellis. Limítate a contestar que tratarás de que el recado llegue a ella. Sí alguno insiste y se pone pesado, le dices que eres la nueva inquilina, que te mudaste ahí después de que se fue del piso la señorita Ellis, pero que tienes razones para creer que volverá de un momento a otro para saber quiénes la han llamado. Si preguntan quién eres o cómo te llamas, tómalo como si fueran intentos de galanteo, y contéstales que no lo sabes, que tendrás que preguntárselo a tu papá y a tu mamá. No digas ya más a persona alguna que eres una amiga de Evelyn Ellis o que la conoces. Procura obtener toda la información que puedas; pero, en ningún momento, manifiestes nada: limítate a decir que eres la nueva inquilina del piso. Y si alguno de los comunicantes se pusiese demasiado terco, le dices que se ponga al habla con la señora Charlotte, la directora del hotel.

—Donald, ¿vendrás pronto? —me preguntó.

—Lo siento, pequeña —le dije—; voy a estar ausente durante algún tiempo.

—¿Cuánto?

—Toda la noche.

—¡Donald!

—¿Me quieres ahí… toda la noche?

—No… Pero… ¡no quiero estar sola!

—A veces, para la mujer casada, la soledad es la mejor compañía.

—Sí, desde luego —sonó airada la voz de Elsie—, cuando la compañía se llama Donald Lam.

Y con un golpe seco, colgó.

Me encaminé a un bazar, compré una bolsa de nylon, la llené de artículos diversos de tocador, crema dental, jabón, un cepillo de

dientes, y me fui a «Olvera Street». Allí un restaurante mejicano me brindó una excelente comida. Desde él me encaminé a la estación Unión y tomé el «nocturno». Me cuidé bien de no pasar por el vagón salón ni por el restaurante: me metí en mi compartimiento, cerré la puerta y me eché a dormir.

No salí a desayunar para no tener un mal encuentro en el vagón-restaurante. Cuando el tren llegó a San Francisco, me apeé, tomando las precauciones necesarias para que nadie advirtiera mi presencia. Como llevaba conmigo el improvisado neceser, no tuve necesidad de acercarme al vagón de los equipajes en donde los factores repartían los bagajes.

Cogí un taxi que me llevó al hotel «Golden Gateway». Me registré allí bajo mi nombre, y a continuación le dije al empleado:

—Espero la llegada del señor George Biggs Gridley. Todavía no ha venido, pero deseo que ocupe una habitación próxima a la mía. Haré el registro en su nombre y le pagaré el cuarto contiguo al mío. Puede ya darme la llave; se la entregaré en cuanto llegue. Voy a pagarle por adelantado las dos habitaciones. Más tarde, si decidimos quedarnos algún tiempo, haremos otros arreglos a base de pago diferido.

Saqué mi cartera.

El empleado se deshacía en atenciones hacia mí. Por fin, me dio dos habitaciones contiguas.

Fui a una agencia de automóviles de alquiler, alquilé una rubia y me dirigí a la estación; presenté el talón y saqué el baúl que había facturado en Los Ángeles.

Era un baúl bastante pesado, y al cargarlo en la rubia, tuve como la impresión de que todo el peso gravitaba sobre el fondo. Me volví al hotel, descargué el baúl, llevé la rubia a un aparcamiento próximo, y a continuación mandé que llevaran el baúl a la habitación que había alquilado bajo el nombre de George Biggs Gridley. Decididamente me gustaba el nombre.

Llamé al jefe de los «*botones*» y le dije:

—Estoy en un apuro. He perdido la llave de mi baúl, y tengo que abrirlo inmediatamente.

—El portero —me dijo— tiene un montón de llaves de todas las clases y tamaños. Tal vez encuentre una que le resuelva el conflicto. Voy a enviárselo.

Esperé como unos cinco minutos, y al cabo de ellos se presentó el portero, armado de un enorme llavero del que colgaban como un centenar de llaves de todas las dimensiones y categorías.

En menos de un minuto el hombre encontró la llave apropiada. El baúl quedó abierto.

Tomó los dos dólares que le alargué y rió entre dientes.

—Nada más fácil —dijo—. Estas cerraduras son de un modelo corriente y nada complicadas. Se adaptan a un tipo de llaves que también son muy corrientes.

En cuanto salió, destapé el baúl.

Estaba lleno hasta el tope de mantas de lana. En el fondo del baúl, entre los pliegues de las mantas, para que no se moviesen, había tarjetas y libros llenos de figuras y números cabalísticos.

Me senté en el suelo y examiné las tarjetas y los libros. No pude sacar nada en claro. Lo único que deduje fue que se trataba de considerables sumas de dinero, pero no se veían nombres ni palabras de clase alguna; sólo combinaciones de números. En las columnas de la derecha los números eran 20-50-1C-2C-5C = 7C-2M-1M.

Aparentemente las C representaban centenas o centenares y las M miles o millares. Era ya éste un indicio que podía servirme de algo.

Estudié algunas de las tarjetas. El número escrito en la parte superior terminaba con mucha frecuencia en 364. Los números en la parte inferior de las tarjetas estaban por lo común separados por signos de menos, pero, al final, el signo de menos variaba con el de más.

Saqué del baúl todo su contenido y me puse a examinarlo detenidamente.

Pasó algún tiempo antes de que descubriera el doble fondo. No lo habría descubierto si no se me hubiese ocurrido volver por completo, de arriba abajo, el baúl, y golpear con los nudillos el revés del fondo.

La doble tapa era una plancha de madera fijada con tornillos invisibles, disimulados bajo la tela que forraba la tapa, que era la misma que recubría el resto del interior del baúl. Me fue difícil dar con ellos, pero conseguí hallarlos, los destornillé y levanté la tapa.

El hueco que había dejado al descubierto estaba lleno de billetes

de mil dólares.

Los conté. Eran exactamente cincuenta y dos. Los conté dos veces para estar seguro; seguidamente tomé cincuenta billetes, coloqué con cuidado los dos restantes en el compartimiento secreto, volví la tapa a su sitio y la atornillé de nuevo.

Entonces volví a colocar las mantas de lana en el baúl y pasé un pañuelo por todos los lugares que había tocado mi mano. No quería dejar mis huellas en el interior del baúl.

Bajé al vestíbulo y dije a la cajera del hotel.

—Me llamo Lam. Queda libre mi cuarto. Está ya pagado. Me miró sorprendida y dijo:

—Pero ¿no acaba usted de tomarlo, señor Lam?

—Lo sé. Lo siento mucho. He tenido que cambiar de planes.

Frunció el ceño:

—¿Desea usted que se le devuelva…?

No le dejé terminar la frase.

—En absoluto, señorita. Aunque no por mucho tiempo, ocupé el cuarto. Si le he avisado es para que dispongan de él.

Me dio un recibo, sonriendo.

—Está bien, señor Lam. Siento que no haya podido permanecer más tiempo en nuestra casa.

—También yo lo siento. No obstante, volveré muy pronto.

Fui a conserjería.

—¿Algún mensaje para George Biggs Gridley? —pregunté, mostrando la llave del cuarto de Gridley.

—Ninguno, señor Gridley.

Fruncí el ceño.

—Compruebe, por favor.

La encargada miró de nuevo la casilla. No; nada había para el señor Gridley. Esto me dio muy mala espina. A estas alturas el amigo Gridley debería ser ya un hombre muy solicitado.

Subí al cuarto del amigo Gridley y dediqué de nuevo mi atención al baúl. Saqué de él los libros y las tarjetas, y, envolviéndolos en un trozo de cartón duro, hice un paquete y lo mandé por expreso, a mí mismo, en Los Ángeles. A continuación me trasladé a la *Happy Daze Camera Company*.

Entré en la tienda. Estaba en ella un japonés que me recibió con muchas reverencias y zalemas.

—Quiero que me enseñe usted una buena cámara de ocasión —le dije—. Necesito también una caja de papel doble para ampliaciones de cinco por siete.

Se ocupó, de momento, de procurarme el papel.

Mientras buscaba las cámaras de ocasión, yo abrí la caja de papel de ampliar, saqué de ella quince hojas, las tiré detrás del mostrador y deslicé los cincuenta billetes de mil dólares en el lugar que habían ocupado aquéllas.

El hombre que me atendía era evidentemente el dueño o director de la empresa. Había otro japonés de más edad, que me había observado con curiosidad, pero llegó una mujer bastante agraciada, y desde este momento, sólo tuvo ojos para ella.

No dejé de observarla con el rabillo del ojo, pero mi atención vigilante se concentraba en el primer japonés que se afanaba, aquí y allá, para encontrar una cámara que pudiese satisfacerme.

Elegí una de las cámaras que me trajo.

—¿Tendría usted un estuche para ella? —le pregunté.

Se inclinó, sonrió y volvió a desaparecer.

Me aseguré de que los cincuenta billetes quedaban bien acondicionados dentro del paquete de papel de ampliación, y envolviéndolo con el papel negro, lo volví a meter en la caja de cartón.

Cuando el gerente, o lo que fuera, volvió con el estuche para la cámara, después de uno o dos minutos de regateo le dije:

—Muy bien. La tomo. Pero a condición de que todo esto lo expida inmediatamente.

—¿Que lo expida…?

—Exactamente.

—¿Adónde? Le di una de mis tarjetas.

—Quiero que me sea expedido a Los Ángeles, a mi nombre, por expreso aéreo, e *inmediatamente*. Deseo que alguno de ustedes tome un coche y lleve esto personalmente a la oficina del expreso aéreo. Ponga en el paquete: Urgente y muy frágil.

Saqué mi portamonedas y comencé a contar el dinero.

—Sí, sí —dijo—. Correcto. Inmediatamente.

—¿Seguro que mandará usted a alguien a hacer este encargo especial al aeropuerto?

—Desde luego —me prometió—; ahora mismo. Voy a llamar un

taxi.

—Empaquételo con cuidado —le dije— y meta virutas, para que no se estropee en el camino.

—Pierda usted cuidado, señor. Todo se hará como desea el señor.

—Repito que tiene que ser inmediatamente. Deseo tener esa cámara en Los Ángeles esta misma noche. Y, desde luego, en perfecto estado. ¿Comprende?

—Sí. De acuerdo. No se preocupe el señor.

Lanzó unas palabras en japonés al hombre que en el otro extremo de la tienda atendía a la mujer.

El hombre le contestó, pero sin mirar en su dirección.

Me puse a observarlo. La mujer estaba de espaldas examinando una cámara. El japonés que la atendía estaba contrariado. No le agradaba que le interpelasen cuando estaba haciendo una venta.

—Está bien —le dije a mi japonés—. Arréglese para que alguno de ustedes la lleve al aeropuerto sin perder un segundo. Recuerde que es para mí de extrema importancia.

Tomé el recibo que me dio y salí de la tienda.

La mujer seguía examinando las cámaras. Traté de verle la cara, pero no pude. Inclinada sobre el mostrador, toda su atención parecía concentrada en el aparato que estaba examinando. Vista por detrás, su línea era magnífica, y si su anverso correspondía al reverso, debía ser una mujer de bandera.

Me metí en una cabina telefónica y llamé a Elsie.

—¡Hola, encanto! —le dije—. ¿Cómo pasaste tu noche de bodas?

—¡Donald! —me respondió, anhelosa—. No me quedaré aquí un momento más. ¡Estoy tan asustada! Yo…

—Vamos a ver; no te exaltes. ¿Qué sucede?

—Dos veces sonó el teléfono durante la noche —dijo—. Cogí el receptor y antes de que pronunciara una sola palabra una voz de hombre me dijo: «Dile a Standley que el plazo vence mañana a las diez…». Y antes de que pudiera decirle algo, colgó. En la otra llamada ocurrió exactamente lo mismo.

—Está bien, Elsie. Dile a la señora Charlotte que he sido trasladado a Nueva York y que tienes que reunirte conmigo. Le dices que puede quedarse con las provisiones, y que buen provecho le hagan. Llama a un taxi; carga en él tus cosas y te vas a la oficina.

Dirás allí que has estado enferma. Evita todo lo posible hablar con Bertha.

—¡Oh, Donald! Estaba tan esperanzada de que vinieras al piso… No cerré un ojo en toda la noche. Dime, y tú ¿cómo te encuentras?

—Fresco como una rosa —le dije—. Todo marcha como la seda. Ahora, escúchame, Elsie. A mediodía la persona que sabes llamará a la oficina… Sí… Abigail Smythe… Recuerda la *y* griega y la *e* final.

—Sí —dijo—. ¿Qué le diré?

—Atiende bien, que esto va a ser complicado —le dije—. Le dirás que vaya al aeropuerto en su coche y esté allí exactamente a las tres de la tarde. Dile. que se cerciore bien de que no la siguen, si es posible.

»Le dirás también que llego a las tres diez en el avión de las "Líneas Aéreas Unidas", que se informe antes de la hora exacta de llegada del avión, y que haga entrar su coche en el campo y lo aparque en la zona de los tres minutos. Le dirás que abra la cajuela y alce la tapa como si hubiera ido a recoger unas maletas. Esto le dará todo el tiempo que necesitamos. A las tres y veinticinco exactamente tomaré un taxi. Al darle la dirección titubearé, haciéndome el despistado, y la buscaré en mi agenda, antes de dársela. Eso le facilitará tiempo a ella para ver qué clase de taxi tomo. Seguirá a mi taxi.

»Allá donde vaya, haga lo que haga, me seguirá. No tendrá que disimular en absoluto. Se limitará a seguir mí taxi como si fuera su sombra. Eso es todo lo que tiene que saber y todo lo que tiene que hacer. ¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—Eres una chica estupenda —le dije, y colgué.

Devolví a la agencia la rubia que les había alquilado, me hice conducir en un taxi al aeropuerto, tomé el avión para Los Ángeles y a las tres y diez ponía mis pies en tierra firme.

A las tres y veinticinco franqueaba el pasadizo que conducía al exterior del aeropuerto y después de lanzar una mirada a mí alrededor, como para orientarme, me dirigí a uno de los taxis estacionados allí. Subí, me arrellané en el asiento y saqué mi agenda. Me puse a hojearla.

Después de un momento, el chófer del taxi me dijo:

—Bueno, si no le importa, saldremos de aquí. Ya me dará la

dirección durante el camino hasta la carretera.

—Por mí no hay inconveniente —le dije—. Conozco las inmediaciones, pero no puedo recordar ni el nombre de la calle ni el número. Le iré dando instrucciones durante el camino y le diré también cuál es el camino que tiene que tomar.

El taxi alcanzó la calzada. El tráfico era intenso. Yo me retrepé cómodamente en el asiento. No miré hacia atrás sino hasta después de que hubimos dejado la calzada y entrábamos en una zona más despejada, casi en pleno campo. Después vi frente a nosotros una carretera que cruzaba la nuestra. Le dije al chófer:

—Tome por esa carretera a la derecha.

—¿Ésta que viene?

—Exactamente.

El chófer hizo la maniobra correspondiente y no tardé en verme en la carretera transversal.

Hecho este viraje, volví a mirar hacia atrás.

Hazel Downer, muy airosa, en una combinación de sport, estaba detrás de nosotros.

Hice que el chófer siguiera adelante hasta que pude cerciorarme de que ningún otro coche, fuera del de Hazel, nos seguía. Entonces le dije al chófer:

—Ahora me doy cuenta de que no es éste el camino. Tenemos que volver al punto de partida. Es, de seguro, la otra carretera.

El chófer dio una vuelta completa.

Detrás de nosotros, Hazel viró también en redondo. El chófer se volvió hacia mí y me dijo:

—¡Eh, amigo!, ¿sabe usted que nos están siguiendo?

—¿Y eso? —pregunté.

—Una mujer. Nos ha estado siguiendo desde que dejamos el aeropuerto.

—Échese a un lado y pare —le dije—. Voy a ver quién es.

—Vaya con cuidado, amigo —me aconsejó el chófer.

—No tema —le dije—. Una simple averiguación; eso es todo.

El taxi se acercó al bordillo y se detuvo.

Me dirigí a donde estaba Hazel y le pregunté:

—¿Le ha seguido alguien?

—No, que yo sepa.

—Está bien —le dije—. Espéreme aquí.

Volví a donde estaba el taxi y le dije al chófer:

—Ha sido una coincidencia. Es una amiga de la mujer con la que tenía que encontrarme. Fue al aeropuerto, vio que no la había reconocido y se enfadó mucho. Se había propuesto hacerme dar un paseíto por el campo antes de darse a conocer. Ya sabe cómo son las mujeres. ¿Cuánto marca el contador?

—Dos diez —me dijo.

Le di cinco dólares y exclamó:

—¡Muchas gracias, amigo! —Me miró con intención y rió entre dientes—. Iba a decirle, amigo, que desde el principio barrunté que estaba usted de acuerdo con la chica del coche. Que para eso tengo dos niñas que visten ya de largo. —Y al pronunciar estas palabras, señaló con el índice a las niñas de sus ojos.

Salió disparado.

Eché mano de mi bolsa de nylon y volví al coche de Hazel.

—Okay. Esperemos a que el taxi se aleje. Luego daremos la vuelta completa y nos iremos por la otra carretera.

Me instalé a su lado.

Era uno de esos coches bajos, con mucho espacio para mover las piernas, y Hazel exhibía generosamente la totalidad de sus *nylons*. La perspectiva, desde luego, era espléndida.

Hizo el consabido e inútil movimiento de bajarse la falda, rió nerviosamente y dijo:

—Es inútil, Donald. No puedo conducir este cacharro sin enseñar mis piernas.

—La enseñanza es obligatoria en este país —dije.

—Y el descaro voluntario —me respondió ella. Y a continuación me preguntó—: ¿Qué? ¿Está ya el taxi suficientemente lejos?

—No. Que desaparezca por completo en el tráfico. No quiero que se entere de que damos la vuelta. Dejémosle en el convencimiento de que le estamos siguiendo… en el caso de que alguien le preguntara algo.

—¡Vaya! ¡No es usted poco receloso!

—Nunca lo es uno bastante —le dije—. Vamos ahora. Otra vuelta completa y dirijámonos hacia el Este.

Viró en redondo.

—¿Sabe usted adónde va esta carretera?

—Creo que desemboca en Inglewood o en sus inmediaciones —

le dije—. Siga por ella.

Fuimos carretera adelante hasta que llegamos a un lugar con algunas casas. Éstas se fueron haciendo más numerosas; luego alcanzamos un cruce y las casas menudearon.

—Tomemos esa carretera —le dije—; a ver dónde nos lleva. Yo miraré por si alguien nos sigue.

—¿No podemos ir a algún sitio donde podamos hablar? —le pregunté después de unos minutos de rápida carrera.

—Vamos a mi piso —dijo.

—¿Está usted loca? —exclamé—. Allí estarán acechando ellos, como una bandada de cuervos.

—No lo creo, Donald.

—¿Por qué?

—Porque he estado yendo y viniendo y no he advertido que me siguieran los pasos. He salido varias veces, en coche, y me he dado perfecta cuenta de que nadie me seguía la pista.

—¿Cómo lo hizo?

—Como usted ahora. Yendo por caminos apartados, volviendo una y otra vez sobre mis pasos, como si me hubiese extraviado. Así pude darme cuenta de que no era seguida.

—Es posible que se hubiese zafado de ellos al rebasar una señal de tráfico en el momento de cambiar.

—No, Donald. Conduje deliberadamente sin prisa y sin dar la impresión de querer esquivar el largo brazo de la ley.

—De todos modos —le dije—, por si acaso, descartemos su piso. ¿A qué otro sitio podríamos ir?

—¿Y por qué no a *su* domicilio?

—Es muy probable que también esté vigilado.

—Tengo una amiga —dijo entonces—. Puedo telefonearla. Creo que nos dejaría usar su piso.

—Muy bien —le dije—. Busquemos un teléfono.

Tomamos por un bulevar. Se detuvo junto a una cabina de telefónica pública, hizo su llamada, volvió al coche y me dijo.

—Está bien. Mi amiga dejará la puerta abierta y nos dará una hora y media. No creo que necesitemos más.

—Es suficiente con eso —dije—. ¿Dónde se encuentra la casa?

—No muy lejos. Estaremos allí dentro de diez minutos. Se imagina que tengo un lío con un hombre casado y está muerta de

curiosidad.

Me arrellané en el asiento y seguí mirando hacia atrás.

—¿Y bien? —me preguntó.

—¿Y bien, qué?

—¿Lo tengo o no lo tengo?

—¿Qué?

—Un lío con un hombre casado.

—¿Y yo qué sé?

—Está bien, está bien. Es inútil andarse por las ramas. Donald, ¿está usted casado?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

—Pero usted sí está casada —le dije.

Iba a decir algo, pero se reprimió y quedó callada.

Llegamos a la casa de la amiga de Hazel, aparcamos el coche y tomamos el ascensor hasta el cuarto piso. Hazel Downer penetró, sin titubear, en el piso y abrió la puerta.

Sus largas piernas imprimían a todos sus movimientos un donaire grato a los ojos.

El piso estaba adornado con un lujo discreto, pero que, de seguro, había costado su dinero.

Esperé a que Hazel se sentara.

Eligió la cama turca, así es que fui a sentarme a su lado.

—Ahora —le dije— no me venga ya con más rodeos y dígame la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre el dinero.

—Pero ya le dije todo lo que sabía acerca de él.

—No sea necia, Hazel —le dije—. Yo quiero saber la verdad absoluta, la única verdad. No estoy dispuesto a representar el papel de cabeza de turco.

—Ya hablamos ayer de todo eso.

—No —le dije—; ayer me contó usted un cuento tártaro sobre un tío generoso. Lo que quiero ahora es que me diga la verdad, sin tapujos.

—¿Por qué, Donald? ¿Sabe usted ya dónde se encuentra el dinero?

—Creo que puedo conseguírselo. Se inclinó hacia adelante, la

mirada extática, los labios trémulos.

—¿En su totalidad? —preguntó.

—Los cincuenta mil dólares.

—¡Donald! —exclamó—. Yo… ¡Donald! ¡Es usted un sol! ¡Un portento de hombre!

Me miró, anhelosa, con la barbilla en alto, como en espera de un beso. Yo aparté de ella mis ojos y los fijé en la ventana, sin moverme de mi sitio.

—Donald —suspiró—: ¡Qué bueno es usted conmigo!

—Verá —dije yo—: con todas esas carantoñas trata usted de ganar tiempo e inventar una buena historia. Por lo visto es la única técnica dilatoria que usted conoce. Sin embargo, desde ayer ha tenido tiempo suficiente para inventar un argumento de película más satisfactorio.

—Lo tengo —me dijo, y se puso a reír.

—Está bien. Oigamos la última versión.

—Standley me dio ese dinero.

—¿Para qué?

—¿Tengo que hacerle un diagrama?

—Tratándose de cincuenta mil dólares puede hacer incluso un cuadro al óleo.

—Standley es un tahúr de alto copete. Siempre pensó en la eventualidad de quedarse sin un botón, ante el temor de que le asaltaran, o porque, sencillamente, podían ganárselo en el juego.

—Continúe.

—Guardaba algún dinero en el Banco, pero quería tenerlo también en algún lugar de donde pudiera sacarlo en un caso de extrema necesidad, y en efectivo.

—¿Y entonces…?

—Entonces, de vez en cuando, me daba billetes de mil Me decía que eran míos. De modo que, si se quedaba sin blanca, no podían alegar que este dinero fuera suyo. Sin embargo, si yo quería, podía sacarle del apuro.

—¡Tonterías! —dije—. Podrían probar siempre que el dinero era suyo y que…

—No, Donald; cada vez que me daba uno de estos billetes, con mis tijeras de manicura le recortaba una de sus puntas… Así llegué a reunir cincuenta de estos billetes, y entonces el hombre se me

convirtió en corriente de aire… Supongo que su última conquista, es la que tiene ahora en su poder los cincuenta billetes.

—Pero él le hizo a usted donación de ese dinero; así es que…

Unos fuertes nudillos repiquetearon sobre la puerta.

—Será mejor que vea quién es —dije yo.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Será algún proveedor, o alguien que quiere ver a mi amiga. Un momento.

Se puso de pie se alisó la falda, y se encaminó a la puerta con su donaire característico. La abrió y al punto se vio como arrollada por la masa irresistible de Frank Sellers que penetró en el aposento y cerró la puerta tras de sí.

—Hola, detective de bolsillo —me dijo Sellers a guisa de saludo.

—¡Vaya! ¡Es el colmo! —exclamó, airada, Hazel Downer—. ¡Cómo se atreve a venir a importunarme de este modo! ¡Usted…!

Sellers no le dejó terminar la frase.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Basta ya de comedia!

—No le permito que me hable de ese modo —dijo Hazel Downer —. Tiene usted que…

Le interrumpí.

—Oiga, Hazel, ¿conoce usted a un buen abogado?

—Sí, claro está —dijo.

—Telefonéele y dígale que venga aquí volando —le dije.

—Eso no les servirá de nada —replicó Sellers—. Te avisé, Donald. Te voy a abrir por la mitad, y créeme, no voy a administrarte ningún anestésico. Haré la operación en seco.

—Telefonee inmediatamente a ese abogado suyo —repetí a Hazel Downer—. No hay que perder un minuto.

Sellers se sentó en una silla, cruzó sus piernas, sacó de uno de sus bolsillos un cigarro puro, le cercenó la punta y la escupió en un cenicero. Encendió una cerilla.

Hazel se dirigió al teléfono. Sellers se abalanzó a ella y la rodeó la cintura con sus manos.

—Está llamando a un abogado —dije yo—. Ejerce en este momento un derecho constitucional y ni usted, ni nadie, puede impedírselo. Trate de hacerlo y verá usted lo que le sucede.

—¡No me toque con sus sucias manos! —gritó Hazel.

Sellers titubeó y, finalmente, apartó de ella sus manos.

—Bien, adelante y llame a su abogado. Y luego veréis lo que hago con vosotros.

Sellers encendió su cigarro. Hazel hizo su llamada en voz muy queda, y colgó. Sellers se quitó el cigarro de la boca y observó cómo Hazel Downer volvía a sentarse en la cama turca.

—Hay que ver, «Flor de té» —le dijo—, en qué lío te has metido.

—¿De qué delito se me acusa? —preguntó.

—Casi nada —dijo Sellers—: de recibir bienes robados y de complicidad criminal. Creo que podremos probar además que ha sido encubridora, autora de una tentativa de extorsión y algunas otras menudencias.

Sellers se volvió hacia mí. Sus ojos lanzaban destellos de reprimida cólera:

—¡Tú! ¡Traidorzuelo asqueroso!

—¿Qué quiere usted decir? ¿A quién he traicionado?

—Ya te previne, microbio, de que no debías mezclarte en este embrollo.

—Es cierto, me previno —le contesté—; pero usted no es la legislatura. Que yo sepa, no hace usted las leyes. No le traicioné. No le prometí apartarme de este asunto. Tengo una profesión y me limito simplemente a ejercerla.

—¿Qué dices tú?

—¿Qué digo yo? —repetí.

—Bueno —concluyó Sellers—, queridos amigos, si habéis acabado con el teléfono, dejadme ahora que haga yo una llamada. Quiero que sepan en Jefatura dónde estoy.

Fue al teléfono, marcó el número de Jefatura y dijo:

—Aquí, el sargento Sellers. Me encuentro en… —se echó atrás para examinar el número del teléfono—… Hightower 7-74103. Es un departamento particular, pero no sé todavía a nombre de quién está. Estoy con Hazel Downer y Donald Lam. Creo que vamos a poder llegar hasta el fondo de ese asunto del robo del coche blindado. Si necesitan algo de mí, aquí me encuentro.

Sellers colgó el receptor y se encaminó adonde yo estaba sentado, mirándome de arriba abajo con ojos centelleantes de ira.

—Me pesa hacer esto a causa de Bertha —dijo—, Bertha es una chica excelente; más agarrada que un pasamanos, pero franca y leal. Y juega siempre limpio con la policía. Sin embargo, tú eres un tipo

resbaladizo, una trucha a la que no hay por dónde coger. Has jugado siempre sucio, pero, al final, no sé cómo te las has arreglado para salir siempre limpio como una patena. Pero esta vez, te prevengo, será distinto.

Lancé, a través de él, una mirada a Hazel.

—¿Lo consiguió?

—Sí.

—¿Vendrá?

—Al instante.

—¿Es bueno?

—Lo mejor que hay en su profesión.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Vendrá en seguida.

—¿Cuándo?

—Dentro de diez minutos. Vive cerca de aquí.

—Hágame un favor —le dije—. No pronuncie una palabra hasta que su abogado llegue aquí. No conteste a pregunta alguna; ni siquiera diga sí o no.

—Eso no te servirá de nada, Lam —aseveró Sellers—. Tú no sabes lo que yo sé.

—¿Qué es *lo* que usted sabe? —le pregunté.

Sellers sacó del bolsillo un cuaderno, y dijo:

—Hazel Clune, alias Hazel Downer, que vive abierta y francamente en concubinato con Standley Downer. Standley tiene antecedentes penales.

—¡Tiene antecedentes! —exclamó Hazel.

—No te hagas la inocente —dijo Sellers—. Es un timador con ribetes de carterista. Ha «visitado» ya dos prisiones federales. En la actualidad está en libertad provisional y podemos echarle el guante cuando se nos antoje. Hasta ahora no podemos probar que estuviera en combinación con Herbert Baxley, pero sí que estuvieron juntos en Leavenworth, de modo que se conocen. Y es lógico pensar que se confabularon para birlar del coche blindado los cien mil «ojos de buey». Cuando los tuvieron en su poder, repartieron en dos mitades los billetes y entonces…

El teléfono comenzó a sonar.

Sellers lo miró durante un breve instante, fruncido el ceño, y acto seguido exclamó:

—No os toméis la molestia de contestar. Lo haré yo. Tal vez sea para mí esta llamada.

Fue al teléfono, descolgó el receptor y dijo con cautela:

—¡Hola! —Y al instante recobró su aplomo—. Sí el mismo… Habla.

Oyóse, durante un buen rato, el rumor confuso de una voz gruesa. Sellers frunció el ceño, con una expresión incrédula, al principio; se llevó una mano a la boca y sacó de ella el cigarro, como si así oyera mejor.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Repítemelo.

Sellers depositó el cigarro sobre la mesilla del teléfono, sacó de un bolsillo un cuaderno de notas y escribió en él unas palabras.

—No quiero que se me olviden esos nombres… ¡Okay! —añadió —. Tengo a los dos aquí. Los llevaré a Jefatura. No hagáis nada hasta que yo llegue. A la Prensa, ¡ni pum! Esto me lo reservo yo para mí… por ahora.

Colgó el receptor y acto seguido, con un movimiento brusco de su mano, cogió su revólver y apuntándome con él me dijo:

—¡Arriba!

Había algo en su mirada, que resultaba desconocido para mí.

Me puse de pie.

—Vuélvete.

Me volví.

—Camina hasta la pared.

Caminé hasta la pared.

—Cara a la pared, a tres pies de ella, abre las piernas, inclínate y pon las palmas contra la pared.

Hice lo que me ordenó.

Sellers se dirigió a continuación a Hazel Downer.

—Ve tú también a la pared.

—¡No haré tal cosa! —dijo.

—¡Okay! —dijo Sellers—. Eres una mujer; no voy a registrarte; pero, te prevengo, éste es un asunto muy serio. Un paso en falso y os frío.

Fue a la cama turca.

Traté de ver lo que ocurría, pero con mis brazos tensos sólo pude percibir un revuelo de faldas, una visión confusa de piernas y el brillo fulgurante de un zapato impulsado con violencia; a

continuación un chasquido metálico, un grito de mujer, y luego la voz de Hazel que decía:

—¡Bárbaro, más que bárbaro! ¡Me ha esposado!

—Claro que te he esposado —dijo Sellers—. ¡Vuelve a darme un puntapié con esos tacones puntiagudos y verás lo que es bueno! No podré registrarte, pero sí puedo recortarte las uñas de gata montés.

Fue hasta donde yo estaba, apoyó, brusco, el pie en una pierna mía, y comenzó a registrarme.

—Mantén tus manos en la pared, Lam —me dijo—. No muevas ni una pestaña o lo pasarás muy mal. Sus manos recorrieron mi cuerpo, palpando hasta la última costura de mi traje.

—Está bien —dijo—: no llevas armas. Ahora, vuelve allá y vacía tus bolsillos. Ponlo todo sobre esa mesilla.

Puse todo lo que llevaba encima en la mesilla.

—Vuelve al revés todos tus bolsillos.

Seguí sus instrucciones.

Sonaron unos nudillos en la puerta.

Sellers retrocedió hasta tocar con sus espaldas la pared. Encañonó el revólver hacia la puerta.

—¡Adelante! —dijo.

Se abrió la puerta. Un hombre que rayaba en la cuarentena entró, sonriendo afablemente, y al punto se detuvo, sobresaltado, al verse a sí mismo encañonado por el revólver de Frank Sellers, a mí con los bolsillos del revés y a Hazel, sentada en la cama turca, con sus muñecas esposadas detrás de la espalda.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamó.

—Policía —dijo Frank Sellers—. Y ¿quién es usted?

—Soy Madison Ashby —dijo—: abogado.

—¿Su abogado? —preguntó Sellers señalando a Hazel.

—Sí.

—Buena falta le hace —dijo Sellers. Y, seguidamente agregó—: Una mala persona.

—Maddy —dijo Hazel—, *por favor*, haz que este gorila me quite estas cosas de las muñecas y averigua qué es lo que ocurre.

Sellers hizo un leve ademán con el revólver.

—Siéntese —le dijo a Ashby. A continuación se volvió a mí y me dijo—: Siéntate tú también, Lam; con tus manos siempre a la vista.

Sellers permaneció de pie, con el revólver en la mano.

—¿Puedo preguntarle a qué viene todo esto? —inquirió Ashby.

Sellers ignoró su pregunta y dirigiéndose a mí, exclamó:

—De modo que fuiste a San Francisco, media porción, y allí te apoderaste de un baúl…

—¿Eso es un crimen? —pregunté.

—El homicidio es un crimen.

—¿De qué está usted hablando?

—En este momento —dijo— estoy hablando de un hombre llamado Standley Downer, que ha sido asesinado, en el hotel «Caltonia» de San Francisco. Tu baúl se encontraba abierto en el centro de la habitación, y todo su contenido, ropa y otros efectos, estaba desparramado por el suelo.

Sellers leyó en mis ojos la empavorecida sorpresa que se reflejó en ellos.

—¡Adelante! —dijo—. ¡Hazte el inocente! Todo lo que te falta de estatura te sobra de picardía. En fin, reconozco que hiciste un trabajo limpio y…

Cortó el hilo de su discurso un grito estridente, histérico, que brotó de la garganta de Hazel.

Sellers se volvió a ella, sardónico:

—¡Vaya! ¡No está mal, pitusa! Tu grito ha sido oportunísimo… Ha sido como la campanada que salva al campeón cuando está a una pulgada del *knock-out*… Es un minuto que se gana, un minuto precioso para descansar los músculos y hacer trabajar al cerebro. Pero de nada te sirve, pequeña: tú estás tan *groggy* como tu campeón. También estabas tú en San Francisco anoche. Fuiste a visitar a un pimpollo llamado Evelyn Ellis que paraba en el mismo hotel, el «Caltonia». Esta dama se había registrado en el «Caltonia» bajo el nombre de Beverly Kettle. Se hallaba en el cuarto 751. Le dijiste que el tal Standley Downer te importaba un bledo y que podía quedárselo y confitarlo pero que querías lo que te había quitado, y que, de no conseguirlo, lo pasaría muy mal. La llamaste cosas muy feas y entonces ella…

Hazel hizo un ademán, como si fuera a hablar.

—¡Punto en boca! —le lanzó, rápido, Ashby.

Sellers se volvió a él, los ojos centelleantes de ira:

—De buena gana *le* echaría de aquí a puntapiés —exclamó.

—Pero tiene que reprimírsela, mi buen amigo —le dijo Ashby—,

y aunque no le satisfaga, tengo el deber de aconsejar a mi cliente lo que debe hacer. No diga nada, Hazel. Nada en absoluto; ni la hora, si se la pide. No reconozca cosa alguna, ni niegue ni afirme; diga solamente que no hablará sino hasta después de que haya tenido la ocasión de consultar con su abogado, en privado. Y ahora —añadió, volviéndose hacia Frank Sellers con una leve inclinación de su busto —, como mi presencia aquí no le produce un placer extremo, le saludo y me voy.

—¡Que se cree usted eso! —exclamó Sellers—. Al parecer está muy ansioso de irse, y me imagino por qué. Quiere precipitarse a un teléfono y comenzar sus manejos para espantar la caza. Se quedará aquí, con nosotros.

—¿Tiene acaso un mandato judicial? —preguntó el abogado.

Sellers lo apartó a un lado y se encaminó a la puerta, cerrándola con pestillo.

—Tengo algo mejor que un mandato —respondió.

—Está usted vulnerando mis derechos legales —dijo Ashby.

—Le dejaré que se marche dentro de un rato —dijo Sellers—. Por el momento, le retengo como a un testigo material del hecho.

—¿De qué hecho?

—Del hecho de que Hazel haya interrumpido con un grito el interrogatorio a que estaba sometiendo a Donald Lam. Con ese grito impidió que éste contestara a mi pregunta.

—No fue por eso —dijo Ashby—. Por si no lo sabía usted, Standley Downer es su marido. Una mujer tiene derecho a gritar al enterarse de que su marido ha sido asesinado.

—¿Su marido? —exclamó Sellers—. ¡No me haga reír! Para que se entere, esta dama se llama Hazel Clune. Tomó el nombre de Downer cuando ella y Standley se amontonaron, o por decirlo más delicadamente, cuando comenzaron a vivir maritalmente.

»Y para que lo sepa, Hazel Clune, o Hazel Downer, o como quiera llamarla, está metida hasta el cuello en un robo a un camión blindado. Ha estado tonteando con un patibulario llamado Herbert Bexley. Está indignada porque el tal Standley se largó con los cincuenta mil dólares procedentes del robo al coche blindado. A buen seguro, se creyó que eran bienes gananciales.

Hazel tomó rápidamente aliento y de nuevo se dispuso a intervenir.

—¡Ni una palabra! —le conminó Ashby—. Una sola, a cualquier persona, antes de que haya hablado con usted reservadamente, y abandono su caso.

Sellers sonrió, sarcástico:

—¿Qué caso? —preguntó.

—Un caso contra usted por haberla encerrado en una habitación, por acusarla falsamente de un crimen, por difamación y calumnia; eso de momento. Luego veremos si sale alguna cosa más.

Sellers le dirigió una mirada de reprobación.

—No sabe usted hasta qué punto me resulta repugnante.

—No me importa un comino cómo le resulte yo, amigo —dijo Ashby—. Me limito a proteger a mi cliente.

Sellers se volvió bruscamente hacia mí.

—¿Por qué diablos tenía Standley tu baúl?

Ashby clavó en mí su mirada y meneó levemente la cabeza con gesto negativo.

—¡Qué sé yo! —dije.

Sellers royó un momento su cigarro, luego enfundó el revólver, se dirigió al teléfono, marcó un número y dijo:

—Quiero hablar con Bertha Cool.

Al cabo de unos instantes exclamó:

—¡Hola, Bertha! Aquí, Frank Sellers… Tu socio, Lam, nos ha hecho una trastada… Sí, a los dos. Pude oír el eco apagado de la voz chillona de Bertha Cool.

—Vale más que salgas para acá inmediatamente —dijo Sellers—. Quiero hablar contigo.

La voz de Bertha aumentó de volumen y estridencia y sus palabras se hicieron audibles para todos los que se hallaban en la habitación.

—¿Y dónde demonios es *acá*? —decía la imponente voz.

Sellers le dio las señas y añadió:

—El chiquilín de la casa, tu media porción de socio, ha estado haciendo de las suyas. No sé todavía los desperfectos que ha causado el nene. Estuvo en San Francisco. No creo que haya sido él el que ha matado a un individuo pero la policía de San Francisco le atribuye el crimen. Lo que sí parece más seguro es que se ha apoderado de parte del botín. Y ahí es donde entro yo, y no hay quien me lo quite de las manos. Vale más que vengas aquí sin

perder un minuto.

Sellers colgó el receptor, se sentó y me observó con ojos escrutadores, como si tratara de leer mis pensamientos.

Le devolví su mirada con un rostro impávido.

—Sería gracioso —dijo Sellers— que este tipo, Standley Downer, hubiese llevado encima esos cincuenta billetes grandes del robo al coche blindado; que los hubiera guardado en un baúl y se hubiese largado a San Francisco, dejando lindamente plantada a esta «flor de té».

Durante unos segundos, se produjo un gran silencio en la habitación.

—Y lo más gracioso sería —prosiguió Sellers— que *tú* que, de fino que eres, pasas por el ojo de una aguja y aún te queda espacio para desperezarte, estuvieses al tanto del negocio y pretendieras llevarte un pedazo de la tarta. *Pudiste* dar el cambiazo a los baúles. En esos trapicheos eres el as de los ases.

Hazel dirigió hacia mí una mirada de pasmo infinito.

—Ahora la cuestión es ésta —prosiguió Sellers—: ¿cómo tenía Standley en su poder tu baúl si tú no le cogiste el suyo, y si se lo cogiste, dónde se encuentra ahora ese baúl? Voy a decirte una cosa, detective de vía estrecha. *Tú* estuviste en San Francisco. Volviste de allí en avión y esta pitusa fue al aeropuerto a recibirte, le aconsejaste que fuera y viniera en su coche hasta comprobar que no le seguían los pasos.

—¿Puede usted probar eso? —le pregunté.

Sellers se volvió y revolvió el cigarro dentro de su boca, luego se lo quitó con la mano izquierda y soltó una carcajada: una carcajada despectiva, impertinente.

—¡Sois unos simples aficionados! —dijo—. No veis más allá de vuestras narices.

Sellers se encaminó a la ventana, miró hacia abajo y seguidamente me hizo una señal para que fuese a su lado.

Seguí la dirección de su dedo.

Un vehículo, situado en el terreno de aparcamiento, tenía pintada sobre el techo una cruz de vivo color naranja.

—¿Sabes lo que es un helicóptero? —dijo Sellers—. Hemos tenido en observación a este melocotón en almíbar. Podemos darte cuenta de cada movimiento suyo. La seguíamos desde el aire, y

cuando queríamos verla más de cerca, bajábamos, y por medio de los prismáticos, no se nos escapaba ningún detalle.

»Cuando ayer fue a la ciudad, un helicóptero la siguió en todas sus idas y venidas. Zigzagueó, viró y reviró no sé cuántas veces hasta que se creyó segura. Entonces corrió al aeropuerto y tomó un reactor "Western" para San Francisco. Allí visitó a Evelyn Ellis.

»Después de que se hartó de insultarla, bajó y permaneció en el vestíbulo un buen rato. Por lo visto esperaba a que Standley se presentara.

»Permaneció allí dos horas. El empleado del registro la estuvo observando y se dio cuenta de que tenía ganas de camorra. Finalmente, fue al mostrador y pidió una habitación para pasar la noche. El empleado le dijo que el hotel estaba lleno. Fue a sentarse en el vestíbulo y entonces el empleado le dijo que estaba prohibido que mujeres solas permanecieran allí después de las diez de la noche.

»Ahí fue donde la policía de San Francisco nos dejó caer. Abandonó la pista y la chica desapareció.

»Cuando pudimos volver a verla, estaba en el aeropuerto a punto de tomar el avión para Los Ángeles. Allí volvimos a seguirle la pista. Hizo las consabidas fantasías para que no le siguiéramos, y al final salió pitando para su casa. Estuvo en ella hasta media hora antes de que tu avión llegase; entonces volvió a coger el coche y se fue al aeropuerto a buscarte.

»Ahora, señorita Clune, o señora Downer, como usted quiera, no es mi propósito juzgar a nadie al tuntún: sólo quiero que sepa que Standley Downer ha sido asesinado en San Francisco anoche y que, por lo tanto, no es superflua mi pregunta: ¿Dónde pasó usted la noche?

—Si yo pensara… —dijo Hazel, pero bruscamente se interrumpió—. Sin comentario —dijo—. Me niego a declarar nada hasta que tenga una oportunidad de hablar con mi abogado particularmente.

—¡Linda manera de proceder de una mujer inocente! —dijo Sellers—. Por una parte quieres darnos a entender que nada tuviste que ver con ese asesinato, y, por otra, te niegas a decirnos dónde estuviste anoche, mientras no hayas consultado con un abogado. ¿Qué dirán, los periódicos?

—Usted aténgase a lo suyo, por lo que respecta al caso —dijo Ashby—, y nosotros nos atendremos a lo nuestro. Nuestro caso no lo ventilarán los diarios, sino los tribunales de justicia.

Con un movimiento brusco, Sellers se volvió hacia mí, abrió la boca para decir algo; pero, al instante, como poseído por otra idea, se reprimió, se fue al teléfono, marcó un número y mantuvo el receptor tan cerca de sus labios que no pudimos oír lo que decía. Hablaba muy quedo y sólo llegaba a nuestros oídos un apagado rumor de palabras indescifrables.

Después de uno o dos minutos de conversación, dijo en voz alta:

—¡*Okay*, no me muevo! Sigue averiguando.

Mantuvo el teléfono pegado a su oído un buen tato. Para reprimir su impaciencia, tamborileaba con sus dedos la mesilla. Así pasaron, lentos, algunos minutos.

El silencio en la habitación se hubiera podido cortar con un cuchillo.

De pronto comenzó a salir del teléfono una sucesión de pequeños ruidos rápidos. Sellers se puso a escuchar, pegando más el receptor a su oído y mascando nerviosamente el cigarro.

Después de un momento se lo quitó de entre los dientes y exclamó:

—Está bien.

Y colgó el teléfono.

Una expresión de astuta satisfacción se dibujó en su rostro.

Transcurrieron otros dos o tres minutos.

Sellers volvió al teléfono, marcó de nuevo un número, y por segunda vez hizo su llamada en voz queda, terminándola con la frase:

—Bien, vuelve a llamarme.

Colgó y quedó sentado unos minutos, hasta que sonó el teléfono. Lo descolgó y dijo:

—No… no está. Pero tomaré el recado. Déme su nombre y…

Por la expresión que adquirió su rostro súbitamente deduje que la persona, al otro lado del hilo, había colgado. Lanzó una exclamación de ira y colgó a su vez con violencia.

Pasaron otros cuatro minutos. Sonó nuevamente el teléfono. Sellers descolgó el receptor y dijo:

—¡Hola!

Esta vez la llamada era para Sellers. Las noticias, al parecer, eran excelentes. Una sonrisa se extendió, lenta, por su rostro.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo—. ¡*Quién* lo hubiera dicho!

Sellers colgó el receptor y me miró atentamente.

De pronto comenzó la puerta a oscilar. Desde fuera alguien había asido el pomo y lo sacudía enérgicamente, pero como la puerta no se abría, comenzó a golpearla con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó Sellers.

La voz de Bertha Cool traspasó, vibrante, el delgado tabique:

—Déjame entrar.

Sellers sonrió entre dientes, corrió el pestillo y abrió la puerta.

—Entra, Bertha —dijo—. Aquí tienes a la mujer de que te hablé. Ya os previne que no quería que tuvieseis trato con ella. Pero tu socio no me hizo caso, y os habéis metido en un lío mayúsculo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Bertha.

—De momento —dijo Sellers—, tu socio está mezclado en un asesinato.

—¿Quién es la víctima? —preguntó Bertha.

—El tipo que se hacía pasar por marido de Hazel —dijo Sellers —. Hazel vivía con él, saltándose a la torera el decoro, pero no la rica pensión que le pasaba el individuo. En esto apareció otro individuo, un tal Herbert Baxley, y Hazel comenzó a entenderse con él. Herbert Baxley es un artista del nueve largo. Es posible que formaran ella y esos dos hombres uno de esos triángulos que vemos tanto en las comedias francesas, o bien pudiera ser también que el tal Baxley y Standley hicieran juntos negocios al margen de la ley.

»Por lo que yo deduzco, ese Standley Downer tenía cincuenta billetes de los grandes como partícipe a medias en el robo al coche blindado. Algo debió ocurrir entonces, y Herbert Baxley, alarmado, entró en una cabina telefónica e hizo una llamada. Nos supusimos que llamaba a Hazel, pero ahora tenemos razones para creer que llamaba a Standley.

»Y aquí viene ahora otra hipótesis: una perita en dulce que tiene por nombre Evelyn Ellis y que bien pudiera ser la punta de otro triángulo. Tengo a unos hombres sobre esta pista. Estoy a la espera de una información que me permitirá descubrir cómo y cuándo Donald se apoderó del baúl de Standley.

—¿Su baúl? —preguntó Bertha.

—Correcto —dijo Sellers—. No sé cómo, pero este socio tuyo de formato reducido se las compuso para escamotear a Standley su baúl y cambiárselo por el suyo.

—¿Qué me dices de ese lío del baúl, Donald? —preguntó Bertha.

Pero, en lugar de responder Donald, Sellers intervino nuevamente:

—Donald fue ayer a su casa, Bertha; con una prisa tremenda. Metió unas cosas en el baúl y se lo llevó a toda prisa. Un hombre que respondía a la descripción de Donald tomó la pasada noche el «nocturno» de San Francisco y facturó un baúl verde y con asas…

—¿Le acusas de haber asesinado a Standley? —le interrumpió Bertha.

—¿Por qué no? —dijo Sellers—. Al parecer, Standley Downer había contraído obligaciones y debía responder a ellas con los cincuenta mil dólares, o sea, con su participación en el robo. Fue a San Francisco con el propósito, sin duda, de saldar algunas de estas obligaciones y de recoger luego a Evelyn Ellis para divertirse en grande con ella. Se trasladó al hotel «Caltonia». Allí le dieron un departamento. Evelyn se hallaba en el mismo hotel, bajo el nombre de Beverly Kettle. Downer, por lo visto, tomó un departamento porque esperaba a un buen número de visitantes. Cuestión de negocio, porque, de lo contrario, habría pedido sólo un cuarto. Este departamento lo reservó por anticipado.

»Cuando Standley llegó a su departamento se encontró con que aquel baúl no era el suyo. La gente que esperaba cobrar creyó que las explicaciones de Downer eran un cuento de “Las mil y una noches”. Vaciaron el baúl, destrozaron el forro, desparramaron por la habitación todo el contenido… y en medio de todo este desbarajuste fue encontrado Standley con una herida de arma blanca en la espalda que le causó la muerte. El arma, que se supone fue un trinchante, no ha sido hallada. El asesino debió llevársela consigo.

»Escuchen ahora —prosiguió Sellers—. Donald es un chico listo. No iba a volver y echarse en brazos de la policía llevando el dinero encima. Pero hemos podido comprobar que Donald compró en San Francisco unos artículos fotográficos. El paquete que los contenía fue mandado, a su petición, por expreso aéreo, con instrucciones especiales para su manejo. Nos pusimos entonces al habla con

nuestros colegas de San Francisco para que averiguaran qué empresa fotográfica había hecho la expedición, y ¿a que sabéis cuál fue el resultado de su investigación? Pues que un individuo que responde exactamente a la descripción de Donald estuvo allí esta mañana y compró una cámara de treinta y cinco milímetros, dejó su tarjeta e insistió para que la cámara fuera expedida por expreso aéreo, inmediatamente, con instrucciones especiales.

»Y ahora, Bertha, ¿a que no adivinas lo que vamos a hacer? Nos vamos a ir sin perder un minuto a tu oficina. Allí esperaremos a que llegue el paquetito, y…

—Ese paquetito llegó unos minutos antes de que yo saliera de la oficina —dijo Bertha—. Me pregunté qué demonios era y estaba empezando a abrirlo cuando recibí tu llamada. Lo dejé todo y vine volando.

—¿Dónde está ahora el paquete? —preguntó Sellers.

—Lo están envolviendo de nuevo para reexpedirlo a su remitente —dijo Bertha—. No estoy dispuesta, mientras dirija yo la Agencia, a consentir que nadie compre cámaras con el dinero de la sociedad.

Sellers hizo un rápido cálculo mental, se volvió hacia Hazel y su abogado y les dijo:

—Ustedes dos jueguen su baza como mejor les parezca. Pero, de cualquier forma, no ganarán la partida. Si no quieren hablar, no hablen. No hace mucho registré el piso de Hazel Downer. Voy a hacer un nuevo registro. Y esta vez será *de veras*. En cuanto aparezcan los refuerzos. Donald, Bertha y yo saldremos a dar un paseíto. Detendremos a Hazel hasta que veamos cómo se desenvuelven las cosas.

—No puede usted acusarle de nada —dijo Ashby—. Presentaré un escrito.

—Tenga un poco de calma, ahogado, y tal vez no tenga necesidad de mandamiento alguno —dijo Sellers—. Standley fue asesinado esta mañana. Dentro de dos horas sabré si San Francisco va a inculparla o no.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bertha.

—A tu oficina —dijo Sellers.

—¿Con qué objeto?

—Vamos a examinar el paquetito de Donald. Bertha se volvió

hacía mí.

—¿Para qué querías tú una cámara, Donald?

—Para tomar fotografías —le respondí.

Sellers lanzó ruidosas carcajadas.

—Ven conmigo, Bertha, y te enseñaré para qué quería la cámara este pigmeo de socio tuyo.

Unos nudillos golpearon la puerta.

Sellers la abrió. En el cuadro de la misma había dos hombres.

Sellers sonrió al verlos.

—Éste es Ashby —les dijo—: es el abogado de la chica. Y aquí, Hazel Clune, alias Hazel Downer. Entregadle la orden de registro y revolved la casa de arriba abajo. Cuando hayáis terminado, os vais a su piso y hacéis lo mismo. El registro lo haréis de cabo a rabo, aquí y allá. Ya me entendéis lo que quiero decir.

—Ven, Donald. Tú, Bertha y yo iremos ahora a vuestra Agencia.

capítulo cinco

FRANK Sellers mandó que el coche patrullero se detuviera frente al edificio en donde se hallaban nuestras oficinas; lo hizo estacionar en la zona roja y dijo:

—¿Artículos de fotografía, eh pequeño tunante? ¿No crees que te has pasado de listo?

Bertha se apeó del coche, mirando frente a ella, con la mandíbula agresiva, centelleantes los ojos, sin decir esta boca es mía.

Subimos todos en el ascensor. Bertha entró impetuosamente en la oficina y dijo a la recepcionista:

—¿Hiciste ya ese paquete para reexpedirlo a San Francisco? La muchacha asintió.

—Deshazlo —ordenó Bertha.

Dorris Fisher conocía a Bertha lo suficiente para no discutir sus órdenes. Abrió un cajón, sacó de él unas tijeras y rasgó con ellas la envoltura del paquete, reexpedido a la empresa *Happy Daze Camera Company*, de San Francisco.

Dorris Fisher sacó el paquete de su envoltura. Sellers se apoderó rápidamente de él lo abrió y echando a un lado las virutas, puso al descubierto la cámara. La observó, frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—En nuestro trabajo —contesté— necesitamos a veces tomar fotografías. Esta cámara era de verdadera ocasión y por eso la compré.

Bertha me lanzó una mirada llena de ira reprimida.

Sellers, con una expresión de asombro, continuó explorando con sus dedos el interior de la caja. De repente sus labios se retorcieron en una sonrisa sardónica.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó, sacando el sobre de papel de

ampliación, cinco por siete—. Aquí está la clave del enigma.

Sellers examinó el sobre, llevó una mano al bolsillo y sacó de él un cortaplumas.

—¡Eh, cuidado! —exclamé yo—. Es papel para ampliar. Sólo puede abrirse en un cuarto oscuro; de lo contrario se velará. Si quiere me meteré en esa alacena, que está oscura, la abriré y…

—Eres muy amable —dijo sarcásticamente Sellers—. Pero no te molestes. La abriremos aquí mismo. Si hay algo dentro que no pueda soportar la luz del día, pigmeo, sabremos todos de qué se trata.

Sellers comenzó a cortar los precintos, pero al instante se detuvo, examinó la caja, caviloso, sonrió entre dientes y dejó a un lado el cortaplumas.

—Desde luego, Donald —dijo— no pudiste sacar el papel y poner en su lugar los cincuenta billetes, sin rasgar los precintos. Lo hiciste con mucha habilidad y, de seguro, con un cuchillo muy afilado, pues apenas se ve. Ahora, Bertha, vas a ver qué clase de pájaro es este socio tuyo.

Sellers abrió el sobre, dejando al descubierto un paquete envuelto en papel negro.

—No quite ese papel negro, sargento —le aconsejé—. Es papel para ampliaciones y la luz lo estropeará.

Sellers desgarró el papel negro, lo desprendió por completo del paquete y lo arrojó a una cesta. Lleno de súbito asombro, contempló las hojas de papel fotográfico que había dejado al descubierto.

Me esforcé para mantener mi rostro sin expresión. Fue una suerte que Frank Sellers y Bertha estuvieran contemplando el papel.

—¿Bien? —dijo Bertha—. ¿Qué es lo que tengo que ver?

Sellers cogió una de las hojas de papel, la miró, examinó la capa brillante que la recubría y a continuación observó su reverso, liso, sin revestimiento. Cogió tres o cuatro hojas y las estudió separadamente.

—¡Que me aspen…! —exclamó entre dientes.

Fui a sentarme.

Sellers titubeó un momento; luego volvió a tomar el paquete, sacó de él hasta la última viruta que tiró al suelo, lo volvió y revolvió y se puso a golpearle con los nudillos, como si contuviera un doble fondo o cosa parecida.

Lanzó a Bertha una mirada irritada.

—Está bien —dijo—. Tenía que habérmelo figurado… Una jugarreta de este bribón.

—¿Qué jugarreta?

—¡Esto es un cebo, Bertha! —exclamó Sellers—. ¿No te das cuenta? ¡Un reclamo!

—No te comprendo.

—No quiso llevar encima los cincuenta billetes porque sabe muy bien lo que hace; pensó que nos enteraríamos del asunto y le registraríamos. Su propósito fue, pues, que de algún modo fuera expedido a la oficina, sirviéndose de cualquier pretexto. Pero el chico es listo, más de lo que tú te figuras. Sabía que yo vendría a tu oficina y te preguntaría si había llegado un paquete de San Francisco. Tú dirías que sí y entonces yo vendría a recogerlo y abrirlo.

»Es muy propio de él y de su astucia infernal haber mandado un papel fotográfico, para que, al abrirlo yo, se estropeara con la luz, y pudiera reírse de mí, además de hacerme pagar de mi bolsillo otro papel nuevo. Y después, pasados dos o tres días, llegaría de San Francisco otro paquete, de inocente aspecto. Ya habría pasado la efervescencia de los primeros momentos y nuestro hombre, con toda tranquilidad, se habría embolsado los cincuenta mil dólares.

—¿Quieres decir que se ha propuesto robar ese dinero? —preguntó Bertha.

—No; robarlo no —respondió Sellers—. Su propósito es guardar ese dinero y hacer luego un trato con una Compañía de Seguros.

—Admiro su clarividencia. Yo en su caso me compraría una bola de cristal y me dedicaría a adivinar a la gente su futuro —dije yo por todo comentario.

Sellers comenzó a masticar su cigarro. Mala señal.

—Está bien —dijo Bertha—. ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a llevar a tu media porción de socio —afirmó Sellers.

Bertha meneó la cabeza.

—No, Frank —dijo—. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—No tienes una orden judicial y…

—No la necesito —interrumpió el sargento—. Le juzgo sospechoso de un crimen y de otras muchas cosas más.

—Reflexiona, Frank —le dijo Bertha en voz queda.

—No veo por qué.

—En cuanto lo lleves a Jefatura —dijo Bertha—, los periodistas acudirán como moscas a un pastel. La detención de Donald les proporcionará un buen reportaje…

—No habrá detención —dijo Sellers—. Le llevo a Jefatura para interrogarle.

—No irá mientras no le detengas —dijo Bertha—. Es demasiado listo para no hacerlo. Te pondrá en evidencia delante de los chicos de la Prensa, harás el ridículo y, al final, él saldrá incólume y fresco como una lechuga.

Sellers royó el cigarro durante unos segundos, me lanzó una mirada asesina y luego la posó en Bertha. Fue a decir algo, cambió de parecer, dejó pasar unos segundos más y, finalmente, asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Gracias, Bertha —dijo.

—De nada —respondió Bertha.

Sellers se volvió hacia mí.

—Tú, pigmeo, oye esto —dijo—: juégame otra trastada, una sola, y sabrás cómo las gasto. Te abro en canal, como me llamo Sellers.

El sargento giró sobre sus talones y salió del despacho.

—Donald —dijo Bertha—, quiero hablar contigo.

—Un segundo —me excusé.

Me dirigí hacía el lugar que ocupaba Elsie Brand, en el paso de la puerta de mi despacho particular, desde donde había estado observando los acontecimientos, y le dije en voz baja:

—Ponme en comunicación con *Happy Daze Company*. Quiero hablar con el gerente. Estaré probablemente en el despacho de Bertha cuando hagan la llamada. Me avisas allí, pero quiero hablar desde mi despacho.

—¿Sabes el nombre del gerente? —preguntó.

Hice un gesto de denegación.

—Es un japonés. Pregunta por el gerente o dueño; necesito hablar con él. Tal vez a esta hora esté cerrado el establecimiento. Si es así, que te den su número particular.

Elsie me miró fijamente.

—Donald, estás en un apuro. ¿*Verdad* que lo estás?

—¿Por qué? —pregunté.

—Cuando los otros estaban observando la caja que había abierto el sargento Sellers —me contestó—, yo me fijé en la expresión de tus ojos. Por un momento me imaginé que te encontrabas mal.

—No te preocupes por la expresión de mis ojos, Elsie —le dije—. Me he metido en un berenjenal, y lo peor del caso es que tal vez te haya arrastrado a él.

—¿Insinúas que tendré que testificar contra ti? —preguntó.

—Si te obligan a comparecer ante un jurado, es posible que sí. A menos que…

Me observó, tensa, mientras yo me callaba.

—A menos que estuviésemos casados, ¿no es eso? —preguntó.

—No he dicho eso.

—Yo sí, Donald. Si es preciso que me case contigo para no testificar contra ti e ir luego a Nevada para obtener un divorcio, no tengo el menor inconveniente. Yo haré por ti todo lo que sea necesario; todo.

—Gracias —le dije—. Yo…

—¡Por vida de…! —tronó la voz de Bertha—. ¿Vais a estar ahí farfullando horas y horas sin parar, o te decides a venir aquí?

—Ahora voy —le dije.

Fui al despacho de Bertha. Cerró la puerta por dentro y metió la llave en un cajón de su mesa.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté.

—Vas a estarte aquí —me dijo— hasta que digas toda la verdad. No sé qué le estabas diciendo a Elsie en voz baja, pero si era para que telefonease a San Francisco y te pusiera en comunicación con esa tienda de artículos fotográficos, Bertha no se moverá de aquí y oirá todo lo que tengas que comunicarles.

—¿Por qué crees que quiero llamar a alguien de San Francisco?

—No seas necio —exclamó. Si se te ocurre comprar una caja de papel de ampliaciones y me doy cuenta de que alguien ha roto los precintos, es lógico que quiera averiguar lo que ha ocurrido. Si compraste esa cámara fue porque querías adquirir, al mismo tiempo y sin despertar sospechas, esa caja de papel fotográfico. Ahora dime: ¿qué ha sucedido? ¿No te habrá escamoteado algo ese hijo del Sol Naciente?

Me encaminé hasta la ventana, dándole la espalda a Bertha.

Miré hacia abajo. Estaba deshecho.

—¡Contéstame! —me gritó Bertha—. No te quedes ahí, pasmado, pensando cómo salir del apuro: No puedes. Estás metido en un aprieto muy grande, y lo peor del caso es que también estoy yo metida en él, hasta el cuello. Jamás he visto a Sellers de ese modo. Es como para…

Sonó el teléfono.

Bertha se apoderó del receptor y dijo:

—Hablará desde aquí. Se oyó un murmullo confuso al otro extremo del hilo, y Bertha lanzó una blasfemia:

—Elsie, te he dicho que hablará desde aquí, desde mi despacho. Anda, dame ya la línea.

Me dirigí a Bertha.

—Desde aquí no puedo hablar.

—¡Vaya si puedes! —me interpeló Bertha—. Hablarás desde aquí, o, de lo contrario, no hablarás. A ver, decídete. Telefonéale desde aquí; si no, le diré a Elsie que anule la conferencia.

La miré y me di cuenta de que una ráfaga de ira asomaba a sus ojos; fui al teléfono y cogí el receptor.

—¿Hablo con el gerente de la *Happy Daze Camera Company*?

El hilo hizo llegar hasta mí la voz nerviosa, rápida, en *staccato*, del japonés:

—Sí, soy yo el gerente, señor Kisarazu.

—Al habla Donald Lam —dije—, en Los Ángeles. ¿Es usted quien me vendió una cámara de ocasión y un paquete de papel para ampliaciones?

—Sí, soy yo —farfulló, nervioso—. Takahashi Kisarazu, gerente de la *Happy Daze Camera Company*, a sus órdenes, señor. ¿Qué desea usted, señor Lam?

—Me recuerda, ¿verdad? Le compré una cámara y papel fotográfico.

—Sí, sí —exclamó—. Ya entregué el paquete en el aeropuerto. Con toda urgencia, como me indicó, y siguiendo todas sus instrucciones.

—El paquete está aquí —dije— pero lo que compré no ha llegado.

—¿El paquete llegó?

—Sí; lo tengo aquí.

—Pero lo que compró, no.

—Correcto.

—Lo siento, señor, pero no comprendo.

—Compré a usted una caja de papel para ampliaciones, de una marca especial. La caja que he recibido no es la misma que yo compré. Los precintos han llegado rotos. Alguien debió abrir la caja.

—¿Abrir, dice usted?

—Abrir, sí, señor.

—Lo siento mucho, caballero. Tengo a la vista el talón de compra. Le mandaré inmediatamente otra caja de papel. Lo siento mucho.

—No quiero una nueva caja de papel —dije—. Quiero la misma que compré.

—No acierto a comprender, señor.

—Demasiado que me comprende —le dije—. Le repito que quiero la caja que compré. La misma, y no otra, ¿comprende?

—Tendré mucho gusto en mandarle inmediatamente una caja nueva, por expreso aéreo. Un lamentable accidente. Tal vez alguien debió abrir el paquete, después de que lo compró, ¿no?

—¿En qué funda usted su suposición?

—En que encontramos en el suelo, cerca del mostrador, cinco hojas de papel para ampliar, cinco por siete. Lo siento mucho, señor, créame que lo siento. Repararemos error.

—Oiga usted —le dije—, escuche lo que voy a decide. Quiero esa caja de papel, y la quiero inmediatamente. Si no la recibo, le aseguro que habrá jaleo. Un jaleo serio ¿me comprende?

—Sí, sí, comprendo. No me gusta el jaleo. Siento lo que ha pasado. Le mandaré volando la caja. Adiós, adiós.

Colgó el teléfono. Yo le imité y me encontré con los ojos de Bertha clavados en los míos.

—¡Valiente mamarracho! —dijo entre dientes.

—¿Yo? —le pregunté.

—Él —dijo—. ¡Ese hijo de Buda! —Y después de un momento agregó—: Tú también. —Reanudó, a continuación el hilo de sus pensamientos—. ¡Maldita sea, Donald!; Tú deberías saber ya a estas alturas que no es fácil engañar a un oriental. Pueden leer tus pensamientos con la misma facilidad que yo leo las informaciones de Bolsa en los diarios.

—Compré la cámara porque me parecía una verdadera ganga —dije yo—. No sé por qué me imagino que es de contrabando.

Los ojos de Bertha lanzaban destellos.

—¡A otro perro con ese hueso! —exclamó—. Tú no compraste esa cámara porque fuera una ganga o quisieras tomar fotografías. Dime, ¿por qué diablos la compraste?

—Sería mejor —le dije yo— que no te dijera nada. Tal vez tengas razón y sea cierto que me encuentre en un aprieto.

—Si lo estás tú, *también* lo estoy yo —dijo Bertha—. ¿Qué quiere decir esa prueba que tratabas de mandarte a ti mismo sin que nadie lo supiera?

—No era una prueba —repliqué—. Frank Sellers tenía razón: eran los cincuenta mil dólares.

Bertha quedó con la boca abierta. Sus ojos comenzaron a agrandarse.

—¿Los cincuenta billetes?

—Los cincuenta.

—Donald, ¡no es posible! ¿Cómo diablos los encontraste?

—Sellers estaba otra vez en lo cierto —dije—. Ese individuo tenía un baúl. Yo me procuré uno idéntico y le di el cambiazo: él se quedó con el mío y yo con el suyo. Los cincuenta billetes estaban, naturalmente, en el suyo… esperándome. Un presentimiento que tuve y que se realizó, compré a continuación la cámara y el papel para ampliar. La caja que contenta éste tenía dos paquetes de papel. Mientras el gerente buscaba algunos accesorios para la cámara, yo abrí cautelosamente la caja, saqué unas hojas y en su lugar puse los cincuenta billetes. Le dije que deseaba que me la expidiesen por expreso aéreo y entrega inmediata, para poder tenerla aquí cuando llegara.

—¡Dios mío! —exclamó Bertha—. Seguro que el hombre de la tienda sospechó algo.

—No; no fue eso —dije—. Nada advirtió, atareado como estaba en encontrar lo que le había pedido para completar la transacción. Le di la impresión de que lo único que me interesaba era la cámara. Cuando abandoné la tienda, estaba disponiéndolo todo para que uno de sus empleados se fuera inmediatamente con el paquete al aeropuerto.

Bertha movió su cabeza con expresión de desaliento.

—Te crees muy listo, pero muchas veces te pasas de rosca. ¿Por qué diablos no fuiste a una tienda de americanos? Con esos orientales está uno vendido siempre. Muchas reverencias, mucho cumplido y mucha risita, pero, mientras tanto, sus ojillos no dejan un momento de asaetearte y de penetrar en tus pensamientos, que leen como si fuera un libro abierto.

—Eres una provinciana, Bertha —dije—. Todas las nacionalidades poseen características que les son peculiares. Los japoneses saben que esa mirada franca y abierta que nos lanzamos cuando nos encontramos, las palmaditas que nos damos en la espalda y las expresiones de cordial sinceridad, son formulismos convencionales. Las maneras orientales que describes son sencillamente rituales. Tienes miedo de ellos porque son más listos que tú.

Bertha me miró con expresión de enojada.

—¡Vete al diablo! —exclamó—. No fueron más listos que yo: fueron más listos que tú.

—Bueno —repliqué—, es inútil discutir contigo. Tú viste el paquete cuando llegó. ¿Notaste algo anormal en él?

—Nada —dijo Bertha—. Tenía los sellos intactos, muy bien acondicionado todo, y llevaba esta etiqueta de la tienda de artículos fotográficos; venía dirigido a la Agencia, a nombre tuyo. Así, pues, lo abrí, para ver de qué se trataba. No llegué a averiguarlo. Acababa de desenvolverlo cuando sonó el teléfono. Era Frank Sellers; lo dejé todo y acudí a su llamada.

—Pues bien —le dije—, estamos de veras en la sopa.

—¡En la sopa! —exclamó Bertha—. Estamos en la sartén, a punto de que nos frían. Alguien debió seguirte, Donald. Si no fue ese pajolero japonés, fue entonces alguien que te siguió y te espió desde fuera, a través del cristal del escaparate. Entonces se ingenió para interceptar el paquete y…

Bertha advirtió la expresión que se reflejaba en mi semblante.

—¿Qué ocurre, Donald?

—¡Ha sido una mujer! —exclamé—. Recuerdo que poco tiempo después de entrar yo en la tienda, se presentó en ella una mujer de muy bella presencia y comenzó a hacer preguntas sobre aparatos fotográficos. Estaba junto a un mostrador, frente a la puerta de entrada. Yo me encontraba en el extremo opuesto, en la sección de

las cámaras de ocasión.

—¿Qué aspecto tenía?

Hice con la cabeza un gesto de denegación.

—¡Inaudito! —dijo Bertha, súbitamente airada—. Una mujer guapa ¡y no te fijaste en ella!

—No me fijé en ella —dije— por la sencilla razón de que, aprovechando que el japonés estaba de espaldas buscando una cámara que me conviniese, estaba muy ocupado sustituyendo el papel por los cincuenta billetes. Además de la cámara le había pedido un estuche para la misma.

—Bueno —dijo Bertha después de un momento—, estamos vendidos. Así, pues, cambiaste los baúles. ¿Qué hiciste del baúl de Downer después de apropiarte los cincuenta mil dólares?

—Tomé una habitación en el hotel «Golden Gateway», bajo el nombre de George Biggs Gridley, y pagué un día adelantado. Dejé dentro del baúl una carta para que Downer la encontrara cuando lo abriera. La carta indicaba que alguien llamado Gridley, que paraba en el hotel «Golden Gateway», era el dueño del baúl.

—¿Por qué hiciste eso?

—No estaba seguro de que se hallara el dinero en su baúl. Pensé que caería en el lazo y creería que el cambio de baúles era debido a un error de la Compañía, y que finalmente llamaría a Gridley en el «Golden Gateway». Calculaba que, según fueran las cosas recibiría la llamada, o bien me esfumaría.

—¿Llamó Downer?

—No.

—¿Por qué?

—Porque le habían asesinado.

Bertha caviló unos segundos.

—¿Cómo fue que la policía no encontró la carta y no metió las narices en el hotel «Golden Gateway» en busca de Gridley?

—Porque no estaba allí.

—¿Por qué no?

—El asesino se la llevó.

—¡Cielo santo! —exclamó Bertha—. ¡Tienes a toda la policía detrás de ti, y, además, a asesinos capaces de desollarte vivo por esos cincuenta mil dólares, y, mientras tanto, una bribona de alto copete se pasea por ahí llevando en sus *nylons* todo ese montón de

billetes!

—Así parece —reconocí yo.

—Con sólo pensarlo se me pone la carne de gallina —dijo Bertha.

Estuvo silenciosa un buen rato; luego el pensamiento de tanto dinero la puso tensa.

—¡Cincuenta mil dólares! ¡Cincuenta mil «ojos de buey»! —exclamó—. ¡Dios! ¡Y todo ese dinero lo tuviste en tus manos, Donald! Hubiéramos podido obtener mil quinientos de recompensa. ¿Por qué diablos se te fueron de las manos?

—Hay algo en todo esto que me desconcierta —dije—. Me pregunto qué es lo que podrá ser. Standley Downer supo que Hazel había estado aquí.

—¡Esa Hazel Downer! Me voy a entender yo con ella.

—Déjala en mis manos —dije—. Ella se fía de mí.

—¡Se fía de ti! —exclamó Bertha, tonante—. ¡Siniestro idiota! Te está tomando el pelo. No tiene más que mover arriba y abajo las pestañas, sonreír un poco y cruzar sus piernas, hechas a torno, para que te tires al suelo y, te ofrezcas a ella como alfombra para sus pies. ¡Por la gloria de Cotón! ¿Qué se hizo de tu materia gris? ¿Se la comió un gato…? No conoces a las mujeres, y menos a las de esa variedad. Hazel, te repito, te está tomando el pelo y tú no te das cuenta. Ahora cuéntame el resto de la historia.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer, Bertha.

—¡Vale más que no cuentes nada! —vociferó Bertha—. A la vista está. Has comprometido a la Agencia, has hecho que Sellers se salga de madre, que te acusen de un asesinato, en fin ¡el acabóse! Y, mientras tanto, has dejado que se te escurran de entre los dedos cincuenta mil dólares. Si no confiesas la verdad, *malo*, y si la confiesas, *peor*. Frank Sellers te hará cisco… ¡y aún tienes el valor de decirme que te deje obrar por tu cuenta…! No olvides, además, que por haberles escamoteado el botín, toda una pandilla de asesinos profesionales se echará encima de ti… Yo me las entenderé con esa pelandusca de Hazel, desde aquí mismo. Tú volverás a San Francisco; y piensa que es inútil que regreses aquí mientras no hayas recuperado esos cincuenta mil dólares.

—Imagínate —le dije— que fuera Evelyn Ellis la autora del embrollo. ¿Qué pasaría?

—¿Reconocerías a la mujer que te siguió hasta la tienda?

—Tal vez —le dije—. Pero no estoy seguro. Todo lo que sé de ella es que era joven, de buen palmito y elegantemente vestida.

—Dime —exclamó Bertha—, estuvo en la tienda mientras tú permaneciste en ella, ¿no es así?

—Sí, pero ni por un momento dejó de darme la espalda.

—¿Se quedó en la tienda cuando tú te fuiste?

—Sí.

—Al dirigirte a la puerta, ¿pasaste junto a ella?

—Sí.

—¿Puedes recordar a qué olía? —dijo Bertha—. Una mujer elegante, como dices, debía llevar algún perfume y…

Moví la cabeza negativamente.

—No recuerdo.

—Está bien. Te diré algo que puedes hacer —me dijo—. Busca el modo de conseguir una fotografía de Evelyn Ellis.

—Las tengo en cantidades industriales —le respondí—: en bañador, con vestido de baile, sin vestido de clase alguna y…

—¡Cielo santo! —gritó Bertha—. Entonces, ¿voy a decirte yo lo que debe hacer un detective? Coge esas fotos y vete rápido a San Francisco. Preséntate en la tienda del japonés, busca al empleado que atendió a esa mujer, enséñale las fotografías y pregúntale si es la misma que fue a comprar una cámara. Si es ella, me mandas un telegrama y me reuniré contigo para llevar juntos el caso. O mejor dicho, para trabajarlo yo sola. Porque ya lo sé: te enseñaría un poco de pierna y serías cera blanda en sus manos. A mí ya puede *enseñarme* las piernas, que no me conmuevo Ahora, por el amor del cielo, vete antes de que el sargento Sellers huela algo y te meta en chirona.

—Bertha —le dije, una de dos: o tú piensas como yo, o debemos hacer todo lo contrario, porque así era exactamente cómo me había propuesto actuar.

—Bien. ¡Sal disparado con mil pares de demonios! —vociferó Bertha—. No te quedes ahí diciéndome que, por una vez, nuestra imaginación ha funcionado sincrónicamente. ¡Maldita sea mi estampa! ¡Y eso en el momento en que estoy a punto de perder mi licencia…!

Me dirigí a la puerta. No me atreví a decirle que la tienda de los

japoneses era, precisamente, la que había hecho las fotografías publicitarias de Evelyn Ellis. Tenía que darle la razón a Bertha: ¡me habían tomado bonitamente el pelo!

capítulo seis

EL reactor me dejó en San Francisco a las siete y media de la tarde. Me obsequiaron, durante el trayecto, con una buena comida acompañada de champaña. Tomé un taxi hasta el hotel «Palace» y seguidamente me dispuse a dar un paseo.

Si alguien me siguió, hizo un trabajo tan artístico que no me fue posible advertirlo.

Persuadido de que nadie me seguía la pista, entré en el hotel «Caltonia», subí al cuarto número 75 sin ser anunciado, y golpeé la puerta con los nudillos.

Después de un breve instante oí un rumor detrás de la puerta, leves crujidos, murmullos ahogados y luego una voz de mujer que exclamaba:

—¿Quién es?

—Abra —dije ásperamente.

—¿Quién es? —repitió la voz.

Esta vez percibí en su tono una nota de alarma.

—¡Caramba! —dije—. Ya debiera conocer a estas horas mi voz. Abra.

Oí cómo descorría el pestillo y la puerta se abrió.

—Lo siento, inspector —dijo—. No había reconocido su voz. Yo…

Se dio cuenta de su error y comenzó a cerrar la puerta.

Apoyé el pie contra ella, luego un hombro y penetré en la habitación.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Lam —le dije—. Soy un investigador.

—¡Oh! —exclamó—. Usted es el hombre cuyo baúl…

—Exactamente —le interrumpí—. Lo que quiero averiguar es cómo se apoderó de mi baúl.

Llevaba puesto un pijama, que era una creación a base de seda brillante y vivos colores. Los tres botones de arriba estaban desabrochados y la parte inferior del pijama se ajustaba, de un modo maravilloso, al gracioso contorno de su cuerpo.

La chica estaba muy hermosa y pude advertir que había estado llorando.

Me examinó de arriba abajo y me dijo:

—Siento que haya venido en balde. La policía tiene su baúl. Nada puedo hacer en favor suyo.

—¿Dónde ocurrió todo eso?

—En el piso décimo.

—¿Cuándo ocurrió?

—Debió de ser poco tiempo después de su llegada. Vino en el «nocturno». Ya había reservado de antemano el departamento y…

—¿Un departamento? —pregunté.

—Correcto.

—¿Y por qué un departamento? —pregunté.

—Eso fue lo que reservó por teléfono.

—Pero ¿por qué un departamento? ¿Por qué no una habitación?

—Eso hay que preguntárselo a él. Y no creo que pueda contestarle ya; usted sabe por qué.

—Pues no; no lo sé.

—Siéntese —me invitó, y se dejó caer en una cama turca, examinándome con sus grandes ojos, que querían aparecer ingenuos y dolientes, pero que, en cierto modo, se contradecían. Tenía una expresión de siniestra inocencia.

—Tengo entendido que trabaja usted para esa mujer —me dijo.

—¿Qué mujer?

—Esa mujer… la llamada Hazel Clune. Se hizo llamar Hazel Downer.

—¿No le gusta?

—No es más que una cualquiera.

—¿En qué sentido?

—Cuando se acerca a los hombres, no busca más que su dinero.

—¿Y eso?

—Usted ya sabe lo que quiero decir. Si vivió durante algún tiempo con Standley, fue por eso.

—¿Le dio dinero?

—Claro que se lo dio. Por eso dejó plantado al novio que tenía y se lió con él.

—¿Qué hizo con el dinero? —le pregunté.

Esta vez sus ojos despedían llamas.

—Ya puede imaginarse lo que hizo con él. —Evelyn Ellis ardía de indignación—. Gastó todo lo que pudo sacar de él en trapitos y perifollos, y no contenta con esto, le robó cincuenta mil dólares cambiándole el baúl. Entonces S cuando el pobre Standley no pudo pagar a sus amigos, éstos se creyeron burlados y le asesinaron.

—Ahora —le dije yo— comienza usted a interesarme.

—¡Oh! ¡Cómo se lo agradezco! —dijo la mujer sarcásticamente —. Intereso tan raramente a los hombres que, cuando un buen mozo, gallardo y calavera, como usted, me dice que le intereso, quedo electrizada.

Bostezó ostensiblemente.

—¿Tenía cincuenta mil dólares en ese baúl? —le pregunté.

—*Los* tuvo.

—¿Y qué le pasó al baúl?

—Hazel lo tenía escondido en algún sitio. Se ingenió para sustituirlo por el suyo, de modo que cuando llegó al hotel y Downer lo abrió y comprobó que no era su baúl, va era demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir por demasiado tarde?

—No estaba solo. Estaban con él sus compinches. Y estos, al ver cómo iban las cosas, se enfadaron.

—¿Y por qué?

—Downer les debía dinero.

—Y no podía pagarles.

—Correcto. Ellos creían que les estaba tomando el pelo.

—¿Estaba dispuesto a pagarles? —pregunté.

—Claro que sí.

—¿Y tenía, para hacerlo, esos cincuenta mil dólares?

—Por lo menos, eso. Tal vez más.

—¿Y de dónde procedía todo ese dinero?

Alzó su barbilla y me miró por encima de la nariz.

—No lo sé, ni me importa saberlo —dijo gravemente.

—Tal vez le importe si yo se lo digo.

—O tal vez no.

—¿Ha dicho a la policía todo eso?

—No.

—¿Por qué no?

—Lo averiguarán, y cuando lo hayan averiguado, esa Hazel sabrá lo que es bueno. Si declaro todo eso a los policías y ellos se lían de mis indicaciones, creerán que lo he hecho por celos, y entonces ella inventará toda una historia de rivalidades amorosas que, al final, se volverá contra mí. Y mientras se aclararan las cosas, ella tendría tiempo de borrar su pista y ponerse a salvo. En cambio, no diciendo nada de esto a nadie y haciéndome la tonta, la policía descubrirá todo lo que necesite descubrir y no le dará tiempo a ella para planear su retirada. Me he limitado a contestar a las preguntas que me han hecho, y eso es todo. De *motu proprio* no les he dado un solo indicio.

—¿Supo usted que venía aquí en el «nocturno»? —le pregunté.

—Sí.

—¿Por qué no fue a su encuentro?

—No quiso él.

—¿Sabía usted que traía un baúl?

—Sólo sabía que traía consigo una gran cantidad de dinero que tenía que repartir. No sabía que lo trajera en un baúl.

—¿Sabía que se alojaría en este hotel?

Me miró y, con un movimiento imperceptible, cambió de postura. La nueva realzaba más sugestivamente sus formas.

—Mire usted, señor Lam; debiera saber que yo no soy una niña.

—¿Sabía que tenía reservado aquí alojamiento?

—Naturalmente.

—¿Y que era un departamento?

—Sí.

—Pero no fue a la estación a recibirle…

—Él creyó que sería peligroso.

—Iba a llamarle en cuanto llegara al hotel, ¿no es eso?

—Sí.

—Pero no le llamó.

—No. De hecho sólo supe que había llegado al hotel cuando la policía vino a interrogarme. Fue una doncella del hotel la que encontró su cuerpo.

De un estuche de cartón sacó un papel de seda y se lo llevó a los ojos.

—¿A qué hora fue?

—No sé la hora exacta… Entre las dos y las tres.

—Entonces, fueron muchas las horas que estuvo usted sin saber de él.

—Sabía que se pondría en contacto conmigo en cuanto se viera libre de moscones. Mientras tanto debía abstenerme de verle.

—Tengo entendido que la policía cree que fue asesinado alrededor de las diez de la mañana.

—La policía no me ha hecho confidencias —me dijo.

—¿Cómo supo que se habían apoderado de *mi* baúl?

—La policía me lo dijo. Lo comprobaron por las marcas de la tintorería que había en la ropa interior.

—Me ha dicho usted que no le hicieron confidencias.

—Y lo repito. Sólo me interrogaron. Querían enterarse de todo lo que yo sabía acerca de usted.

—¿Qué les dijo?

—Todo lo que sabía.

—¿Y qué es lo que sabía?

—Nada.

—Nada de lo que me ha dicho es cierto, Evelyn —le dije entonces—. Se encontró con él en cuanto llegó al hotel. Fue a verle en su departamento. Estaba allí cuando abrió el baúl y comprobó que no era el suyo y que el dinero había desaparecido.

»El hombre se sentía probablemente acosado; de lo contrario, habría llevado encima los cincuenta billetes. Cuando un individuo tiene cincuenta billetes de los grandes y los mete en un baúl para que no se los quiten, es que no está muy seguro de sí mismo.

»Me figuro que, cuando abrió el baúl, lo primero que le diría sería que fuese usted a la estación del Sud-Pacífico a decir que había habido un error. Usted sabía muy bien cómo era el baúl; por lo tanto, podía identificarlo y decirles que lo guardaran en depósito y no lo entregaran a persona alguna en tanto se hacía lo necesario para recuperarlo. Es lógico pensar que para hacerlo, recurriría usted a todas sus seducciones femeninas y, además, por si no fueran suficientes, al soborno puro y simple.

»Tengo como una idea de que le dieron ya por entonces mi filiación. El caso fue que estuvo allí, que se dio cuenta de que el baúl se había esfumado, y a partir de ese momento se puso usted a

buscarme.

Bostezó de nuevo.

—¿Y bien? —le pregunté, rompiendo el silencio que se había producido.

—He decidido que se marche usted.

—¡Oh! Lo ha decidido, ¿verdad? —dije yo—. Pero *yo no* estoy dispuesto a marcharme.

—Llamaré al detective del hotel, o a la policía.

Bostezó otra vez y posó sus dedos delicadamente sobre su boca para disimular el bostezo.

—Tal vez sea yo el que haga la llamada —dije.

—Por favor, Donald, hágala. Tal vez a la policía le encante intervenir en este debate.

—¿Qué se propone hacer ahora? —le pregunté.

—Irme a la cama… sola.

—No le pregunto eso. ¿Qué paso va a dar ahora? O bien…

Por toda respuesta se puso de pie, se encaminó a la puerta y la abrió.

Me arrellané en una silla, cogí un número de *El heraldo ferretero* que estaba en una mesilla, y me puse a hojearlo.

Evelyn permaneció unos segundos junto a la puerta abierta; seguidamente la cerró y dijo:

—Muy bien. Si no es por las buenas, será por las malas.

—¡Olé las chicas resueltas! —dije—. Llame a la policía.

—Lo haré —me dijo—, pero antes tengo que hacer unas cuantas cosas.

Llevó la mano al escote de su pijama y le dio un tirón. Saltaron dos o tres botones y la seda se desgarró.

A continuación dirigió sus manos engarfiadas a la parte baja de su pijama.

—Hay que presentar pruebas de lo que la ley califica de atentado contra la virtud —dijo—. Impresionan mucho al jurado.

Me levanté de un salto y, sin soltar la revista de los ferreteros, me dirigí a la puerta.

—Ya sabía yo que sería razonable —dijo—. Y, a propósito, mándeme un pijama nuevo. Éste no puedo ya usarlo.

Pero yo estaba ya en el extremo opuesto del pasillo.

Oí sus carcajadas y luego el ruido de la puerta al cerrarse.

Me detuve ante el empleado que estaba en el mostrador y le dije:

—Tal vez le agrade tener una de mis tarjetas de visita.

Le alargué, plegado, un billete de diez dólares.

—Por supuesto, celebro mucho conocerle, señor «Diez Machacantes» —dijo—. Debiera visitarme más a menudo. ¿En qué puedo servirle?

—¿Con cuántas telefonistas cuenta el servicio diurno? —le pregunté.

—¿A qué llama usted servicio diurno?

—Las nueve de la mañana.

—Dos.

—Las comunicaciones, dentro del hotel —pregunté—, ¿cómo las dividen?

—En período de actividad normal, las dividimos en el piso sexto. La centralita funciona de modo que las llamadas de las habitaciones, desde el piso sexto hasta la planta baja, las tome la chica de la izquierda, y las llamadas que se producen desde el piso séptimo al último las tome la chica de la derecha.

—La chica de la derecha, en el servicio diurno —le dije—, ¿se llama…?

—Le prevengo —dijo— que no queremos escándalo de clase alguna; esto es, no permitimos que las chicas escuchen las conversaciones de los huéspedes y divulguen lo que han oído.

—Por supuesto que no —repliqué—. Eso no lo permiten ustedes, ni tampoco lo permitiría yo. Sería un delito. Ahora bien, la chica de la derecha, ¿podría darme usted su nombre… y acaso sus señas?

—Los reglamentos del hotel me lo impiden.

—Sólo deseo charlar con ella unos minutos.

—Comprenda: el crimen que se acaba de cometer aquí ha sido un terrible golpe para la buena reputación de que ha gozado siempre este hotel.

—Por supuesto —le dije—, no deseo en modo alguno vulnerar esa buena reputación ni exponer al hotel a una nueva publicidad negativa. —Y como siguiera examinándome indeciso, agregué—: Soy la discreción en persona.

Anotó un nombre y una dirección en un trozo de papel, puso éste boca abajo y lo hizo deslizar por la mesa hasta mi mano. Me

saludó y me dijo:

—He tenido mucho gusto en conocerle. Si necesita algo más de mí, dígamelo y celebraré poder complacerle.

—Gracias —le dije—. Lo tendré presente.

Salí del hotel, tomé un taxi y examiné el trozo de papel que me había dado el empleado.

El nombre era Bernice Glenn, y la dirección una casa que no caía muy lejos de allí.

Me retrepé en el asiento, consulté mi reloj y me entregué a un rápido cálculo mental. No podía perder tiempo. Cada minuto contaba, pero, no obstante, forzosamente mediaría un período de inactividad entre el momento de terminar mis últimas investigaciones en San Francisco, por la noche, y la hora en que se abriría, a la mañana siguiente, la tienda de artículos fotográficos de los japoneses.

Dije al chófer del taxi que me esperara, tomé el ascensor y llamé a la puerta de Bernice Glenn, en el tercer piso.

Se entreabrió la puerta y por el resquicio pude ver la cara acaballada de una joven que, al verme, tomó una expresión de aturdimiento.

—Bernice no está —dijo.

—¿Puedo saber quién es usted? —pregunté.

—Ernestina Hamilton, su amiga. Comparto el piso con ella.

—¿Cómo supo que quería ver a Bernice?

—Pues… porque… ellos suelen… en fin, porque me lo imaginé.

Rió: una risa nerviosa, aguda.

—La verdad es —le dije— que quería hablar con las dos. ¿Cuánto tardará Bernice en volver?

—Ha tenido una cita… Usted ya me entiende.

—¿Volverá tarde?

—A primeras horas…

—¿De la noche o de la mañana?

—De la mañana.

—¿Puedo entrar y charlar con usted?

—Estoy hecha un asco; lo mismo que la casa. Acabamos de comer e iba a lavar los platos.

—Soy un as layando platos.

—Pero no en un cuarto de este tamaño. En la cocina no caben

dos personas. ¿Por qué quiere vernos a las dos?

—Es una larga historia —le dije.

—Bueno, entre y siéntese. No podrá esperar a que llegue Bernice porque tardará mucho, y yo tengo que dormir mis ocho horas, pero podremos charlar un rato. Dispénseme sólo un minuto.

Sacó de un armario alguna ropa, entró precipitadamente en el cuarto de baño y se cerró por dentro.

Examiné la cocinilla. Estaba impregnada del olor de la reciente comida. La vajilla estaba ya lavada, apilada en el fregadero, todavía por enjuagar y secar.

Sobre el hornillo de gas había una olla llena de agua hirviendo. Me serví de ella para enjuagar los platos, cogí un trapo de cocina y los sequé. Seguidamente los coloqué en su sitio correspondiente.

Estaba terminando mi tarea cuando oí un ruido detrás de mí y me volví.

Ernestina Hamilton se había quitado las gafas, se había puesto un vestido para coctel y un perfume agresivo flotaba en el ambiente.

—Pero ¿qué hace usted? —me preguntó.

—Ya lo he hecho —dije colgando de un clavo el trapo de cocina —. ¿Y usted?

—Siempre me cambio de vestido después de comer —dijo—. Es para romper la monotonía. Yo… me cogió desprevenida. No hubiera debido hacer eso. ¿A santo de qué? ¿Puedo saber acaso quién es usted y qué es lo que quiere?

Después de echar una última ojeada a la vajilla, la cogí del brazo y me encaminé con ella a la cama turca.

—Tengo ganas de hablar con usted. Necesito información.

—Pero ¿quién es usted…? ¡Oh! Apuesto a que es un agente de la policía… aunque, no sé, no tiene el tipo que suelen tener los agentes de policía.

—¿Cuántos ha conocido usted? —le pregunté.

—No muchos —me dijo.

—¿Dónde? —le pregunté.

—Por lo general, en la televisión.

—¿Fueron agentes de verdad o actores?

Rió y dijo:

—Está bien. Hablemos de otra cosa.

—Estoy tentado —le dije— de dejarle creer que soy un agente de policía; pero no lo soy. Soy un detective particular.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Oh! ¡Un detective!

Miré en dirección a un aparato televisor que había en una esquina, y le hice una reverencia.

—¿Por qué hace eso? —me preguntó.

—Por el renombre que nos ha dado —respondí—. Ahora háblame de Bernice.

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Le ha dicho algo a usted del hombre muerto?

—¿Se refiere al hombre asesinado en el hotel?

—Sí.

—Yo… bueno; ¿por qué había de hablarme de él?

—La gente que trabaja en un hotel no suele ser sordomuda; usted ya me entiende. Todos están al tanto de cuanto ocurre en la casa. Ahora bien, ¿le estaba esperando o no Evelyn Ellis esta mañana?

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó.

—Donald —le dije.

—¿Y qué más?

—Donald a secas.

—No acabo de comprenderle, Donald.

—Ni lo vuelva a intentar —le dije—. Háblame ahora acerca de Standley Downer.

—Jamás le he visto en mi vida.

—Lo sé —asentí—. Dígame lo que le explicó Bernice acerca de él.

—¿En qué se funda para creer que me ha dicho algo de él?

—Es una larga historia.

—Cuéntemela. Me encantan las historias.

—Bueno —le dije—, a usted le interesa la gente, le interesan las cosas, siente por todo un gran interés, pero no es ligera de cascos; o sea, que no pertenece a ese género de chicas que salen con el primero que llega, coquetean y se dejan sobar por cualquiera. Si alguna vez le brinda a una persona su amistad, pone en ella todo su corazón.

Me miró, sorprendida, y a continuación me preguntó:

—Y todo eso ¿qué tiene que ver con Bernice?

—Pues, le diré —exclamé—. Porque Bernice es el tipo opuesto al suyo. A Bernice le encanta salir y divertirse. Le gusta nadar y guardar la ropa. Los hombres significan muy poco para ella; son sus compañeros de diversión. Una noche es uno; a la siguiente, otro…

Entornó los ojos, y dijo:

—Ahora veo que es usted un detective. Dedujo todo eso cuando le abrí la puerta y presumí inmediatamente que venía en busca de Bernice. Antes de que me preguntara por ella le dije que no estaba. Esto le puso sobre aviso. El hecho de que fuera un extraño para mí, de que creyera que Bernice le había citado, olvidándose de que tenía ya una cita con otro, todo eso le puso sobre la pista.

—Es natural, ¿no cree usted? Esas cosas no se saben por telepatía.

—Lo cierto es que supo leer en mis pensamientos.

—No lo crea —le dije—; no leo en los pensamientos. Estudio el carácter de las personas. No se necesita ser un brujo para adivinar el género de vida que lleva. Vive solitaria. Por las noches se queda aquí sentada. Unas veces lee, pero la mayor parte del tiempo la dedica usted a la televisión. Sigue todos los programas, algunos con preferencia a los demás. Le encantan las series policíacas y siente marcada predilección por los detectives particulares. ¿No es así?

—Así es —admitió.

—¡Magnífico! —exclamé—. Mi diagnóstico es éste: es usted una chica que no sale mucho, pero posee mucha sagacidad, mucha astucia, y la vida y los seres humanos le interesan prodigiosamente. Por ser un reflejo de todo esto, la televisión le encanta, y es lógico pensar que cuando supo que en el hotel de Bernice se había cometido un crimen, esperó, ansiosa, a que llegara su amiga para saber hasta el último detalle del mismo.

De repente, la joven echó atrás la cabeza y se puso a reír ruidosamente.

—Está bien, Donald. ¡Usted gana! En cuanto vi a Bernice la acribillé a preguntas; ríase usted de un juez de instrucción. La dejé extenuada.

—¿Y qué es lo que averiguó usted? —le pregunté.

—No sé si es correcto o no que se lo cuente. Mucho de lo que me dijo es confidencial… Cosas que no deben revelarse.

—Lo sé —dije—. Cosas que oyó por teléfono.

—¡Donald! ¡Me está comprometiendo!

—¿Qué prefiere usted? —le pregunté—. ¿Que trabajemos juntos en este caso, cambiando nuestras informaciones, o bien, que nos las reservemos, desconfiando el uno del otro?

—Yo… ¡Oh, Donald! ¿Me dejaría que trabajara con usted en este caso?

—Siempre que pueda proporcionarme una información que valga la pena —respondí—. ¿Cuánto tiempo duraron esas relaciones entre Downer y Evelyn Ellis?

—¡Quién sabe! —dijo—. Pero, desde luego, desde mucho tiempo antes de que llegara al hotel. Estuvo viviendo en Los Ángeles en un piso, con el nombre de Evelyn Ellis. Hace unas semanas vino a San Francisco y se registró en el hotel con el nombre de Beverly Kettle. Había alquilado el cuarto por unos meses, pero solía ir a menudo a Los Ángeles en avión. En Los Ángeles su piso seguía a nombre de Evelyn Ellis. Cultivaba dos identidades, de forma que cuando dejaba de ser Evelyn Ellis tomaba aquí el nombre de Beverly Kettle.

—¿Quién estaba enterado de este manejo? —pregunté.

—Al parecer, el único que lo sabía era Standley Downer. Cuando ella estaba aquí, Downer solía ponerle conferencias cuatro o cinco veces al día. Pero la amiga de Downer, una chica llamada Hazel, descubrió el pastel. Vino a San Francisco y, según me contó Bernice, la escena fue tremebunda. Los huéspedes de un cuarto contiguo se quejaron a la administración. Se llamaron cosas muy feas.

—¿A qué llama usted cosas feas?

—Palabras malsonantes, palabras de cuatro letras, palabras de siete letras, usted ya me entiende… ¡Oh, Donald! ¡Las palabras que llegan a decirse las mujeres cuando se pelean! ¡Un léxico abominable!

—Bueno —le dije yo—, pasemos por alto el léxico. Háblemе del asesinato.

—¡Oh! Me imagino que cuando llegó Standley Downer al hotel, lo primero que hizo fue llamarla. Debió de permanecer en su departamento un buen rato y entonces… creo que descubrieron algo raro a propósito de un baúl.

—¿Cuándo comenzaron a hacer llamadas por teléfono?

—No hicieron ninguna; ni él ni ella.

—Pero él sí la llamó en cuanto llegó al hotel, ¿verdad?

—En cuanto entró en su departamento. Entonces la llamó.

—¿Cree usted que fue entonces cuando subió a verle?

—Sé que subió porque alguien telefoneó al departamento. Bernice le puso la comunicación y fue la voz de Evelyn la que contestó.

—¿Sabe quién hizo la llamada?

—No, era una voz de hombre. Dijo que quería hablar con Standley, y al instante Evelyn pasó el receptor a su amigo.

—¿Y la conversación? —pregunté.

Hizo con la cabeza un gesto de denegación.

—Bernice no tuvo ocasión de oírla. Había otras llamadas y no tenía más remedio que atenderlas.

—¿No tiene idea de quién pudiera ser el comunicante?

—No.

—¿Habló la policía con Bernice?

—Todavía no.

Saqué mi cartera y extraje de ella un billete de veinte dólares.

—Este asunto le ocasionará algunos gastos, Ernestina —le dije —. Me gustaría tener una lista de los números de teléfono a los que llamó Evelyn Ellis estos últimos días, y, en particular, me interesaría saber si ha tenido algún contacto con *Happy Daze Camera Company* y si es una fanática de la fotografía.

—¿Tiene algo que ver eso con el asesinato?

—Podría ser. ¿Cree usted que puede averiguarme todo eso?

—Tal vez —respondió—. Donald, dígame, ¿cómo pudo saber todas estas cosas sobre mi carácter? ¿Es posible que sea tan transparente?

—Todo lo contrario —le dije—. Es precisamente su falta de transparencia lo que me permite intuir su lealtad, la hondura de sus sentimientos, su veracidad y la soledad en que vive.

—Donald, con azúcar está peor.

—¿Qué quiere decir?

—Yo soy la chica que en los bailes «come pavo» —contestó—. Lo sé y usted tampoco lo ignora. Una chica con excelsas virtudes, pero pegadita a la pared: nadie la saca a bailar. No sé cómo me las arreglo, pero siempre mis compañeras de cuarto son chicas estupendas. Será tal vez porque tengo un complejo de masoquismo,

o algo por el estilo.

»Mire, por ejemplo, a Bernice. Sale casi todas las noches, y pocas veces con el mismo. Mariposea, juega con el fuego, pero jamás se quema las alas. Son ellos los que se queman los dedos cuando quieren atraparla.

»Le gusta tenerme a su lado porque soy la que se encarga de asear y poner orden en el piso. Y a mí me encanta vivir con ella porque, por la noche, antes de irse con el amiguito de turno, mientras se arregla y se emperejila, yo la vuelvo del revés, como un guante. Le digo que me cuente todos los detalles de su salida de la noche anterior, lo que hizo, y toda la conversación que tuvo con el chico… Si éste se propasó… En fin, todo, todo.

»Le sonsaco también todo lo que ha hecho en el hotel, durante el día, y los trapicheos de los huéspedes. En fin, otra chica menos paciente se habría ya cansado de mí. Pero Bernice es una estupenda camarada. Es muy comprensiva y, francamente, Donald, creo que se hace cargo de todo y sabe que soy víctima de un complejo de inferioridad. No puedo vivir la clase de vida que me gustaría vivir. Así pues, mi existencia es una pura mixtificación.

—¿En qué trabaja usted, Ernestina? —le pregunté.

—Soy contable —me contestó—. ¡Tuve que estudiar teneduría de libros! Desde luego, tengo alguna práctica como secretaria, pero los números me atraen. Escribo con una magnífica letra y sumo columnas de muchos números con una facilidad pasmosa. Y cuando canto los números que sumo, el tecleteo de la máquina de sumar me sirve de acompañamiento. Pulso la máquina de sumar sin mirar las teclas y jamás me equivoco.

»Otra característica que me distingue de las otras chicas: las secretarias, por ejemplo, se arreglan y se emperejilan de tal forma que, cuando van a tomar algo al dictado, los jefes se fijan en ellas. Pero las contables no salimos de nuestro rincón y nadie se fija en lo que llevamos o dejamos de llevar encima. Ése es mi sino. Y nada hay que lo pueda cambiar.

—¿Sabe usted una cosa? —le dije.

—¿Qué?

—Usted sería una detective estupenda.

—¿Cree usted?

Asentí gravemente.

—¿Por qué?

—En primer lugar, su mismo recato; esas características de que se queja usted, que son causa de su arrinconamiento en una oficina, son virtudes relevantes en la labor detectivesca. Podría ir y venir sin que se fijaran en usted. Está dotada de un gran espíritu de deducción y tiene un notable poder de observación. Posee una retentiva excelente y es un buen juez de caracteres, sin excluir el propio. Cuando vuelva a Los Ángeles procuraré encontrar por allí algo que le convenga. La próxima vez que tengamos que emplear a una detective, estudiaré la posibilidad de que salga usted de su rincón y pueda ver otro mundo que el de la pantalla de televisión.

—En ese caso tendría que dejar mi empleo, ¿no es eso?

Asentí.

—¿Un gran sacrificio para usted?

—No mucho.

—Supongo que podría encontrar otro empleo, en el caso de que eso fallase.

—No me costaría mucho trabajo encontrarlo. Dígame, ¿cómo se llama usted realmente?

Le di una de mis tarjetas. La tomó entre sus dedos como si estuviera impresa en platino.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja en la casa donde está ahora? —le pregunté.

—Siete años.

—Exactamente —dije—. Usted es de las personas que hacen que todo funcione silenciosa y eficazmente. Por eso Bernice quiere que esté usted con ella, en este piso. Gracias a usted está todo limpio y presentable. Me apostaría el cuello a que Bernice acostumbra a dejar todas sus cosas desparramadas por el cuarto, y que, cuando regresa, lo encuentra todo en orden, la cama hecha y toda la ropa plegada y en su sitio correspondiente. Me apuesto también el bigote a que hace lo mismo en la oficina con sus compañeras de trabajo. A buen seguro la utilizarán como tapadera para disimular sus errores. Pero todo irá como sobre ruedas, con tanta eficacia y prudencia que nadie advertirá que es usted la autora del prodigio. Todo lo que saben es que cuando necesitan un informe cualquiera, lo encuentran en sus mesas, limpiamente mecanografiado, justo, preciso y elaborado en el instante mismo en que se necesita. Tengo la

seguridad de que si usted abandonase súbitamente su empleo y tratasen de sustituirla, todo el tinglado se iría abajo en medio de un caos indecible. Nadie daría pie con bola y el jefe pondría el grito en el cielo, vociferando: «¿Qué demonios ha ocurrido a Ernestina? Que vuelva. No importa lo que se le pague, pero que vuelva».

Ernestina me miró y sus ojos llamearon de entusiasmo.

—Donald —dijo—, muchas veces se me ha ocurrido ese pensamiento, pero otras tantas lo he desechado por juzgarlo presuntuoso.

—Nada de presuntuoso —le dije—. ¿Por qué no hace el experimento?

—Donald, voy a hacerlo. Tengo algún dinero ahorrado. Gracias a él podré mantenerme algún tiempo sin trabajar… Mañana les avisaré que dejo el trabajo.

—Un momento, amiga mía. Medite… No nos dejemos arrebatar por la primera ola que barre el entrepuente y…

—No, Donald. Voy a hacerlo. Esta idea la tenía, ya hace mucho tiempo, en el fondo de mi pensamiento. Soñaba con ella. Y usted me ha hecho comprender hasta qué punto llenaba mi vida… ¡Oh, Donald!

Enlazó mi cuello con sus brazos y me estrechó en ellos con todas sus fuerzas. Pude sentir sus músculos palpitantes tras la tela tenue de su vestido.

—¡Donald! —exclamó—. ¡Mi querido, mi queridísimo amigo! Voy a comenzar, desde esta misma noche, a demostrarle lo que soy capaz de hacer. Cuando vuelva Bernice la someteré a un nuevo interrogatorio, le sacaré hasta el detalle más insignificante del crimen y todos los comentarios y comadreos que haya provocado en el hotel. Me lo dirá todo.

La tuve abrazada un buen rato y le di unos golpecitos amistosos en la espalda.

—¡Es usted una chica estupenda! —le aseguré.

Respiró hondamente y reclinó su cabeza en mi pecho, con los ojos cerrados y una sonrisa en sus labios. Casualmente había logrado llegar a ella en un momento crucial de su vida. Había desatado fuerzas acumuladas durante mucho tiempo, y ahora, resuelta y feliz, se sentía en el séptimo cielo.

Me prometió que al día siguiente alegaría tener un fuerte dolor

de cabeza para no ir al trabajo, y lo dedicaría por entero a ayudarme.

Todo su cuerpo temblaba de excitación.

Eran las once de la noche cuando entré en una casa de baños turcos para pasar allí la noche. Tenía el presentimiento de que la policía estaría recorriendo todos los hoteles en busca mía, y pensé que no se les ocurriría buscarme en una casa de baños turcos.

Me cuidé bien de darles mi nombre y mi dirección verdaderos.

capítulo siete

SIN apresurarme, despaché mi desayuno: zumo de fruta, jamón y huevos, café y bollos calientes. Quise alimentarme bien, pues no sabía cuándo podría sentarme a una mesa nuevamente.

La tienda de la *Happy Daze Camera Company* se abría a las nueve de la mañana. A las nueve y un minuto traspasaba sus umbrales.

Vi las gafas redondas de carey y los dientes deslumbrantes del japonés que me había vendido la cámara el día anterior. Me saludó, reverente.

—¡Cómo lo siento! —me dijo—. Soy Takahashi Kisarazu. Un asunto lamentable. Alguien tiró al suelo el papel para ampliaciones. Seguramente eran del paquete que usted compró. Discúlpeme, por favor. Créame que lo siento.

Hizo una reverencia y sonrió. Repitió sonrisa y reverencia varias veces.

—Ya hablaremos de eso —le dije—. ¿Dónde está su socio?

Takahashi Kisarazu movió la cabeza señalando a un oriental de rostro pétreo que estaba arreglando un escaparate.

—Llámele, por favor —le dije.

Kisarazu lanzó, en *staccato*, una serie de monosílabos, y el del rostro pétreo vino hacia mí.

Eché la mano a mi cartera y le mostré dos fotos pequeñas de Evelyn Ellis.

—¿Conoce a esta chica? —le pregunté.

Estudió, durante un buen rato, las fotografías.

Desvié los ojos de ellas y los fijé en Takahashi Kisarazu. Éste me estaba mirando intensamente.

—*Yo* tomo fotografías —dijo Kisarazu.

—Claro que usted las toma —le dije—. Su nombre está aquí, y al dorso el sello de la entidad. Usted conoce a esta chica.

—Naturalmente —dijo—. Fotos publicitarias. Tengo en la trastienda un estudio fotográfico. ¿Quiere verlo?

—Usted conoce a la chica —repetí.

—Sí, desde luego —dijo Kisarazu—. La conozco.

—¿Sabe usted dónde vive?

—Tengo su dirección en mis archivos. ¿Por qué me pregunta acerca de estas fotografías?

Me volví hacia su socio.

—Cuando vine a comprar mi cámara —le dije—, entró en la tienda una mujer. ¿Era la de esta fotografía?

Durante unos segundos su rostro permaneció hermético, sin expresión alguna. Lanzó una mirada rápida a Takahashi Kisarazu y, acto seguido, hizo con la cabeza un gesto de denegación.

—No —dijo—; no era ésta.

—¿Conocía *usted* a esta mujer? ¿Era cliente de la casa?

—No lo sé, lo siento. Examinó unas cámaras, hizo unas preguntas, pero se fue sin comprar nada.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la tienda después de que yo me marchara?

—Salió en cuanto usted se fue.

—¿Al instante?

—Casi al instante. Me enfrenté con Kisarazu.

—Escuche usted —le dije—. Ignoro cuáles puedan ser las ramificaciones de este asunto, pero estoy resuelto a averiguarlo. Si tratan ustedes de…

Vi que sus ojos miraban por encima de mi hombro y que su sonrisa, de pronto, se había helado.

—Hola, «media porción» —oí que decía la voz del sargento Sellers—. Ya has hecho bastante el polichinela.

Me volví para mirarle.

Sellers llegaba acompañado de un agente de paisano. Supe al punto, sin que me lo dijera, que pertenecía a la policía de San Francisco.

—Bien —dijo Sellers—; a partir de este momento nos hacemos cargo del asunto, Donald. Acompáñanos. Quieren verte en Jefatura.

—¿De qué se me acusa? —pregunté.

—De momento, hurto. Tal vez más tarde, de asesinato.

Sellers se volvió hacía Kisarazu.

—¿Qué es lo que quería averiguar este individuo? —preguntó.

Kisarazu hizo un gesto evasivo con la cabeza.

El hombre que iba con Sellers volvió la solapa de su chaqueta y exhibió una insignia.

—¡Habla! —le conminó.

—Quería saber algo a propósito de unas fotografías tomadas a una modelo —dijo Kisarazu.

Sellers frunció el ceño.

—¿No trataba de sonsacarle lo que ocurrió cuando compró la cámara?

—¿Sonsacarme? No comprendo…

—A propósito de un papel para ampliaciones.

—¡Oh, ese papel! —exclamó Kisarazu, y sonrió—. Es curioso. Algún cliente abrió una caja de papel para ampliaciones y tiró unas hojas detrás del mostrador —prosiguió Kisarazu—. Muy curioso. Después de que el señor Lam salió de la tienda, vimos el papel para ampliar en el suelo: diecisiete hojas, cinco por siete. Tenían la misma marca y el mismo tamaño que los que vendí al señor Lam.

Kisarazu hizo tres o cuatro reverencias seguidas.

—Bien, bien, que te frían un kimono —dijo Sellers.

Kisarazu siguió haciendo reverencias, con sus correspondientes sonrisas.

Sellers tomó repentinamente una decisión.

—Bien, Bill —le dijo a su acompañante—. Llévate a este individuo a Jefatura y tenlo detenido hasta que yo llegue. Voy a registrar este chamizo. Me huelo que aquí hay gato escondido…

El hombre llamado Bill me cogió por el brazo. Sus dedos se ciñeron a mi bíceps como tenazas.

—Ya ha oído, Lam —dijo—. Vámonos.

Casi a empujones me sacó a la calle.

Me dejé conducir mansamente. ¡Qué remedio me quedaba!

Detrás de mí pude oír la voz de Kisarazu que, a guisa de despedida, me decía:

—Lo siento mucho, señor Lam. ¡Cuánto lo siento!

capítulo ocho

ESTUVE esperando en Jefatura más de tres cuartos de hora antes de que llegara el sargento Sellers. Entonces fui conducido a uno de los destartalados cuartos, tan característicos del ambiente policíaco.

Una mesa de nogal, desvencijada, dos o tres escupideras de metal sobre discos de caucho, unas cuantas sillas y un calendario colgado de la pared constituían todo el mobiliario. Un rincón del linóleum que cubría el suelo parecía estar cubierto de pequeñas orugas. En realidad, cada una de ellas era una quemadura de una a tres pulgadas de longitud, producida por los cigarrillos lanzados en dirección a la escupidera, que no habían llegado a hacer blanco en ella.

El hombre al que Frank Sellers había interpelado como a Bill resultó ser el inspector Gadsen Hobart. No le gustó el nombre que le habían dado en la pila bautismal, y por esta razón, de todos conocida, sus compañeros y subordinados le llamaban, por cortesía, Bill.

Sellers apartó, con la punta del pie, una de las sillas de la mesa y me la señaló con el índice. Me senté.

El inspector Hobart se sentó a su vez.

Frank Sellers se quedó de pie, a mi lado, mirándome y meneando a la vez la cabeza como si dijera: «Ya sabía yo que terminarías haciendo una de las tuyas. Y, ¡vive Dios!, no me había equivocado».

—Vamos, media porción —me dijo, finalmente, Sellers—. ¿Qué puedes decir en tu defensa?

—Nada.

—Pues tienes que pensar algo, y rápido, si no quieres verte enzarzado en un caso por asesinato, como la copa de un pino. No dije ni pío.

—No sabemos *cómo* lo hiciste —dijo Sellers—, pero sabemos *que lo hiciste*. Cambiaste tu baúl por el de Standley Downer. Una vez en tu poder descubriste el doble fondo y te apoderaste de los cincuenta billetes grandes, tal vez más, pero nunca menos de los cincuenta.

»En verdad, no pretendo saber qué ocurrió exactamente después: no sé más que esos cincuenta mil dólares estuvieron en tus manos, pero como te quemaban los dedos, buscaste un medio para esconderlos. Temías que alguien te registrara antes de salir de la ciudad, por lo que decidiste ir a esa tienda de artículos fotográficos. Compraste una cámara y eso te dio un pretexto para comprar una caja de papel para ampliaciones. Abriste la caja y tiraste al suelo algunas hojas, y entonces, en el lugar de éstas, metiste los cincuenta billetes y te fuiste, no sin antes recomendarle a Kisarazu que expidiese el paquete a tu oficina de Los Ángeles. Te imaginaste que a nadie se le ocurriría abrir una caja de papel para ampliaciones.

»No obstante, alguien te traicionó. Fue el punto débil de todo tu plan. No tuviste tiempo ni ocasión para borrar tu pista, y alguien la siguió y te echó abajo el proyecto.

»Aparentemente ese alguien se sirvió de una dama que te siguió hasta la tienda y tuvo la oportunidad de abrir el paquete y sacar de él los billetes, después de tu salida. Tal vez con la complicidad del japonés… Eso tengo todavía que averiguarlo.

—¿Tengo que deducir de todo eso que soy yo el autor de un asesinato? —pregunté.

—Nos vamos acercando.

—Ayer —le dije— creía usted que el envío de la tienda de fotografías era un reclamo, un subterfugio y nada más. ¿Por qué ha cambiado de parecer?

—Te diré por qué —dijo Sellers—. Indagamos en todas las agencias postales y aéreas, aquí y allá, por si habían mandado paquetes a tu nombre… ¿Y a que no sabes qué encontramos?

—¿Qué encontraron?

—Muchas cosas —dijo Sellers—. Encontramos un paquete de libros y tarjetas que te mandaste a ti mismo. ¿Y sabes qué creemos? Que todo ese material procede del baúl de Downer.

—¿Tiene alguna prueba? —le pregunté.

—La tendremos —dijo Sellers—. Danos tiempo. Todo se andará. Encontramos también algo que tú ignoras: el ebanista que, por

orden de Downer, puso un doble fondo al baúl. ¿Qué te parece, detective de bolsillo? ¿Verdad que te ha impresionado esta información? Un hombre no le pone al baúl un doble fondo a no ser que quiera esconder algo en él. Así, pues, tenemos la certeza de que Downer escondió algo en su baúl. Y no es necesario devanarse los sesos para saber qué fue lo que escondió: cincuenta billetes como cincuenta soles. Ahora bien, puesto que sabemos que Downer tenía tu baúl, tenemos la seguridad de que tú te apoderarte del suyo. En esas tarjetas y papeles encontraremos seguramente la letra de Downer. Tenemos al mejor perito calígrafo de California trabajando en este caso. Si comprueba que es la escritura de Downer, esto te relacionará con él y su baúl, y a un tiempo, con los cincuenta mil dólares desaparecidos y con el asesinato.

»A pesar de todo, yo no creo que tu intención fuese la de largarte con los cincuenta billetes. Más bien que pensabas hacer un trato con la Compañía de Seguros y obtener de ella una recompensa. Te dije que te apartaras del asunto Te previne que esto era de mi exclusiva incumbencia, pero no quisiste hacerme caso. Y ya ves el resultado: estás metido hasta el cuello en un caso de asesinato. Personalmente no creo que hayas matado a Downer. No es ese tu género. Además te faltan redaños para hacer algo semejante.

»Te voy a dar una oportunidad… una sola. Cuéntame lo que ha pasado, la entera verdad, sin omitir un detalle, y si vemos que concuerda con los hechos y con lo que ya sabemos, tal vez te ayudemos a eludir los cargos que pesan sobre ti. Sigo creyendo que el crimen no lo cometiste tú, pero sí apostaría diez contra uno a que fuiste tú quien camufló los cincuenta mil dólares.

El inspector Hobart no había pronunciado una sola palabra. Sin moverse de su silla, me observaba con ojos escrutadores.

—Hasta ahora —dije—, no he sido para usted más que un saco de arena. ¿No sería mejor que dejase de zarandearme por unos momentos y habláramos como personas sensatas?

—Nadie te ha zarandeado —dijo Sellers. Y, después de una pausa significativa, agregó—: Hasta ahora.

Ignoré el comentario y dije:

—A usted le encargaron investigar un robo a un coche blindado, de cien mil dólares. Ha conseguido ya recuperar cincuenta mil. El

ladrón afirma que se quedó usted con los otros cincuenta mil. Eso le deja a usted en entredicho. Lo que ha de probar usted ahora es que ese tipo es un embustero y que nunca tuvo en su poder más que esos cincuenta mil. Por consiguiente, no le queda otro remedio que encontrar al que se apoderó de los cincuenta mil restantes y recuperarlos. Sólo entonces podrá forzar a Baxley a que se trague sus palabras.

—Sigue hablando —dijo Sellers—. Me gusta oírte hablar. Cada vez que te escucho salgo malparado, pero no importa. Me gusta escucharte. Es como si tomase una droga «tranquilizadora».

—¡Jamás ha salido malparado! —dije—. Cada vez que ha querido escucharme ha ganado usted algo.

—Siempre me has utilizado para conseguir algo que querías.

—Y siempre *le* he dado, a cambio, lo que quería *usted*.

—Sigue hablando —dijo Sellers—. Te advierto que tengo que atender a cosas más importantes que discutir contigo.

—Si lo que dice usted es cierto —dije—, Herbert Baxley y Standley Downer se confabularon para robar los cien billetes grandes que llevaba ese coche blindado. ¿Correcto?

—Correcto.

—Muy bien. ¿Cómo se enteraron del transporte de ese dinero? ¿Cómo supieron cuál era el coche que lo transportaba? ¿Cómo supieron que eran cien mil y que estaban repartidos en billetes de los grandes?

—Recibieron una confidencia. O, tal vez, obraron a la ventura.

—La única solución que tiene para salir del aprieto —le dije a Sellers— es *probar* que Standley Downer era el otro socio de la pandilla. Aunque exhibiera usted ahora los cincuenta mil dólares diciendo que los había recuperado de Downer o de mí, todos se reirían de usted. Pensarían que los había escondido en algún sitio, pero que al ver cómo las cosas se complicaban y se ponían feas, se había echado atrás y había renunciado a la posesión del dinero.

—*Tú*, renacuajo, piensa sólo en el aprieto en que estás metido tú —dijo Sellers—, que yo me ocuparé del mío.

—Si su corazonada es justa —proseguí—, Baxley y Downer tuvieron en su poder el dinero el tiempo suficiente para hacer la partición. Por consiguiente. Downer supo que Baxley había sido detenido por ustedes, y, pensando que Baxley pudiese cantar, cogió

sus cincuenta billetes y se largó con viento fresco.

—Hasta ahora has dicho bien poca cosa —dijo Sellers.

—Ahora bien, suponiendo una vez más que su deducción es correcta, vuelvo al punto de partida… ¿Cómo supieron que esos cien billetes grandes iban en ese coche, precisamente, y cómo se arreglaron para dar el golpe?

—Eso ya lo has dicho antes —dijo Sellers.

—No. Acaso me haya explicado mal —dije—. Usted ha afirmado que averiguó cómo habían construido un compartimiento secreto en el baúl de Downer. Por consiguiente, Downer preparó de antemano el baúl y fue después cuando planeó la captura de lo que iba a esconder en él: cincuenta billetes flamantes de mil, que quedarían bien guardados en el fondo del compartimiento secreto. Todo eso lo planeó cuidadosamente mucho tiempo antes de que el coche blindado saliera del Banco con ese dinero.

Sellers frunció el ceño; luego lanzó una rápida mirada al inspector Hobart. Hobart, sin apartar de mí los ojos, dijo:

—Algo hay ahí, Sellers.

—Está bien —dijo el sargento dirigiéndose a mí—. Continúa, media porción. Charla por los codos. Te escucho. Pero cuando termines, ponme en la mano algo que represente una suma de cincuenta mil dólares. De lo contrario, vas a pasar mucho tiempo fuera de la circulación.

—Todo se preparó meticulosamente —añadí—, y Downer, desde el primer momento, intervino en la realización del plan. Downer supo que cierto detective particular le seguía la pista porque su mujer, o Hazel Clune, si prefiere llamarla así, había consultado a ese detective. Supo también que Hazel estaba al corriente de la existencia del compartimiento secreto del baúl, por lo que pensó que el dinero no estaba ya seguro en él: Eso fue lo que le hizo decidirse a guardarlo en un cinturón y llevarlo sobre su persona. Downer vino a San Francisco. Quiso que todo el mundo se enterara de que había perdido los cincuenta billetes grandes. Por consiguiente, tuvo suficiente ingenio para enredar las cosas y para que su baúl pasara a mis manos. Su plan tuvo un éxito perfecto. Fue un truco ideado por él. Engañó a todos, con excepción de una sola persona.

—¿Quién? —preguntó Sellers, frunciendo el ceño.

—El asesino. Ahora bien, si *usted*, Sellers quiere salir del aprieto, no necesita más que probar que Baxley tuvo un cómplice. Eso le descartaría a *usted*.

Sellers comenzó a frotarse la barbilla con los dedos de su mano izquierda.

El inspector Hobart se dirigió al sargento.

—Este mequetrefe tiene razón, Frank. *Tú* sales del aprieto en cuanto pruebes que Baxley tenía un cómplice. Y *yo* salgo del mío en cuanto le eche el guante al asesino.

—Ahí lo tienes —dijo Sellers.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo Hobart.

—Puedes detenerle como sospechoso.

Hobart denegó con un movimiento de cabeza:

—Como testigo material, todo lo más.

—Estoy por llamar a la Prensa —dijo Sellers—. Yo le detendría por sospechoso de asesinato.

Hobart reflexionó un momento y dijo a continuación:

—No me gusta nada, pero si crees que eso puede ayudarte, correremos el albur.

Me dirigí al inspector Hobart.

—De seguro encontraron algunos indicios en la habitación en la que fue asesinado Downer.

Sellers sonrió, sardónico:

—Escúchale. Va a decirte ahora cómo hay que investigar un homicidio.

El inspector hizo un ademán a Sellers para que se callara.

—¿Qué clase de indicios, Lam? —me preguntó.

—La víctima fue apuñalada por la espalda —dije.

—Exacto.

—Cayó, por lo tanto, de bruces.

—Exacto.

—Si uno o varios le estaban acosando —añadí—, no es lógico que les volviera la espalda.

—Tal vez no supiera que había alguien en la habitación —dijo Sellers.

—Tal vez —convine yo.

El inspector Hobart pareció interesado.

—Sigue hablando —dijo—. ¿Qué crees tú que ocurrió?

—Me imagino que Downer terminaba de abrir el baúl cuando fue asesinado —respondí.

—¿Por qué abrió el baúl cuando sabía positivamente que no era el suyo? —preguntó el inspector.

—Eso —repuse yo— es lo que estoy diciendo. ¿Cómo sabe usted que no fue *él* el que cambió los baúles? ¿Por qué lo mataron en cuanto se hizo patente que alguien *había* hecho el cambio?

—¿Tienes tú la respuesta a esa pregunta? —me preguntó Hobart.

—Tal vez la tenga.

—Estás ahora en San Francisco —dijo—. El hecho de que quieras salir de la trampa que tú mismo has armado, sin dejar aquí tiras de tu pellejo, dependerá de la mayor o menor voluntad que muestres cooperando con la policía de San Francisco.

—Eso —le dije yo— dependerá también de la interpretación que usted de a la palabra «cooperación».

—Por estas tierras esa palabra significa mucho, jovencito —dijo Hobart.

—¡Ojo con él! —le previno Sellers—. Es un vivillo que se pasa de listo, y, como te descuides, te da un disgusto.

—Admitamos —dije que Standley Downer tenía un baúl preparado, con un compartimiento secreto. Lo destinaba a guardar cincuenta billetes flamantes de mil dólares. Ahora bien, ¿de dónde intentaba obtener esos billetes?

—Sigue adelante —dijo Sellers—. Tú eres el que cuenta la historia. Tenemos mucho tiempo que perder. Así, pues, dinos: ¿de dónde intentaba obtener esos billetes?

—Su intención era traspasarlos después de que fueran robados.

—¿Traspasarlos a quién?

—Al socio de Baxley.

—¡El socio de Baxley! —exclamó Sellers—. Pero, ¿qué tontería estás diciendo? El socio de Baxley era Standley Dowley.

—¿Por qué lo cree así?

—Todo lo indica. El hecho de que Baxley se asustara y llamara por teléfono a Hazel Downer y de que cuando supo que le seguíamos…

La voz de Sellers que al comienzo de su discurso sonaba firme y segura, comenzó a perder progresivamente parte de su firmeza hasta apagarse por completo.

—Exactamente —dije yo—. Usted cometió un error imperdonable en un investigador. Comenzó con una hipótesis e inmediatamente trató de que los hechos y las pruebas se ajustaran, a la fuerza si era necesaria ella.

—Está bien —gruñó Sellers—. ¿Y tú qué crees?

—Creo —dije yo— que Baxley fue más listo de lo que ustedes suponían.

—Sigue.

—Baxley y su socio sabían que Downer era un hombre peligroso, que estaba al tanto de lo que hacían. Cuando Baxley se dio cuenta de que ustedes le seguían los llevó deliberadamente a una pista falsa: Hazel Downer. Ésta era el cebo que les arrojó para apartarles de su verdadero cómplice.

—Está bien, media porción —dijo Sellers esforzándose por aparecer sereno—. Estoy como sobre ascuas esperando el desenlace de tu película de *suspense*. ¿Quién es su verdadero cómplice?

—No lo sé.

La cara de Sellers comenzó a enrojecer.

—¡Vaya! ¡Me endilgas toda una película de miedo y, cuando llegamos al final, cortas la proyección!

—Me imagino quién pueda ser ese cómplice.

—¿Quién?

—Dover C. Inman, el dueño de la cafetería *El buen yantar*. Precisamente estaba averiguando por mi cuenta el asunto cuando intervino usted y me impidió realizar mi propósito.

—¿Qué tiene que ver esa cafetería con nuestro asunto?

—Usted tenía muy buenas cartas en la mano cuando comenzó la partida en esa cafetería. No supo jugarlas. Cometió un error, picando en el cebo que le pusieron.

—Ya estás volviendo a las andadas —dijo Sellers—. No te ocupes ya de mis errores, media porción, y dime sólo una cosa: ¿por qué crees que Inman es el que cogió el dinero?

—Baxley —le dije— fue a su cafetería, pidió unos bocadillos e hizo que los pusieran en una bolsa de papel. Luego se sentó, se los comió y tiró la bolsa al cesto de la basura. ¿Por qué lo hizo?

—Porque descubrió que estábamos observándole.

Con un ademán rechacé la sugerencia y dije:

—Después de que usted y su compañero le siguieron fuera de la

cafetería fue cuando ese hombre dio a entender que había sido descubierto por ustedes. Todo lo que hizo hasta ese momento lo hizo premeditadamente.

—Entonces, ¿por qué puso los bocadillos en una bolsa y luego se los comió?

—Pues sencillamente porque necesitaba una bolsa para meter en ella los cincuenta billetes y tirarla después al cesto de la basura para que su cómplice pudiera recogerla. Eso lo hizo ante sus propias narices y ustedes no lo advirtieron. Por eso cuando le echaron mano, declaró que ustedes habían cogido los cien billetes. Necesitaba dar a su cómplice tiempo para coger el dinero y esconderlo en un sitio seguro.

—¿Qué diablos estás diciendo, mequetrefe? —exclamó Sellers. Pero en su voz podía advertirse una nota de pánico.

—Vea las cosas como yo las veo —le dije—. Si Raxley hubiera pedido esos bocadillos para llevárselos fuera se los habría llevado a menos que les hubiera visto a ustedes, con el consiguiente temor. Sí les hubiera visto, el miedo le hubiese impedido comer los bocadillos. Los habría mordisqueado, metido en la bolsa y tirado ésta a la basura. Pero no fue así. Se quedó allí sentado y *comió* los bocadillos, más fresco que una lechuga. Cuando hubo terminado tiró al bote de la basura la bolsa de papel, se limpió los dedos con una servilleta, subió a su coche y lo puso en marcha. Fue entonces cuando demostró que había sido descubierto por ustedes y cuando decidió usar a Downer como cebo.

»Póngase en el lugar de Baxley. Supóngase que estuviera marcando un número y que al mirar hacia atrás advirtiese qué unos polizontes le estaban observando. Recuerde: es usted un zorro viejo para comprenderlo. ¿Saldría pitando de la cabina, dejando descolgado el receptor y tratando de huir en un coche que entonces estaba parado, sabiendo que una patrulla volante le acechaba?

»Jamás lo habría hecho. Se habría vuelto al teléfono y cuando alguien hubiese contestado de la casa de Downer, le habría dicho: "¡Ojo! Creo que la poli me está siguiendo los pasos. Ponte a salvo, por si las moscas". A continuación habría colgado, marcando otro número y simulando que hablaba con otra persona; hecho lo cual habría colgado, bostezado y salido de la cabina, con toda tranquilidad, haciéndose el loco.

»En resumidas cuentas. Sabía que lo más probable era que le echaran el guante. En este caso, nada podía hacer. Y sí simuló un gran pánico fue para distraer su atención e impedirles que fueran a donde debieron ir directamente: al cesto de basura de la cafetería.

»Todo señala la cafetería. Allí fue donde se dio el golpe. Allí era donde los que conducían el camión blindado se detenían siempre para tomar el desayuno.

»Desde luego, no estoy seguro de que sea Inman, el dueño, el complicado en este asunto. Podría ser una de las muchachas que sirven allí, pero lo que sí me parece cierto es que se trata de alguien que pertenece al establecimiento, y que los cincuenta billetes fueron escondidos en la bolsa de papel que contuvo los bocadillos que pidió Baxley y que luego tiró a la basura.

Sellers miró al inspector Hobart. Éste asintió casi imperceptiblemente.

—Suponte que dé por buena esa hipótesis tuya —dijo Sellers—. Y entonces, ¿qué?

—Me importa un bledo que la dé por buena o por mala —le dije yo—. Le he expuesto la opinión que me merece el caso.

—Está bien. Dime, entonces, por qué razón tenía Hazel Downer tu nombre en su bolso.

—No tenía mi nombre. Tenía el de la Agencia. En realidad quería que averiguáramos si Standley le estaba engañando con una dama llamada Evelyn Ellis, que había ganado unos cuantos concursos de belleza y era una pájara de cuidado. Hazel quería saber a qué atenerse. Su propósito era que alguien le siguiera los pasos a Downer. Consultó la guía de teléfonos y nuestros nombres de gracia: *Cool y Lam*. Los anotó en un trozo de papel. Se proponía contratar nuestros servicios para que descubriéramos el pastel, si lo había. Quería saber si aquello era una aventura más en la vida de Standley, o bien una cosa seria que podía, al final, perjudicarle.

Sellers miró, inquisitivo, al inspector Hobart.

Hobart se echó a reír y dijo:

—Está bien, Frank; si quieres que te dé mi opinión, este mequetrefe ha sabido barajar muy bien la verdad y la mentira, los hechos verdaderos y los imaginarios. En el asunto de la cafetería te ha dado una buena idea.

—¿Por qué lo crees así? —preguntó Sellers—. ¿Tienes alguna

prueba?

—No —dijo Hobart—, pero he encanecido trabajando en el Cuerpo, y por instinto sé cuándo un hombre miente y cuándo dice la verdad. Este mequetrefe ha hecho las dos cosas.

Sellers se volvió hacia mí.

—No creas que soy un primo. Estudiaré el asunto. Lo meditaré. Pero te advierto que este numerito tuyo no te hará ningún provecho. Irás de cabeza a la cárcel.

Hice un gesto de denegación.

—No; no iré a la cárcel.

—¡Que te crees tú eso! —dijo Sellers—. Anda, trata de zafarte, y recibirás una buena sorpresa.

—No trataré de zafarme ni recibiré sorpresa de especie alguna: me limitaré a pedir que me manden a un abogado, y cuando lo tenga, celebraré una conferencia de Prensa y clamaré que soy víctima de una trama policíaca.

—¿Qué quieres decir, menudencia, «una trama policíaca»?

—Saque la conclusión que mejor le parezca —dije—. En Los Ángeles está usted en entredicho. Baxley declara que usted recobró los cien billetes grandes. Usted afirma que sólo recuperó cincuenta. Todo eso huele muy mal. En busca de una solución, viene a San Francisco y trama un complot para colgarme a mí el sambenito, y, de este modo, librarse usted de él.

—¿Serías capaz de hacerme esto? ¿A mí? —exclamó Sellers.

—Sí. Eso haré si me hace usted detener —le contesté.

—¡Asqueroso pigmeo! ¡Mequetrefe repugnante! ¡Sería capaz de partirte en dos!

—Sería capaz, pero se abstendrá de hacerlo —le dije—. Esto es San Francisco. Bastantes problemas tienen ya, para ocuparse de los suyos en Los Ángeles. El inspector tiene que resolver un caso de asesinato.

—Y supongo que cree usted poder ayudarme a resolverlo, ¿no es eso? —preguntó Hobart.

—Exactamente.

—¡Es desvergonzado el hijo de la gran p…! —dijo Sellers.

—¡Un momento, sargento! —interrumpí antes de que terminase de pronunciar la palabra—. No intentaré perjudicarle mientras no me obligue a ello. Y no prestaré ayuda alguna a Hobart mientras no

me permita jugar a mi modo. Por otra parte, ¿no querían ustedes que hablara? Pues bien, ya he hablado. Ahora exijo la intervención de un abogado.

Sellers se acercó a mí y me abofeteó violentamente dos veces, primero con la palma de su mano derecha, y luego con el revés de la misma mano.

—¡Hijo de la gran…!

Esta vez fue Hobart quien interrumpió, fría y duramente:

—¡Basta, sargento!

Había algo en aquella voz que hizo desaparecer, repentinamente, el ardor de Sellers.

—Creo que será mejor que hablemos —dijo Hobart—. Se me han ocurrido algunas ideas.

—No te dejes convencer por ese macaco —dijo Sellers con visible irritación—. Reconozco que el tipo tiene cacumen, pero…

—Si tanto cacumen tiene, puede perjudicarnos —dijo Hobart—; pero, en la misma medida, puede beneficiarnos. Tengo una idea. Salgamos de aquí. Quiero hablar contigo.

Se volvió a mí y me dijo:

—Tú te quedas aquí, Lam. Y cuidado con moverte.

Abandonaron la habitación. Quedé solo en ella.

Transcurrieron aproximadamente quince minutos. Volvió a entrar en el cuarto el inspector; cogió una silla de la mesa, se sentó, abrió una cajetilla de cigarrillos, me ofreció uno, cogió el otro, lo encendió, se arrellanó en la silla, inhaló profundamente y dejó que el humo brotara de su garganta cuando comenzó a hablar, de modo que las palabras parecían salir envueltas en un aura de humo.

—Lam, eres un embustero —me dijo.

No despegué los labios.

—Mientes a las mil maravillas —prosiguió—. Lo peor del caso es que mezclas las mentiras con algunas verdades, y uno no sabe dónde acaba la verdad y empieza la mentira, o viceversa. En lo que nos has dicho hay verdades como puños y falsedades tremendas. Pero no sabría diferenciarlas.

Seguí sin decir nada.

—Lo que me fastidia —dijo— es que debes pensar que nosotros, los policías, somos un hatajo de deficientes mentales. ¿Sabes una cosa? A más de uno esa manera tuya de proceder le habría costado

muy caro.

Diríase que mis labios estaban cosidos.

Me dirigió una rápida mirada, sonrió entre dientes añadió:

—Lo más curioso del caso es que esa actitud tuya me importa un comino.

Durante un buen momento reinó el silencio. Finalmente dio una larga chupada al cigarrillo y dijo:

—Y me importa un comino porque, en mi opinión, tú estás desde el comienzo con nosotros. Lo que ocurre es que te has metido en un lío tan grande que no puedes confiarte a nosotros, y todo tu afán es zafarte de nuestras manos para poder justificarte y evitar que las cosas pasen a mayores. Lo que yo pienso es que lograste escamotear esos cincuenta billetes, que los perdiste y que ahora ansias recuperarlos.

»Ahora bien, el sargento Sellers se encuentra en un grave apuro. Esos son gajes de nuestro oficio. Tiene que salir de él lo mejor que pueda. Creo, de cualquier modo, que tú le has dado un indicio valioso.

»Voy a decirte lo que haré contigo, Lam. Te dejaré en libertad. Saldrás por esa puerta. Voy a darte las llaves de San Francisco. Te permitiré que vayas donde quieras, sin cortapisas. Ahora bien, ten presente esto: si das un mal paso, si metes un borceguí donde no debes, si te cuelas de rondón en un avispero, atente a las consecuencias. Yo no moveré en tu favor ni el dedo meñique. Que los otros muchachos se las entiendan contigo. Yo estaré en mi casa, en la cama, o viendo la televisión o jugando al parchís. ¿Lo oyes?

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Sabes —dijo— que tengo un caso de homicidio en mis manos. Debo resolverlo y lo resolveré. Te doy cuerda suficiente para que puedas moverte a tu gusto, porque me imagino que, tal vez, en tus andanzas descubras alguna prueba.

»No sé cuál pueda ser tu propósito, pero, desde luego, no es el de resolver un homicidio. Personalmente yo creo que estás más empantanado de lo que dejas traslucir, y estás negro porque alguien, más listo que tú, te quitó de las manos esos cincuenta billetes, y antes de que sea demasiado tarde, quieres recuperarlos.

»No obstante, voy a decirte una cosa. Eres muy listo y te sobran recursos y picardía para hacerle la vida muy dura al sargento

Sellers, si te lo propusieras. No tenemos suficientes pruebas para inculparte de homicidio, y si tratamos de detenerte por cualquier otro motivo y proclamas que Frank Sellers quiere servirse de ti para salvar su pellejo, podrás conseguir aquí mucha publicidad gratuita, porque Sellers no es de aquí y a los diarios de San Francisco les encanta arrojar a Los Ángeles todo el fango que pueden.

»Para tu información confidencial, te diré que Sellers se ha ido al aeropuerto. Va a regresar a Los Ángeles en avión. No te acerques al aeropuerto sino hasta después de que se haya ido Sellers. El sargento está sobrexcitado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para convencerle. ¿Comprendes?

Asentí.

El inspector me señaló la puerta con el pulgar:

—¡Aire! ¡Fuera de aquí! —dijo—. Y recuerda un par de cosas. Una, que tengo en mis manos un caso de homicidio por resolver. Otra, que eres un detective metido en un aprieto muy gordo y que debes cuidar de que las cosas no se pongan para ti peor de lo que están. Si por un azar topas con una prueba o un indicio cualquiera, házmelo saber.

—¿Dónde le podré encontrar? —le pregunté.

Sacó una tarjeta de un billetero, garabateó algo en ella y me la ofreció:

—Uno de estos números te dará razón de mí a cualquier hora del día y de la noche.

—¿Hasta qué punto está usted ansioso de resolver ese asesinato?

—Hasta un punto que no te puedes imaginar, mequetrefe —dijo —. Tan ansioso que me solidaricé con el sargento Sellers, no obstante lo pringado que está; tan ansioso que he decidido darte esta oportunidad cuando hubiera preferido tenderte sobre mis rodillas y darte una azotina de padre y muy señor mío para enseñarte que la policía no es el hatajo de deficientes mentales que tú te imaginas. Ahora bien, ¿todo esto responde a tu pregunta?

—Completamente —dije.

Me puse de pie y me dirigí hacia la puerta.

—Un momento, Lam —dijo el inspector Hobart cuando ya tenía mi mano en el pomo de la puerta—. ¿Guardas resentimiento a Sellers? ¿Te dolieron esas dos bofetadas que te dio?

Le miré fijamente y dije:

—Sí.
—¿Influirá eso en tus planes de cooperación conmigo?
—No.
—¿Tratarás de desquitarte de Sellers?
—Sí, pero no de la manera que él piensa.
Hobart sonrió entre dientes.
—¡Desaloja! ¡Lárgate al diablo! —exclamó.

capítulo nueve

ERAN las once menos cuarto cuando llegué al piso de Ernestina Hamilton.

Debía haber estado esperando muy cerca de la puerta porque, en cuanto apreté el botón, aquélla se abrió de golpe y poco faltó para que Ernestina me cogiera en sus brazos.

—¡Donald! —exclamó—. ¡Qué alegría tengo…! Tenía miedo de que no se presentara.

—Me he retrasado, bien puedo decirlo, contra mi voluntad —le expliqué.

Había señales de lágrimas en sus ojos.

—Me lo figuro —dijo—. Me lo estuve diciendo esta última hora, pero… pero le confieso que llegué a pensar que se había burlado de mí… ¡Debí parecerle tan boba anoche!

—¡Basta! —le dije, imperioso.

—¿Por qué?

—No quiero que se rebaje así. Tire a la basura su complejo de inferioridad. A partir de este momento, piense que es usted enteramente otra persona. ¿Le preguntó a Bernice algo acerca de…?

—Le pregunté acerca de todo —dijo—. Le pedí que me contara todo lo que ocurría en el hotel, hasta el detalle más insignificante. Y, créame, Donald, la volví del revés. No podrá jamás imaginarse las cosas raras que pasan en un hotel como ése.

»Naturalmente, los detectives de la casa saben mucho de lo que allí sucede, pero jamás lo que llega a saber una buena e inteligente telefonista y, además, claro está, los detectives del hotel sólo se interesan en lo que ocurre cuando se figuran que eso puede perjudicar el buen nombre de la casa.

»¿Sabe usted, Donald? No nos acostamos hasta las tres de la madrugada y Bernice no puede tenerse en pie de cansada que está.

Créame, salieron a relucir *todos* los trapitos sucios del hotel. La mujer casada del cuarto 917, cuyo marido se encuentra de viaje. La chica que había ido a otro cuarto y se dejó en él el bolso con la llave, todo su dinero y el permiso de conducir.

—¿Nada que se relacionara con el crimen? —pregunté.

—Ni un solo indicio. Y, sin embargo, necesitaría una hora para contarle todo lo que le saqué a Bernie. Tomé algunas notas y…

—Vayamos al hotel —le dije—. ¿Hay alguna posibilidad de hablar con Bernice?

Hizo con la cabeza un movimiento de denegación.

—Bernice está ahora en la centralita. Habrá terminado de almorzar. Donald, hay algo que tal vez pueda interesarle, y es una cartera que no ha sido reclamada.

—¿Y eso? —pregunté.

—Sucede que cuando llega Un viajero en un taxi o coche particular, el portero se hace cargo del equipaje y lo deposita junto a la puerta. Ésa es su función, hasta que llegan los «*botones*», toman maletas y maletines y los disponen en hilera dentro ya del vestíbulo mientras el viajero se inscribe en el registro y le dan el cuarto correspondiente.

»Una vez hecho esto el recepcionista exclama: ¡Uno! Entonces un botones se destaca de la fila, toma la llave y el empleado le dice: “Lleve al señor al cuarto número tantos”.

»Entonces el viajero señala aquellas maletas o maletines que le pertenecen y el botones se hace cargo de ellos y los sube al cuarto, junto con el viajero.

—Continúe —le dije—. Háble me de la cartera no reclamada.

—Pues bien, en las horas *punta*, que son las de las llegadas de los trenes o aviones, el equipaje se amontona en el vestíbulo. Luego, pasados esos momentos, el vestíbulo queda despejado. Y otra vez, al atardecer, vuelve a llenarse de maletas y artículos de viaje. Por una razón que desconozco, al mediodía la actividad es siempre menor. En fin el caso fue que ayer quedó sin reclamar, en medio del vestíbulo, una cartera de cuero. Algún viajero que se olvidó que llevaba una cartera y la dejó allí, en el suelo.

—Así que —interrumpí su discurso—, hay una cartera que dejó olvidada un viajero distraído. Y dice usted que no ha sido reclamada.

—No. La tienen en la sección de objetos perdidos. Hasta ahora nadie ha ido a recogerla.

—Vamos a echarle un vistazo.

—¿Cree usted, Donald, que eso puede ser importante?

—Todo lo que se sale de lo ordinario puede tener importancia.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Jamás me imaginé que fueran tantas las cosas que se salen de lo ordinario en un gran hotel como ése. ¿Por qué se retrasó, Donald?

—Fui interrogado por la policía —le respondí.

—*¡Usted!*

—Sí, yo mismo.

—¿Por qué?

—Creyeron que sabía algo sobre el crimen.

—¡Donald! ¡Es usted un hombre tan misterioso y extraordinario…! ¡Cualquiera diría, al verlo tan indiferente, que el peligro le atrae! Donald… yo… yo en cambio estoy temblando como una hoja.

—Tendrá que sobreponerse, Ernestina, y hacer como hago yo.

—Eso quisiera —dijo ella, lírica—: ser digna de la confianza que ha depositado en mí. Pero la idea de estar asociada a un detective particular me sobrecoge, me electriza… No he podido probar un solo bocado… Ni siquiera tomé café esta mañana. En cuanto a la pobre Bernice, está rendida. ¡Qué mirada me lanzó cuando salió de aquí…! La tuve despierta casi toda la noche.

—Bien —dije yo—, vámonos al hotel.

Fuimos al hotel y Ernestina, que conocía a todo el personal del mismo, se pavoneó remolcándome por sus dependencias, saludando a todos y llamándoles por sus nombres, desde el portero al último de los botones. Finalmente me condujo al despacho del portero y me dijo:

—Él se ocupa de los objetos perdidos.

El portero me examinó de hito en hito y luego miró a Ernestina, como si, hasta este momento, no la hubiera apreciado nunca en su justo valor.

—John —le dijo Ernestina—, mi amigo quiere examinar esa cartera que no ha sido reclamada. Desea…

El portero me trajo la cartera.

—¿Cerrada con llave? —le pregunté.

Asintió con un gesto.

—No creo que eso sea un impedimento.

—¿Por qué lo dice?

—Me gustaría ver lo que hay dentro.

—¿Es suya?

—Podría ser.

—Estoy segura de que John podría abrirla —dijo Ernestina—. Conoce al dedillo todas las cerraduras, y además tiene infinidad de llaves, ¿verdad, John?

El portero abrió un cajón que contenía media docena de llaveros, eligió uno con llaves pequeñas y llavines. Probó con dos, infructuosamente, pero a la tercera tentativa la cerradura de la cartera se abrió.

Eché un vistazo a su interior.

La cartera tenía tres compartimientos. En el del centro vi un cuchillo ensangrentado. Había también un cinturón portamonedas de gamuza, asimismo manchado de sangre. Y eso era todo.

El portero tuvo una rápida visión del cuchillo. Hizo un súbito ademán para apoderarse de la cartera. Yo le retuve, cogiéndole una muñeca.

—No la toque —exclamé—. ¡Demasiadas manos la han tocado ya! No toque nada. Facilitemos el trabajo de los técnicos en huellas dactilares.

—¡Oh, Donald! ¿Qué ocurre? —preguntó, ansiosa, Ernestina.

—Ernestina —le dije—, pongo esto bajo su custodia. No permita que nada ni nadie toque esta cartera. Átele un cordel al asa para que así, al moverla, no dejemos en ella huellas dactilares o borremos las que ya existen. ¿Dónde está el teléfono?

—Use el que tengo aquí y escucharé su conversación —dijo el portero.

Llamé a Jefatura, y pregunté por el inspector Hobart. Algunos instantes después comunicaba con él.

—Lam al habla, inspector —dije.

—Hola, Lam ¿qué ocurre?

—Ha encontrado usted el arma utilizada en el crimen —dije.

—¿Que yo he encontrado…?

—Sí, *usted*.

—¿Dónde?

—En el hotel. En una cartera de cuero.

Hobart titubeó unos segundos, y luego dijo:

—No me gusta eso, Donald.

—¿Por qué no?

—Demasiado rápido. Demasiado fácil. Podrás ser un investigador muy listo, pero estimo que aquí te has pasado de la raya.

—Si usted y Sellers no me hubiesen estropeado el plan esta mañana, habría encontrado esto mucho antes.

—¿Sabías que estaba ahí?

—Estaba averiguándolo.

—¿Dónde estás ahora?

—En el hotel; en la oficina del portero.

—No te muevas —dijo Hobart—. Que nadie toque nada. Ahora voy.

—De acuerdo —dije.

Iba a colgar el receptor cuando se acercó a mí el portero y me apartó del teléfono, dándome un empujón.

—Oiga —dijo—, aquí, el portero del hotel. ¿Con quién estoy hablando?

Oyóse, lejana, una voz restallante.

—Está bien —dijo el portero—. Me cuidaré de que nadie toque la menor cosa. ¿Va a venir ahora? Muy bien, gracias.

El portero colgó y se volvió a Ernestina con tono pesaroso.

—Yo te conozco, Ernestina, pero no tenía el gusto de conocer a este señor, y esto es importante. La policía estará aquí en seguida.

Ernestina me cogió el brazo. Hincó en él sus uñas hasta lastimarme.

—¡Donald! —chilló—. ¡Oh, Donald! ¡Estoy tan emocionada…! Supongo que tendré que dominar mis nervios, pero… ¿todo esto es tan sensacional…?

El portero la miró, pensativo.

—¿Cómo supo que el cuchillo estaba aquí? —me preguntó.

—No lo sabía.

—Sin embargo, usted vino y pidió la cartera. —Se volvió hacia Ernestina—. ¿Quién es este individuo?

—Donald Lam —dijo—, de la agencia *Cool y Lam*, de Los Ángeles.

—Bueno, ¿ya qué se dedica esa agencia?

—Investigadores.

—¿«Polillas» particulares?

—Llámenos como mejor le guste.

—¿Cómo supo lo que tenía que pedir y lo que tenía que encontrar?

—No supe nada. Vine, miré y lo encontré.

—Pero bien sabía lo que pedía.

—Es cierto. Muy bien lo sabía.

—Eso es lo que también me gustaría a mí saber.

—Eso es también lo que le gustará saber a la policía —dije yo—. Le invito a que se quede aquí para presenciar la escena.

—No necesitaba su invitación. Pienso quedarme aquí y aguzar mucho los oídos —me prometió—. No se preocupe.

El inspector llegó en un tiempo record. Le acompañaba un hombre del laboratorio. Le mostré el contenido de la cartera. El del laboratorio lo tomó bajo custodia y el inspector quiso saber qué hacía allí Ernestina.

Se lo dije.

Hobart me miró de arriba abajo.

—Está bien —dijo—. Vámonos.

Subimos Ernestina y yo al coche patrullero, y unos minutos después nos hallábamos todos en Jefatura.

Volví a encontrarme en la oficina que había dejado una hora y media atrás.

—Los investigadores particulares —dijo Hobart— sirven para buscar pruebas en casos de divorcio o atrapar a deudores tramposos, y cosas por el estilo. Pero es la policía la que resuelve los casos de asesinato.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Quería asegurarme de que lo sabías —me dijo—. Eso es todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ernestina.

—Quiero decir —dijo el inspector Hobart— que ese amiguito suyo quiere abarcar demasiado.

Ernestina enrojeció y dijo:

—No es mi amiguito.

Hobart nos miró a los dos.

—Usted siéntese aquí —le dijo a Ernestina. A mí me apuntó con

el índice y me dijo—: Lam, tú vendrás conmigo.

Me llevó a otro cuarto y dijo:

—A ver, habla.

—¿Sobre qué?

—Ernestina.

—Ernestina —le dije— es una entusiasta de la televisión. Los detectives particulares la vuelven tarumba.

—Continúa.

—Es compañera de cuarto de Bernice Glenn, que está empleada como telefonista en el hotel. Bernice, según parece, es una chica guapa, con mucho partido entre los hombres. Sale todas las noches. Muy pocas veces come en la casa. Ernestina se encarga de que la casa esté limpia y aseada, y cuando Bernice vuelve al piso a altas horas de la noche, escucha, fascinada, el relato de sus aventuras. Ésa es toda la vida de Ernestina, su única diversión: recrearse en las experiencias de los demás. Escuchando las aventuras románticas de Bernice, se imagina que son las suyas. Y todas las demás emociones se las proporciona la televisión. Cuando supo que yo era un detective particular, me miró con ojos extasiados.

—Y después de conseguido esto, ¿qué te propones hacer con ella? ¿Dejarla tirada con sus ilusiones rotas?

—Me crea o no —le dije—, tengo planes para Ernestina.

—¿Qué planes?

—Creo que podré procurarle un empleo.

—¿Dónde?

—En Los Ángeles.

—¿Un empleo de qué?

—De agente femenina.

—¿Tiene alguna experiencia?

—Tiene talento.

—Sigue hablando.

—Fíjese en su cara —le dije—: mal maquillada; no sabe peinarse. Es tal su ansia por conocer la vida de los demás que se olvida de vivir la suya propia. Si sigue así se convertirá en una mujer agriada y fracasada. Si pudiese cambiar de perspectiva y adquirir conciencia de su propio valer, tal vez lograría encontrar un buen marido, honrado y sincero, que haría de ella una magnífica esposa y madre, y más tarde una espléndida abuela.

—¿De modo que es eso lo que intentas hacer con ella?

—Estimularla, hacerle salir de su caparazón, hacerle vivir una vida real, auténtica, no prestada… darle la posibilidad de desarrollar sus aptitudes naturales.

—¡Ya veo! El príncipe azul sacando de los fogones a la Cenicienta. Ese cuento está ya muy gastado, muchacho.

—Está en un error, inspector —le dije—. Esa muchacha no vive en un mundo de ilusiones y sueños; vive la realidad. Lo que ocurre es que esa realidad pertenece a los demás. Mi propósito es que viva su propia realidad, que es la de una chica honrada, trabajadora, eficaz, con dotes excepcionales de observación y formalidad.

—Tú eres entonces el que te haces ilusiones —dijo Hobart—, atribuyéndole todas esas virtudes. El detective no se improvisa; requiere vocación y entrenamiento. ¡Dichosos *amateurs*! ¡Es como para troncharse de risa!

—Hemos encontrado el arma, ¿sí o no? —pregunté, de pronto.

Me miró, sonrió sardónicamente y dijo:

—¡Claro, claro!

Pasados unos instantes, sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos, me ofreció uno, tomó otro para sí y dijo:

—¿Cómo diablos te arreglaste para encontrarla?

—Me la encontró Ernestina.

—Está bien. ¿Cómo se arregló *ella* para encontrarla *para ti*?

—Pues, sencillamente, porque le dije que la buscara.

—¿Por qué motivo?

—Motivo básico: mi curiosidad. Quería enterarme de todo lo que ocurría en el hotel, que se apartase de lo corriente y vulgar. Le insté a que me lo contara todo, por insignificante que fuera, pues el detalle más nimio podía tener una gran importancia.

—Pensabas, sin duda, que el cuerpo del delito estaría en el hotel.

—En efecto —dije yo—. Puede matarse a un hombre con un trinchante. Pero un trinchante no suele llevarlo uno encima.

—¿Por qué no?

—Por sus dimensiones y su forma no es nada fácil llevarlo encima.

—El asesino lo metió en el hotel *consigo* —dijo Hobart—. Del mismo modo pudo llevárselo.

—Eso es lo que me deja perplejo.

—¿Por qué?

—Un trinchante no es la clase de arma blanca que un hombre usaría para cometer un crimen. Los cuchillos empleados como armas ofensivas suelen ser rígidos, cortantes, afilados, con mangos sólidos. También suelen utilizarse estiletes de doble filo. Pero jamás un trinchante, con un mango de ónice como éste.

—¿Cómo lo sabes?

—Pude darme cuenta de ello cuando le eché un vistazo a la cartera.

Hobart entornó los ojos.

—Está bien. ¿Qué otras cosas sabes, además de esto?

—Me imagino que el asesino no llevaba consigo el cuchillo. Más bien creo que alguien lo sustrajo de algún lugar del hotel. Alguien, tal vez, que tenía acceso a las cocinas o alguna otra dependencia del inmueble. O bien el trinchante fue comprado en una tienda próxima al hotel por alguna persona que decidió, de pronto, tener un arma ofensiva o defensiva al alcance de su mano. Si ustedes no hubiesen interrumpido mi trabajo, hubiese explorado todo el contorno del hotel, visitando todas las ferreterías.

—Menos mal que pudimos hacerlo, mequetrefe —dijo Hobart—. Eso es lo malo de vosotros, los *amateurs*: menospreciáis la inteligencia de la policía. Ya hace más de un cuarto de hora que mis hombres están indagando en las ferreterías y cuchillerías. Dentro de muy poco tendré un informe. Por si no lo sabías, Lam, te diré que este cuchillo es de unas características bastante peculiares. Este mango de imitación de ónice es de una clase de plástico relativamente nueva. El cuchillo procede de Chicago. Telefoneamos al distribuidor para averiguar cuántos mayoristas lo habían adquirido. Un negociante de la costa hizo no hace mucho un pedido y la expedición llegó precisamente en estos últimos días. Unos cuantos viajantes tienen muestras del cuchillo, pero eso es todo. Todavía no han hecho una sola venta al detalle.

—Entonces, este cuchillo ¿vino de las existencias del mayorista?

Hobart meneó la cabeza.

—No lo sé. Tenemos que andar con pies de plomo. Estamos investigando ahora sobre cada uno de los detallistas. El mayorista les ha pedido que devuelvan los cuchillos de muestra. Así podrá

comprobar si falta alguno. Aparentemente el resto de la expedición está intacto. El plástico del mango es de un tipo nuevo y la hoja es acero de un temple especial que permite que el filo se conserve indefinidamente. El cuchillo es en extremo delgado. No hace mucho que este acero se halla en el mercado; procede de Suecia.

—Entonces no será difícil seguir la pista a este cuchillo —dije.

Hobart asintió con un ademán y dijo:

—Si uno de los detallistas no tiene la muestra, averiguaremos qué hizo con ella y de ahí partirá nuestra investigación. Es un punto de partida que va quisiéramos tener en muchos de nuestros casos criminales.

—Y yo ¿qué haré? —pregunté.

—Espera —me dijo—; no hagas nada. No quiero que te metas en camisa de once varas. Ésta es una labor del departamento de policía, que es toda una organización y no un individuo. De modo que estate quietecito, y abstente de ir por ahí interrogando a la gente, que eso es cuenta nuestra. Ahora pongamos las cartas boca arriba. Tu propósito no era el de aclarar un crimen. Tú viniste aquí con otra idea en la cabeza. ¿Qué era?

Le miré fijamente y exclamé:

—Cincuenta billetes grandes.

—Eso ya me gusta más —dijo—. Es lo que yo imaginaba. ¿Qué querías hacer con ellos?

—Devolverlos y obtener una recompensa —dije.

—A Sellers no le gusta eso. Quiere resolver el caso él mismo.

—Que lo resuelva; yo no se lo impido. Tiene detrás de sí a todo el departamento de policía. Puede hacer más que yo.

Hobart me lanzó una mirada penetrante y me dijo:

—No podrás progresar mucho en tu negocio si te enemistas con la policía.

—No me enemistaré con nadie si consigo esos cincuenta billetes —repliqué—. Claro que a Sellers le gustaría resolver el caso, pero para él lo más importante es que se demuestre que otra persona, y no él, se quedó con los cincuenta mil dólares. Una vez probado esto, el hombre quedará como los ángeles.

»Otra cosa, inspector. Si conseguimos esa recompensa, estamos dispuestos a dejar que Sellers reclame para sí todo el crédito y todos los honores.

Hobart tamborileó con sus dedos la mesa.

—Lam —dijo—, voy a preguntarte una cosa. No la contestes, si no te gusta, pero no me mientas. Estamos trabajando en un caso en el que una información falsa nos podría causar bastante daño.

Asentí con un gesto.

—¿Llegaste a tener en tus manos esos cincuenta billetes?

—¿Me protegería usted? —le pregunté a mi vez.

—Depende. No hago promesas.

—Sí —respondí.

—Sí, ¿qué?

—Tuve en mis manos los cincuenta billetes grandes.

—Entonces, lo que le contaste a Frank Sellers sobre Inman, el dueño de la cafetería, ¿no fue más que un cuento?

—No fue un cuento —dije—. Creo que el tal Inman tuvo ese dinero antes de que yo me apoderase de él.

Hobart entornó los ojos.

—Bien, ahora dime cómo te apoderaste de él.

—Estaba en el baúl de Downer.

—¿Y cómo conseguiste ese baúl?

—En la estación del ferrocarril.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

Se lo dije.

—Sigue. ¿Y qué pasó con ese dinero?

—Me figuro quién pueda tenerlo —respondí.

—¿Quién?

—O bien Takahashi Kisarazu, el japonés que regenta la tienda de artículos de fotografía, o Evelyn Ellis.

—¿En qué fundas tu creencia?

—Compré allí una cámara y una caja de papel para hacer ampliaciones. De esta caja saqué unas hojas, no sé cuántas con exactitud; de quince a veinte. El japonés dice que encontraron en el suelo diecisiete hojas de papel. Demos, pues, por cierto que fueran diecisiete.

—¿Y en su lugar pusiste los billetes con el resto del papel y cerraste después la caja?

Asentí con un ademán.

—¿Cómo sabes que el dinero no llegó a Los Ángeles?

—La sustracción fue hecha por alguien, en la misma tienda —

dije.

—¿En qué te fundas?

—En que cuando Sellers se apoderó del paquete en Los Ángeles, la caja del papel para ampliar tenía los precintos como yo los había dejado para que nada sospechara, pero *era otra caja*. La que llegó a Los Ángeles estaba *completa*. Si hubiese sido la mía, le habrían faltado las hojas que yo saqué.

—Está bien, Lam —dijo Hobart—. Creo que podré darte una patente de limpieza. De momento, iré a esa tienda de los japoneses para indagar.

Hice un ademán negativo.

—¿No? —me preguntó.

—No.

—¿Por qué no?

—No estoy seguro —dije—. Antes querría cerciorarme.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero presiento que el asesinato de Downer está relacionado con la pérdida de los cincuenta billetes.

—El asesinato es cosa mía —dijo Hobart.

—No se lo disputo. A mí lo único que me interesa es el dinero.

—Bueno, ¿qué crees *tú* que ocurrió?

—Creo que Baxley tenía un cómplice en la cafetería. Creo también que no supo que la policía le seguía los pasos sino hasta después de que entró en la cabina para telefonear y se volvió para mirar. Creo que Baxley entró en la cafetería y pidió los dos bocadillos, uno con cebolla y otro sin ella, como pretexto para meter los billetes en la bolsa de papel. Y si se puso a comer allí con toda tranquilidad los dos bocadillos, fue para que la gente lo viera. Formaba parte de su plan. Tuvo así la ocasión de deslizar, sin prisas con toda calma, en la bolsa de papel los cincuenta billetes que correspondían a su cómplice; hecho lo cual arrojó la bolsa al cesto de la basura y se fue tranquilamente. Aquí fue donde Sellers cometió su primer error. Lo primero que tenía que haber hecho era destapar el recipiente de la basura y recoger la bolsa de papel. Y después, *sólo después*, podía haberse lanzado en persecución de Baxley.

—Entonces, ¿cómo llegaron a manos de Downer los cincuenta billetes?

—Se los robó al cómplice de Baxley —dije—, y como no tenía, al parecer, parte en el negocio, este dinero tuvo que apropiárselo por las malas. Si hubiese aparecido con veinticinco billetes, habría pensado que eran tres los participantes en el negocio; que Baxley tenía la mitad y los otros dos, por su ayuda, se repartían equitativamente la otra mitad. Pero puesto que Downer tenía la mitad exacta, es innegable que la había robado.

El inspector Hobart me miró fijamente y me dijo:

—Tienes que saber una cosa, Lam.

—¿Qué?

—Los acontecimientos no se desarrollaron de ese modo. Te convencerás cuando hayamos resuelto el caso.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo Hobart—; llámalo, si quieres, instinto de polizonte, pero es un instinto que me falla pocas veces. Hay mucha diferencia entre lo vivo y lo pintado. Esa hipótesis será todo lo brillante que quieras, pero no pasa de ser una simple hipótesis. Eso es lo malo de vosotros, los aficionados. Partís de una idea determinada y la seguís hasta el final. Ideáis una solución ingeniosa y todos los hechos los ajustáis a ella. La policía no puede obrar de ese modo. Tiene que caminar con pies de plomo, paso a paso. No puede ir por el atajo. Hay que cumplir las ordenanzas y seguir el camino que marca la ley.

—De acuerdo. Usted siga su camino; yo seguiré el mío —le dije.

—Sigue hablándome del asunto del baúl.

—Hallé dentro de él libros, tarjetas con anotaciones que no pude descifrar. Todo eso lo tiene ahora Sellers en su poder.

—Háblame de esas tarjetas.

—Había en ellas líneas de números. —Saqué mi librillo de anotaciones—. Como, por ejemplo, esto: 0, 0, 5, 1, 3, 6, 4. Hobart alargó la mano y me cogió el librillo.

—Examine ahora la siguiente —dije.

Hobart leyó en voz alta los números:

—Cuatro, guión, cinco, guión, cincuenta y nueve, guión, diez, guión, uno, guión.

—Échele ahora un vistazo al que sigue —dije—. Termina con el signo más.

Leyó de nuevo en voz alta los números:

—Ocho, guión, cinco, guión, cincuenta y nueve, guión, cuatro, guión, uno, con el signo más al final. ¿Qué dice a esto tu brillante cerebro? ¿Despejó ya la incógnita?

—He observado que muchos de los números de estas tarjetas terminan en tres, seis, cuatro —le respondí.

—¿Y bien?

—He estado pensando en ello, particularmente en el significado de los signos más y menos.

—Está bien, Lam —dijo—. Voy a dejarte entregado a tus cavilaciones. Te quedarás aquí, sentadito.

—¿Y qué hará con Ernestina? —le pregunté.

—La confiaré a la matrona para que la tenga aquí un rato más.

—¿Detenida?

—No, en modo alguno —dijo Hobart—: pero me he propuesto solucionar este caso y no me seduce la idea de que ande suelta por la ciudad, husmeándolo todo, esa jovencita con complejo de Sherlock Holmes. En cuanto a ese maldito japonés, voy a sacudirle y a averiguar si está mezclado en el caso.

—Eso es cosa mía —protesté—. Usted ocúpese de lo suyo.

Sonrió entre dientes y dijo:

—Claro que me ocupo de lo mío, y también de lo tuyo. Por ahora, te retiro de la circulación.

Acto seguido salió de la habitación, cerrando tras de sí la puerta.

Permanecí sentado un largo espacio de tiempo. Para entretenerme en algo, me puse a estudiar las copias de las tarjetas que había hallado en el baúl de Downer.

Por fin se abrió la puerta y entró un agente. Me entregó un par de bocadillos envueltos en servilletas de papel, y un vaso de leche.

—De parte del inspector Hobart —me dijo.

—¿Dónde está?

—Trabajando.

—Quiero verle.

—Hay muchos que quieren verle.

—Tal vez pueda decirle algo que le gustaría saber —dije.

—Eso no le gustará.

—¿Por qué no?

—Eso que quiere decirle ahora podría habérselo dicho al principio.

—Dígale que es algo que acaba de ocurrírseme.

El hombre asintió y se fue.

Comí los bocadillos, bebí la leche y tiré el envoltorio y el vaso de cartón en la cesta de los papeles.

Un cuarto de hora después se presentó el inspector. Tenía el rostro encendido y parecía malhumorado.

—Está bien —exclamó—. ¿Qué diablos me has estado ocultando?

—Nada. Se me ha ocurrido otra idea, a propósito de estos números.

Hizo un gesto de irritación e iba a retirarse, pero lo pensó mejor y me dijo:

—Está bien. Veamos qué es. Te escucho.

—Muchos de estos números terminan en tres, seis, cuatro —expliqué—. Supóngase que sean números de teléfonos escritos a la inversa.

—¿Qué quieres decir?

—Tres, seis, cuatro —dije— serían H, O, tres. En este caso los números de la primera tarjeta serían Hollywood tres, uno, quinientos. Serían números de teléfono. Ahora bien, si averiguara que el hombre de este número había hecho una apuesta de diez a uno el 4 de mayo de 1959, y había perdido, y el día 8 de mayo hubiese hecho una apuesta de cuatro a uno y hubiera ganado, todo quedaría explicado.

Hobart hizo una pausa, volvió a la mesa, acercó a ella una silla y se sentó. Cogió mi librillo de anotaciones y comenzó a estudiar los números. Después de unos instantes exclamó:

—Es una idea. Has de saber que tenemos en nuestro poder esos libros y esas tarjetas originales. Voy a practicar unas indagaciones basándome en esa hipótesis tuya.

—¿Ha averiguado algo? —le pregunté.

—Mucho —me respondió.

Se levantó y abandonó el cuarto.

Volvió al cabo de hora y media.

—Lam —dijo—, esas corazonadas tuyas dan, a veces, un magnífico resultado. Te lo digo, bien a pesar mío, porque a mis hombres les prohíbo que tengan corazonadas. Les mando que caminen a pasos contados. No quiero que sean brillantes; prefiero

que sean metódicos.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Sin embargo —dijo—, para información tuya, el individuo a cuyo nombre está el teléfono «Hollywood, tres, uno, quinientos», estuvo apostando a los caballos, pero no con Downer. Hizo una apuesta sobre un caballo, de diez a uno, el 4 de mayo y perdió. Hizo otra el día 8 de mayo, de cuatro a uno, y ganó. Hemos indagado en otros dos casos, y concuerdan con los datos de la tarjeta. Ahora bien, dime: ¿a qué conduce todo esto?

—No lo sé —dije—. Tengo que atar todavía muchos cabos para descubrir la relación que pueda tener esto con lo demás. Pero si no le disgustan mis corazonadas, voy a darle otra.

—A ver.

—Esa remesa de billetes de mil dólares se me antoja muy peculiar… Cien mil dólares en billetes de mil.

—Sigue.

—Tuvo que mediar una orden especial. Es posible que el Banco que dispuso el envío de esta remesa en billetes de mil tuviese a Standley Downer como cliente, y que hubiera sido éste el que ordenó que la remesa se hiciera de esa forma.

—¿Por qué?

—Porque su propósito era liquidar sus fondos en el Banco y largarse —dije—. Quería llevarse el dinero consigo.

—¿Y luego? —preguntó Hobart.

—Luego —proseguí yo—, alguien que conocía a Downer se enteró de que éste había ordenado el envío de los cien mil dólares y decidió apropiárselos. Pero si esta persona conocía a Downer, también éste la conocía. Eran pájaros del mismo plumaje. Y esta persona sabía asimismo en qué camión blindado se enviaría la remesa.

—Oye, Donald, eso no me lo trago yo —dijo Hobart—. Eso es lo que os pasa a los superdotados. Tenéis una idea brillante, y cien que no lo son. Y eso le despista a uno. Me pesa haberte escuchado antes. Por haberlo hecho me he ido por el atajo. Una manera estúpida de resolver los crímenes. Esos procedimientos se emplean sólo en la televisión, en donde únicamente disponen de media hora para presentar el crimen y resolverlo, todo ello en medio de anuncios de lavadoras eléctricas y de medias de nylon. ¡Vete con mil pares de

diablos! ¡Me has estado corrompiendo! No veré ya más la televisión por miedo de que me contamine el desarrollo ingenuo de sus películas. Pero tú eres peor aún que la televisión.

Se levantó y se marchó.

Volvió al cabo de diez minutos.

—No puedo apartarte de mi imaginación, mequetrefe —dijo—. Has destruido mi método de investigación.

Me alargó el ejemplar de *El heraldo de la ferretería* que yo había cogido en el piso de Evelyn Ellis.

—Me dijo Ernestina que llevabas en la mano esta revista cuando fuiste a verla anoche en su piso. Cuando te fuiste la dejaste olvidada allí.

—Bien, ¿y qué? —le pregunté.

—¿Qué hacías tú con esta revista de los ferreteros? ¿Para qué la querías?

—Para leerla.

—Es un ejemplar atrasado. ¿Cómo llegó a tus manos?

—La encontré en el cuarto de Evelyn Ellis, en el hotel. Estaba leyéndola cuando la chica se enfadó y me obligó a salir del cuarto.

—¿Y te fuiste?

—Me fui.

—¿Dócilmente?

—Vertiginosamente. Se estaba rasgando las vestiduras, decidida a mantener que estaba atentando contra su virtud cuando terminara de rasgarlas… y no esperé más.

—Entonces, ¿es de ella la revista?

—Así parece.

—¿Y por qué la tenía en su poder?

—Si la hojea —le respondí—, verá probablemente una fotografía de Evelyn en bañador. Se la hicieron al ser proclamada «*miss* Ferretería» en la convención de ferreteros.

Hobart chasqueó los dedos y dijo:

—¡Vaya! Otro ejemplo de lo que ocurre cuando uno se aparta del trabajo metódico y rutinario del detective.

—¿Y eso?

—He hojeado una por una todas las páginas de esta podrida revista —dijo—, tratando de encontrar su foto, y no está en ella. Éste es el resultado de las corazonadas. Tú y tu televisión seréis la

perdición de muchos buenos policías.

Estaba tan airado que golpeó la mesa violentamente con la revista. Iba a salir de la habitación, y estaba ya a medio metro de la puerta, cuando ésta se abrió para dar paso a un agente de paisano que le alargó un trozo de papel mecanografiado.

—Pensé que le gustaría ver esto, inspector —le dije.

Hobart echó un vistazo al mensaje, frunció el ceño, volvió a examinarlo y preguntó finalmente:

—¿Estáis seguros?

El agente asintió.

—Está bien —dijo Hobart—. Voy a ocuparme del asunto.

Plegó el papel, se lo metió en uno de sus bolsillos y se quedó mirando hacia la puerta hasta que el agente desapareció tras ella.

—Bueno —dijo volviéndose hacia mí—, aquí tengo para ti un enigma. Al parecer te encantan los enigmas. A ver si me descifras éste.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—La empresa que fabrica estos cuchillos no ha vendido uno solo al oeste de Denver, salvo la expedición que hizo a San Francisco. Está explotando el territorio por regiones. *Colfax y Bristol*, los mayoristas ferreteros que vieron el cuchillo en la convención ferretera, insistieron en ser los primeros de toda la costa en recibir una expedición de estos trinchantes. Para ello hicieron un buen pedido en firme. Recibieron la expedición hace cuatro días. Ahora bien, han podido comprobar que cada uno de sus viajantes tiene su muestra intacta.

—Es natural —dije yo—. ¿Qué haría usted si hubiera cometido un asesinato con un cuchillo, lo hubiera escondido en alguna parte y alguien por teléfono le preguntara si lo tenía o no en su poder? ¿Cuál sería su respuesta?

—Claro, claro —dijo Hobart—, esto es lo que he pensado. Haré que mis hombres interroguen uno por uno a todos esos viajantes. Pero me imagino que por ese procedimiento no obtendremos resultado alguno.

Abandonó el despacho. Como no tenía otra cosa que hacer, cogí la revista ferretera y me dediqué a recorrerla de cabo a rabo.

De pronto di con un párrafo que me pareció lleno de sugerencias. No comprendí cómo pude haberlo soslayado. Me fui a

la puerta y la abrí de golpe.

Un agente de uniforme estaba sentado junto a la puerta en una silla con el respaldo apoyado contra la pared. Al abrir yo la puerta avanzó el busto hacia delante, y las dos patas delanteras de la silla, que estaban en el aire, entraron en contacto violento con el suelo. Simultáneamente su cuerpo voluminoso, proyectado fuera de la silla, se alzó y tomó una posición vertical.

—No, amiguito —dijo—. Usted no sale de ahí. Usted se queda dentro.

—Está bien —le dije—. Me quedaré dentro. Pero avise al inspector Hobart. Tengo absoluta necesidad de verle.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo el agente—. ¡Cualquiera diría que es usted el mandamás de la casa!

—Usted avise al inspector Hobart —insistí—, o les pesará a ambos.

Me volví al despacho y cerré la puerta tras de mí.

Diez minutos después el inspector Hobart penetraba en el despacho.

—Oye, mequetrefe —dijo—, tendrá que ser muy interesante lo que me comuniques. De lo contrario, me veré obligado a encerrarte de verdad.

—Estoy seguro de que le interesará —le dije.

—Así sea. ¿Qué es? ¿Otro hallazgo sensacional de tu brillante cerebro?

—Un artículo de esta revista. ¿Quiere que se lo lea?

—¿A propósito de qué?

—Un párrafo comentando la convención celebrada en Nueva Orleans.

—¿Qué dice?

Cogí la revista y leí:

> *«La empresa cuchillera de Chicago,* Christopher, Crowder y Doyle*, ha anunciado la fabricación de un nuevo trinchante, para uso general, que se pondrá en venta, primero en el territorio del Este y luego en el del Oeste. Una característica relevante del cuchillo es la dureza y elasticidad del acero que permite la elaboración de una hoja extremadamente delgada. El presidente Carl Christopher afirma que la hoja es tan delgada como una*

hoja de papel. Un nuevo producto sintético hace que el mango, de materia plástica, parezca de ónice. Evelyn Ellis, "Miss Ferretería americana", obsequió con juegos de trinchantes a más de cien compradores que fueron invitados a visitar el stand *de la compañía cuchillera* Christopher, Crowder y Doyle*, entre las cuatro y cinco de la tarde, y recibieron los juegos en estuches forrados de felpa».*

Plegué la revista por la página que contenía el artículo leído y se la entregué al inspector Hobart.

No dirigió una sola mirada a la revista y se puso a mirarme con ojos escrutadores.

—Comprendo muy bien la opinión que Sellers tiene respecto a ti.

—No le comprendo.

—Mi propia opinión es mucho más complicada —dijo Hobart—, pero no voy a analizarla ahora. A pesar de todo, he de confesarte que esa posible pista que has encontrado es buena. Hubiera debido descubrirla yo. Desde luego, esa pitusa tuvo que tener en su poder uno de esos juegos. Después de todo, era la reina de la industria ferretera. Fue llevada a Nueva Orleans y desfiló allí en bañador y en vestido de baile. Tenía todos los gastos pagados. Y le hicieron una publicidad tremenda. A buen seguro, la chica hizo allí su agosto. Y si regalaba juegos de trinchantes a los compradores que visitaban su *stand*, mientras la compañía estaba anunciando su nuevo producto, es lógico pensar que se quedó con uno de esos juegos. Provistos de una orden judicial registraremos el hotel de arriba abajo y trataremos de encontrar el estuche con el tenedor que hace juego con el trinchante. Y si la chica lo tiene en su poder, le preguntaremos dónde diablos está el cuchillo. A ver qué nos dice.

»Desde luego, lo reconozco, es una pista magnífica, y te doy las gracias por habérmela facilitado. Pero estos juegos de manos los haces con demasiada facilidad y como si te burlaras de la gente. ¡Maldita sea tu estampa, Lam! Me doy cuenta de que estoy nervioso, irritable, trastornado. Estoy en mi despacho telefoneando a derecha y a izquierda, recibiendo informes y esforzándome para atender a todo el frente mientras tú, sentado ahí, te pareces al cazador que espera, en su puesto, a que el pájaro se ponga a tiro.

No me sorprende que obtengas esos resultados. Pero todo esto me pone fuera de mí.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que se ponga fuera de sí? —le pregunté con una expresión de perfecta inocencia.

—¡Naturalmente! —dijo—. Pero también me culpo a mí mismo. Todo eso era de mi incumbencia. Yo debí haber hallado esa pista. ¡Pero no! ¡Tenías que ser tú quien la encontrara! Encerrado en este piojoso despacho, sin otra compañía que las cuatro paredes y una revista de ferretería. La lees, naturalmente, y topas con el pequeño detalle que puede aclararlo todo. Y me lo presentas con la modestia afectada del jugador que desde el centro del campo lleva enredada la pelota entre los pies hasta meterla en la red. No tuve más remedio que decirle, con toda la amargura sintética que pude poner en mis palabras:

—Todo eso lo tengo yo merecido por haber tratado de cooperar. Lo que hubiera debido hacer era guardarme esta información y arrojar a la cesta de los papeles la revista, para investigar después el caso por mi cuenta.

—Te equivocas por partida doble —dijo el inspector—, o, mejor dicho, por partida triple. En primer lugar, no saldrás de aquí. En segundo lugar, no harás ninguna investigación por tu cuenta; y en tercer lugar, ten entendido que si tropiezas alguna vez con una prueba como ésta y te la reservas para ti, ¡te la has ganado!

Estuvo unos instantes mirándome, airado, y, súbitamente, echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír.

—Está bien, Lam —dijo—. Me pongo en tu lugar. Pero tú no puedes ponerte en el mío porque ignoras las mil y una majaderías que tengo que afrontar para coordinar las cosas y llevar a cabo reglamentariamente la investigación. De todos modos, gracias por esa pista que me has dado. La seguiremos.

—¿Qué pasó con Ernestina? —le pregunté.

—La hemos estado sondeando para averiguar si sabe más cosas de las que nos contó.

—¿Cuándo nos soltará?

—Cuando terminemos esta fase de nuestra investigación —dijo —. No queremos que unos *amateurs* se entrometan en este caso y lo estropeen todo.

—En otras palabras —repliqué yo entonces—, tiene usted que

esperar, para soltarnos, a que Frank Sellers le telefonee desde Los Ángeles y le comunique que terminó para mí la cuarentena.

Sonrió.

—En vista de esto —le dije—, exijo la presencia de un abogado.

Hizo con la cabeza un gesto de denegación.

—Soy muy duro de oído, Lam. Y esta oreja es la mala.

—Vuélvase —le dije— para que pueda hablarle en la oreja buena.

Sonrió entre dientes y dijo:

—Quédate ahí sentado y devánate los sesos, Lam, buscando soluciones. No me molestes mientras no tengas algo verdaderamente interesante que contarme. Pero si se te ocurre algo que pueda interesarme y no me lo cuentas, sabrás lo que es bueno.

Cogió la revista de ferretería y abandonó el despacho.

capítulo diez

ERAN las cuatro de la tarde cuando volvió Hobart al despacho.

—Está bien, Lam. Te voy a soltar.

—¿Dónde está Ernestina?

—Hace ya más de una hora que la despaché para su casa.

—Hubiera debido dejarme que yo la acompañara —le dije.

Sonrió, irónico.

—Debí hacerlo, pero no lo hice. Mandé que la acompañara hasta su casa el agente de paisano que estuvo interrogándola toda la tarde. Estaba literalmente fascinada. Dice que la televisión es insípida al lado de la vida real… ¿Qué te parece?

—Está bien —le dije—. ¿Qué planes tiene usted respecto a mí?

—¿Cuáles son tus propios planes respecto a ti?

—Depende de lo que me sea permitido hacer.

—No te permito que tires llaves inglesas a la maquinaria. Si lo haces, te pondremos a la sombra, y esta vez de veras.

—¿Qué me dice de Evelyn Ellis? ¿Encontraron el resto del juego de trinchantes?

—No seas bobo. Vosotros, los superdotados, creéis que todo se ajusta a vuestras elucubraciones. Para que lo sepas, Evelyn ha declarado que regaló estuches que contenían esos nuevos trinchantes a todos los compradores acreditados que se detuvieron en el *stand* de *Christopher, Crowder y Doyle*, pero que no se había quedado con ningún estuche, porque, por aquel entonces, no hacía vida casera. Y nos preguntó cómo podía una joven de sus dimensiones esconder un trinchante en un bañador.

—Pudo envolverlo y llevarlo debajo del brazo —dije—. ¿No tenía acaso un bolso?

—Está bien —dijo Hobart—; estamos investigando el caso. No te preocupes por nosotros, Lam, ni pretendas decirnos cómo se ha de

investigar un homicidio. Querías saber qué fue lo que hallamos, y te lo he dicho… ¡Nada!

—¿Puedo hablar con Evelyn Ellis?

El rostro de Hobart pareció endurecerse.

—Escucha, Lam —dijo—, y no olvides lo que voy a decirte. Estás en San Francisco. Puedes ir a un hotel, a un cine o a un restaurante. Puedes irte de parranda con una dama y divertirte a tus anchas, e incluso coger un buen tablón. Pero si te acercas a la tienda de los japoneses, o visitas a Evelyn Ellis o rondas el hotel donde se cometió el crimen, ten por seguro que por la noche dormirás en un calabozo. Y allí te quedarás hasta que se aclare por completo el caso.

—¿No se le ha ocurrido pensar —le dije— que estoy trabajando en un caso y que he contraído una responsabilidad con un cliente, y que he sido despojado por alguien de cincuenta mil dólares…?

—He pensado en eso y en muchas cosas más —dijo Hobart, molesto—. Pero, ¿qué remedio me queda? Estoy tratando de resolver un caso embrollado y no quiero que nadie me lo embrolle más aún de lo que está.

—¿Puedo volver a Los Ángeles?

—Puedes, pero no te lo aconsejo. Sellers está que echa chispas.

—Hay —dije—, una tal Hazel Clune o Hazel Downer que…

—Sabemos quién es —dijo Hobart—. La hemos tenido bajo vigilancia. Estuvo aquí la noche anterior al asesinato. Ahora se encuentra de nuevo en la ciudad.

—¿Está aquí, en San Francisco?

Asintió.

—¿Dónde está?

Comenzó a mover la cabeza con un gesto de denegación cuando, de repente, entornó los ojos. Visiblemente, una idea nueva había llegado a su cerebro.

—¿Por qué quieres saberlo? —me preguntó.

—Estoy trabajando para ella. En conciencia, no puedo aceptarle un salario cuando me paso el día sentado en un despacho de la Jefatura de policía de San Francisco.

—¿Qué prefieres, dormir en un calabozo o en el hotel? —me preguntó Hobart—. Porque he cambiado de parecer en cuanto a dejarte suelto para que vayas de un lado a otro de la ciudad.

—¿Es un chiste?

—Es una pregunta.

—La respuesta —le dije— tal vez le sorprenda. Prefiero dormir en un hotel.

—Creo que podré arreglarlo —dijo Hobart—, pero tendrás que cooperar.

—¿Qué entiende usted por «cooperar»?

—Te proporcionaremos una habitación en un hotel. En él habrá un teléfono, pero no lo usarás para llamadas exteriores. Habrá un buen restaurante en el hotel, con servició en los cuartos, y podrás mandar que te suban lo que se te antoje. Te procuraremos periódicos y alguna revista. Leerás. Tendrás incluso un aparato de televisión. Podrás ver programas de televisión. Podrás acostarte y soñar con los angelitos. Lo que no podrás hacer será abandonar el cuarto, porque si nos enteramos de que lo has hecho, lo pasarás muy mal.

—¿Quiere decir que estaré bajo custodia?

—Exactamente, no. Más bien, bajo la protección de la policía. Estarás en libertad de hacer lo que mejor te parezca en el cuarto, pero no podrás salir de él sin permiso nuestro.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar en esa situación?

—Esta noche, por lo menos. Tal vez te permitamos salir por la mañana.

—Mi consocia, Bertha Cool, estará seguramente muy preocupada.

—Más de lo que tú te figuras —dijo Hobart—. La Agencia no ha cesado un instante de telefonear a todas partes para averiguar tu paradero. Incluso han llamado a esta Jefatura.

—¿Qué le han dicho?

—Que no hemos detenido a nadie llamado Donald Lam. En realidad, no te tenemos detenido.

—¡Me tienen detenido!

—No te hemos inculpado de delito alguno. Si te tenemos aquí es porque has querido cooperar con nosotros.

—También Ernestina estará preocupada por mí —dije.

—Ernestina está ya en el «noveno cielo» —dijo Hobart—. Está cooperando ahora con la policía y el agente de paisano que está con ella en el piso, para estar al tanto de lo que pasa, es un soltero no

mal parecido que ha llegado a la conclusión de que la chica es bonita, juiciosa y lista como ella sola. En verdad congenian de un modo perfecto. Me parece que ese agente te ha tomado la delantera, Lam. Aparte que él está disponible, y tú no.

—¿Dónde está ese Hotel?

—Es el «Ocean Beach» —dijo—. Decide: ¿allá o aquí?

—Allá.

—De acuerdo. Voy a disponerlo todo. En media hora tendré listo el asunto.

Salió y no había transcurrido la media hora cuando se presentó un agente de paisano y me dijo:

—Vamos, Lam. Le seguí hasta un coche patrullero. El agente lo condujo lenta y prudentemente hasta el hotel «Ocean Beach», que se hallaba situado en la zona portuaria, bastante lejos de la escena del crimen y a muchas millas de distancia de la tienda *Happy Daze Camera*.

El agente me acompañó hasta la habitación que se me había destinado. Era espaciosa, bien amueblada y ventilada.

—¿Cuáles son las restricciones que se me imponen? —le pregunté.

—No puede usted salir de aquí.

—Necesito comprar una maquinilla de afeitar, un cepillo de dientes y…

—Ahí, en ese rincón, tiene usted una bolsa de plástico con todo lo que necesita. El aparato televisor es de un modelo excelente. Sobre la mesa tiene los últimos periódicos. Para salir de aquí dispone de uno de estos dos procedimientos: uno, utilizando la puerta frontal, y otro saltando por la ventana hasta la escalerilla de incendio. La puerta frontal estará vigilada por nosotros. En cuanto a la escalerilla de incendios, nadie la vigilará.

—¿Y eso?

—Sería muy desagradable para nosotros permanecer ahí fuera, a la intemperie, vigilando esa escalerilla, aunque francamente, al inspector le gustaría mucho que se escapara usted por esa escalerilla.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque —dijo, sonriendo entre dientes— así se aclararía el caso.

—¿Qué caso?

—El caso contra usted.

—No sabía que existiese un caso contra mí.

—No lo hay, por ahora, pero necesitamos únicamente una pequeña prueba para que lo haya. ¡Y nos vendría de perilla!

—Ya comprendo —le dije—. Al inspector le gustaría que recurriera a la fuga. ¿No es así?

—Claro —dijo el agente—; si se fugase, podríamos detenerle e implicarlo en el homicidio. En este Estado la fuga es una prueba de culpabilidad, esto es, puede ser utilizada por el fiscal para corroborar su acusación.

—Ha sido usted muy amable diciéndomelo. Y se lo agradezco.

—No me lo agradezca. Forma parte de mis instrucciones —dijo el agente, muy risueño—. Queremos estar seguros de que, si usted se larga de aquí, no habrá duda alguna por lo que respecta a la fuga. Puedo testimoniar que se lo dije.

—Muchas gracias.

—La puerta no estará cerrada —dijo—. Puede cerrarla usted por dentro si se siente nervioso. La ventana por donde pasa la escalerilla de incendios está al final del corredor.

—Entonces, la puerta de entrada del hotel…

—Estará guardada por nosotros.

—Bien, me alegro de conocer las reglas del juego —le dije—. Por lo menos conozco las dimensiones de la trampa.

—¿La trampa? —preguntó el agente.

—Claro —le dije—. El inspector daría cualquier cosa porque yo ya bajara por la escalerilla y me fugase. Le encantaría.

—Es posible —dijo el agente.

Y se fue.

Llamé a la Administración y pedí que me sirvieran en el cuarto un cóctel *Manhattan* doble, un filete de ternera con champiñones, unas patatas al horno, una tarta y café.

Me contestaron que me subirían todo lo pedido, menos el cóctel. Tenían órdenes de no servirme bebidas espirituosas.

Puse en marcha la televisión y vi los últimos veinte minutos de un programa de detectives particulares. Luego pusieron el telediario y dieron el parte meteorológico. Finalmente subieron la comida. La despaché y telefoneé para que vinieran a llevarse los cubiertos,

hecho lo cual me puse a ojear los diarios.

Leí algo acerca de un hombre asesinado en el cuarto de un hotel situado en el centro de la ciudad, con los consabidos comentarios. La policía estaba practicando las diligencias propias del caso y había declarado que antes de las «cuarenta y ocho horas» sería detenido el presunto homicida.

Era la usual rutina, conforme a un plan preestablecido. Los periodistas tenían que informar al público y la policía debía hacer lo necesario para demostrar a los contribuyentes que cumplían con su deber.

Ya había anochecido cuando oí que unos nudillos golpeaban suavemente la puerta.

Crucé la habitación y abrí la puerta. En el umbral apareció Hazel Downer.

—¡Donald! —exclamó.

—¡Vaya! ¡Quién lo diría! —exclamé yo—. El mundo es un pañuelo. Entre y aparque sus curvas. ¿Cómo me encontró aquí?

—Le seguí.

—¿Y eso?

—Averiguamos que la policía le había detenido. Mi abogado Madison Ashby llamó desde Los Ángeles y amenazó con un *habeas corpus* si no le ponían inmediatamente en libertad. Le prometieron que lo soltarían en el plazo de una hora y lo llevarían a un hotel.

—Y entonces, ¿qué?

—Vine a San Francisco sin perder contacto con mi abogado. Me llamó y me dio instrucciones. Así, pues, me estacioné delante de la Jefatura de policía. Cuando el agente de paisano le trajo a este hotel, los seguí.

—¿Y entonces…?

—Para no despertar sospechas dejé que pasaran dos horas, fui a aparcar mi coche, cogí un taxi, metí en él algún equipaje y me presenté aquí tan campante; pasé por delante de los agentes de paisano que vigilan la entrada y tomé un cuarto.

—Supongo que no se inscribió con su verdadero nombre…

—Claro que no.

—Hubieran podido reconocerla.

—No lo creo. Aquí no soy conocida.

—¡Quién iba a decirlo! ¡En mi mismo hotel!

—¿Por qué no?

—No sabe cómo me alegro de verla. ¡Y yo que creía que iba a pasar una noche de amarga soledad!

—¿Qué hacemos ahora, Donald?

—¿Qué querría hacer? —le pregunté.

—Querría averiguar qué pasó con el dinero que tenía Standley… ¡Mi dinero!

—¿Qué cree usted que pasó?

—Yo creo que lo cogió Evelyn Ellis, pero no sé. ¡Todo me parece ahora tan embrollado!

Cogí un trozo de papel y escribí en él: «*¡Ojo! El cuarto tiene oídos. Cuidado con lo que dice*». Le puse el papel ante sus ojos y Hazel se echó a reír.

—Bueno, Donald —exclamó—, después de todo, le agradezco lo que ha hecho por mí; ha sido un trabajo duro y creo que deberíamos ahora unir nuestros esfuerzos para encontrar una solución a nuestro caso.

—Entonces, sentémonos —dije— y veremos si puedo conseguir un trago… Pero, ¡maldita sea! No puedo beber, no me servirán ninguna bebida alcohólica.

—¿Por qué? ¿Creen que es usted menor de edad?

—En cierto modo —le dije yo—, me encuentro bajo la custodia de la policía… Una medida de protección a mi persona.

—Dígame, Donald, ¿qué ocurrió? —preguntó.

—Tengo que pensarlo —dije—, desenredar mis ideas y ordenarlas. Siéntese ahí. Voy a empolvarme la nariz. En seguida estoy con usted.

Se sentó en la cama turca. Llevé un dedo a mis labios y fui a sentarme a su lado. Arranqué una hoja de mi agenda y escribí en ella:

«Déjese guiar por mí. Cuénteme las cosas más extraordinarias que se le ocurran, pero no me diga nada que no quiera usted que sepa la policía. Probablemente tiene instalados tres micrófonos separados en este cuarto. Yo le expondré ciertos hechos, pero mucho cuidado con lo que responde a ellos. No me haga preguntas específicas porque, tal vez, no me sea posible contestarlas».

Después de que hubo leído la nota, la hice trozos y me fui de puntillas al cuarto de baño, arrojé al water los trozos, hice rechinar el pomo de la puerta, volví a la cama turca y le dije a Hazel:

—¡Vaya! ¡No puede figurarse lo contento que estoy de verla! Estaba pensando con terror en la velada solitaria que me esperaba.

—¿Puede decirme qué ocurrió, Donald?

—Naturalmente —dije—, pero no puedo decírselo todo, hay cosas que quiero reservarme. Sin embargo, he aquí, en resumen, lo que me pasó. Vine a San Francisco en busca de su amor perdido y me encontré con que lo habían asesinado. Entonces me puse a desentrañar el caso. No porque me interesara en absoluto el crimen, sino por su relación con los cincuenta mil dólares que usted me mandó buscar. Dígame, Hazel, ¿estaba usted enamorada de él?

—Claro que lo estaba —dijo. Y agregó—: Soy muy enamoradiza. Y cuando una persona tiene cincuenta mil dólares, me enamoro de ella con mucha facilidad.

—¿Está usted segura de que los tenía?

—Claro que los tenía. Nadaba en dinero.

—Me refiero exclusivamente a esos cincuenta mil dólares. ¿Los tenía, si o no?

—Los tenía, y mucho más, Donald. Montones de dinero. A mí me prometió sesenta mil.

—¿Se los prometió?

—Sí. Iba a dármelos, como una especie de compensación.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Ya puede figurárselo. Me dijo que iba a hacer esto y lo otro y lo de más allá, pero pasaba el tiempo y sus promesas eran cada vez más vagas. Hasta que me enteré de lo de Evelyn Ellis. Para hacer estos descubrimientos las mujeres tenemos un instinto infalible.

—Bien, ¿y qué sucedió?

—Si quiere que le diga la verdad, Donald, cometí un grave error. No jugué mis cartas como debía. En lugar de batir a esa mujer en su propio terreno y con sus mismas armas, hice lo peor que podía hacer.

—¿Qué hizo?

—Le hice una escena tremenda, de insultos, lágrimas, recriminaciones, en fin, una de esas escenitas clásicas que solemos hacer para ganarle la mano a nuestra, rival.

—Prosiga.

—Después de esta escena, Standley se dispuso a largarse. Creí que me dejaría algún dinero, pero el canalla se eclipsó dejándome en la indigencia. Por eso encargué a usted que me lo encontrara. Si lo hubiera encontrado, estoy segura de que le habría sacado algún dinero.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Como ya le he dicho, me había prometido sesenta mil dólares para que pudiera rehacer mi vida. Probablemente le habría sacado veinte o quince mil, por lo menos. Confieso que no fui sincera con usted. Reconozco, Donald, que la rectitud no es una de mis virtudes esenciales.

—¿Cómo se las habría arreglado para que cediera?

—Sabía demasiadas cosas acerca de él.

Le guiñé un ojo y dije:

—Escúcheme bien, Hazel. Quiero que me diga la verdad. ¿Cree usted que estaba complicado en el robo al camión blindado?

—No, Donald, en absoluto. Pondría mi mano en el fuego.

—Dígame toda la verdad. ¿Conocía usted a Baxley?

—Me llamó una o dos veces. No sé cómo consiguió mi número.

—¿No concertó ninguna cita con él?

—No, por Dios. Ni una sola.

—Me dijo usted que le había dado el sí a Standley frente a un altar. ¿Es esto cierto?

—No.

—¿Jamás se casó con él?

—Le di el sí, desde luego, pero fue en un automóvil, no frente a un altar.

Garabateé en una hoja de mi agenda: «*Siga hablando. Sobre cualquier cosa. Sin parar*». Me miró con ojos escrutadores y prosiguió:

—Me imagino lo que pensará de mí. Que no soy más que una golfanta, y tal vez tenga usted razón. Pero supongo que no tendrá ni idea de lo que significa para una mujer haber perdido el derecho a tener las únicas cosas que ansía: la seguridad y la protección de un hombre. Conocí a Standley. Fue bueno conmigo y, además estaba cargado de dinero. No sé cómo lo ganaba, pero tengo una ligera idea de que estaba asociado con otro y explotaban un negocio de

apuestas. Estaba enamorado de mí. Iba a hacer muchas cosas en favor mío. Me dio algún dinero y creí que me daría mucho más, dada la facilidad con que lo ganaba. Me prometió una y otra vez que aseguraría mi futuro y que me haría una donación de sesenta mil dólares.

—¿Cincuenta o sesenta? —le pregunté.

—Sesenta —me respondió.

—Siga hablando —le dije. Charló sin cesar, durante un rato, y mientras lo hacía escribí este mensaje:

«Están siguiendo nuestra conversación. Incluso la registrarán en una cinta magnetofónica. Tengo precisión de irme de aquí. Es lo que ellos quieren que haga porque, fugándome, tendrían una prueba de mi culpabilidad. Ahora bien, lo que yo quiero que usted haga es simular que se va del cuarto, pero yo seré quien salga. Cerraré la puerta como si usted se fuera. Despídase de mí. Seguidamente volverá a entrar en la habitación y se moverá en ella procurando hacer ruido. Encienda la televisión, y, de vez en cuando, cambie de estación, para que sepan los que están escuchando que hay alguien en el cuarto. Vaya al cuarto de baño y tire alguna vez de la cadena. Tosa, pero, desde luego, que no oigan su voz. Estará hasta media noche pendiente de la televisión y cambiando con frecuencia de estación. Entonces, si no he vuelto todavía, váyase a la cama. De vez en cuando, tosa. No corra el pestillo de la puerta para que pueda yo entrar. ¿Puede hacer esto? Creo que podré ayudarla, si lo hace, pero lo que sí le aseguro es que, haciéndolo, me ayudará usted mucho».

Leyó la nota y continuó hablando, como si no se hubiese enterado.

—Donald —me dijo—, me es usted extraordinariamente simpático. Sé que puedo fiarme de usted: me lo dice el corazón, que muy pocas veces me engaña. Haría cualquier cosa por usted, para demostrarle mi completa confianza.

Movió la cabeza afirmativamente para dar mayor fuerza a su aserto.

—Vuelvo a preguntarle —le dije— si existe la más mínima posibilidad de que Standley estuviera confabulado con Baxley y que

entre los dos robaran al…

—No sea necio, Donald —me interrumpió—. Standley no era ese tipo de hombre. Era un jugador, un tahúr, si usted quiere, y francamente, Donald, no creo que pasara de ahí. Tenía un don especial para ganar dinero. Jamás conocí a un hombre que manejara tanto dinero como Standley Downer. Me había encariñado con él y, tal vez, me hubiera enamorado de él de verdad si no hubiera sido por esa Evelyn Ellis que se atravesó en su camino.

»De todos modos, llegué a conocerle muy bien cuando vivíamos juntos. Standley era un hombre muy inquieto. Jamás estaba satisfecho y sólo le gustaba el cambio y el movimiento. No podía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Estoy convencida de que Downer por nada ni por nadie en el mundo habría sentado la cabeza.

»Lo que me irrita de Evelyn Ellis es que no era más que una tunanta que sólo buscaba dinero. Sí, ya sé lo que piensa usted… También soy yo una tunanta que lo busca. Pero, créame, Donald, lo que me ha perdido es que en esa búsqueda he puesto más veces el corazón que la cabeza.

—¿Ha habido muchos hombres en su vida? —le pregunté.

—Sí, más de los debidos —dijo—. No muchos, en un sentido, pero en otros, demasiados. Quiero decir que ningún hombre se acercará a mí con la idea de llevarme al altar, vestida de blanco. En una palabra, ningún hombre sano se decidirá a casarse conmigo. Soy una mujer entretenida, que es como decir una mujer marcada para toda la vida.

—Comprendo lo que debió sentir a propósito de Standley —dije.

—Es usted un hombre muy comprensivo, Donald.

Moví mi cabeza, y con un gesto señalé la puerta.

—Bueno, Donald —dijo—, tengo que irme. Ya he visto a usted y he podido decirle lo que quería. ¿Sabe usted, Donald? Mi mayor deseo es que *usted* me comprenda. Ahora bajaré a mi cuarto y escribiré algunas cartas, y luego me acostaré. ¿Le veré por la mañana?

—¿Por qué no ha de verme? —le contesté—. Si quiere, desayunaremos juntos.

—¡Donald! Quiero que sepa lo mucho que aprecio su lealtad y su espíritu comprensivo y… y voy a darle un beso de despedida.

Fuimos a la puerta. La abrí.

—Buenas noches, Donald —me dijo.

—¿No se queda un rato más, Hazel? —le pregunté muy serio.

Se echó a reír y respondió:

—Bien quisiera, Donald, pero no puede ser. Seré… podré ser una mujer entretenida, Donald, pero no una mujer galante. Quiero que guarde de mí una buena impresión. Quiero… En fin, no sé lo que quiero. Le veré mañana por la mañana. Buenas noches, Donald.

Me besó en los labios. Fue un beso en toda la extensión de la palabra.

Me fui y ella cerró la puerta. Bajé al cuarto de Hazel y, con el llavín que ésta me dio, abrí la puerta y entré en el mismo. Permanecí allí unos minutos, salí y fui a examinar la escalerilla exterior de incendios. Me asomé y vi que todo estaba en orden para la fuga.

La escalerilla, como todas las destinadas a este uso, zigzagueaba a través de la fachada del edificio. La sección de abajo estaba montada sobre un potente muelle que mantenía el extremo de la escalerilla lo suficientemente alto para que no pudiese alcanzarse desde el suelo. No obstante, cuando una persona bajaba por ella, el peso de su cuerpo hacía que esta última sección alcanzase el suelo.

Recorrí el pasillo hasta encontrar una alacena para el servicio del hotel. Estaba cerrada, pero no me amilané. Eché mano de un calendario de bolsillo de celuloide, del tamaño de una tarjeta de visita. Lo introduje por el resquicio de la puerta y, como era tan sólido como flexible, pude con él echar atrás la aldabilla del picaporte.

Examiné el interior de la alacena y encontré lo que buscaba: un pequeño rollo de cuerda.

Volví a la escalerilla de socorro, hice un nuevo reconocimiento y comencé a bajar por ella hasta llegar a la última sección.

Cautelosamente bajé los últimos peldaños. El peso de mi cuerpo hizo que la última sección de la escalera metálica tocara el suelo.

Sabía muy bien a lo que me exponía. Hacía lo que la policía deseaba que hiciese, o sea, emprender la fuga. Pero no tenía más remedio que correr este albur si quería recuperar aquellos cincuenta billetes grandes que me habían escamoteado.

Antes de abandonar el último peldaño de la escalerilla metálica,

até a él con un nudo el extremo de la cuerda, salté entonces al suelo. Aliviado de mi peso, la última sección de la escalerilla, impulsada por el muelle, ascendió lentamente hasta situarse en la posición primitiva, a unos cinco metros del suelo.

La cuerda quedó colgando a dos metros del pavimento. Con un pequeño salto podría cogerla cuando regresase.

Caminé en torno al edificio, hallé un callejón, lo recorrí hasta el final y me encontré en una calle que desembocaba en la playa. Cerca de ésta encontré un taxi.

Le dije al chófer que se dirigiera al centro. Yo le iría indicando la dirección que debía tomar, pues no recordaba el nombre de la calle a donde quería ir.

A medio camino del centro, y como viera una cabina telefónica pública, le mandé parar. Telefoneé al piso de Ernestina.

Me contestó una voz femenina.

—¿Ernestina? —pregunté.

—Un momento. Voy a llamarla.

Me imaginé que era, o bien Bernice, o la mujer policía que había sido designada para pasar la noche con Ernestina.

Unos momentos más tarde oí la voz de Ernestina, que sonaba con una ligera nota de cautela:

—Diga.

—No mencione nombres, Ernestina —le dije—. ¿Está usted sola?

—No.

—Sé que Bernice está ahí. ¿Les acompaña alguien de la policía?

—No; sólo estamos Bernice y yo.

—Le habla Donald —dije—. Quiero verla.

—¡Donald! —exclamó—. ¡Oh Donald, si supiera las ganas que tengo de verle! ¿Puede venir?

—Ahora mismo voy —dije.

—¡Oh Donald! ¡Tengo tantas cosas que decirle! ¡He pasado un día memorable, sensacional! No puede usted imaginarse lo maravilloso, lo…

—No siga, Ernestina —le dije—. No sé si su teléfono está intervenido o no. Si lo está, no podrá verme porque en cuanto salga del taxi me echarán el guante. Si consigo llegar hasta su cuarto, es que todo va bien. Abra la puerta en cuanto la golpee con mis nudillos, y, si es posible, quisiera hablar también con Bernice.

—¡Claro! Bernice está también terriblemente interesada. Ella…

—Ya me lo contará todo cuando llegue ahí —le interrumpí.

Colgué, volví al taxi y simulé nuevamente desconocer el lugar a donde me proponía ir.

—Sigo sin conocer el nombre de la calle —dije al taxista— pero no importa. Una vez hayamos llegado al centro de la ciudad le iré indicando la dirección que debemos tomar para alcanzar la calle en cuestión. La reconoceré en cuanto la vea. He estado allí un par de veces, pero he olvidado por completo su nombre.

El chófer cooperaba con entusiasmo… y también con curiosidad. Si había lugares en aquel distrito que no conocía, no estaba dispuesto a seguir ignorándolos.

Después de recorrer un sinnúmero de calles, le ordené repentinamente que se detuviera.

—Ese edificio es —le dije.

El chófer detuvo el coche y echó un vistazo a la casa. Le pagué y entré en ella.

Apuesto a que Ernestina se hallaba sentada junto a la puerta, con el pomo de ésta en la mano. Al primer golpe que di con los nudillos la puerta se abrió de par en par. Penetré en el piso.

—¡Oh Donald! —exclamó—. ¡No sabe lo emocionada que estoy! Donald, ésta es Bernice. Ya sabe quién es.

Bernice era una muchacha sensacional, una morena con grandes y hermosos ojos y unas curvas que parecían querer salirse de la tela que las envolvía. Sabía muy bien mover sus ojos y exhibir sus *nylons* ventajosamente.

—Está bien —le dije a Ernestina—; ¿qué ocurrió hoy?

—Bernice está dispuesta a ayudarnos, Donald.

Miré a Bernice.

Bernice pestañeó dos veces y sonrió: una sonrisa trémula, anhelante.

Era fácil de ver que Bernice no tenía necesidad de comer en la casa en compañía de su amiga, a menos que se empeñase en ello.

—¿Y usted… no está también dispuesta a ayudarme, Ernestina? —le pregunté.

—Desde luego —me dijo—, aunque…

—¿Aunque qué? —le pregunté.

—¿No sabe usted? Estoy cooperando con la policía.

—¡Vaya, vaya!

—Eso me dijeron. Están investigando un caso de asesinato y… ya sabe usted cómo son esas cosas.

—Claro —dije—. Me hago cargo perfectamente. —Me volví hacia Bernice—. ¿Y qué me dice usted? —le pregunté.

Volvió a agitar las sedosas pestañas, y con un movimiento púdico, hizo bajar su falda dos centímetros.

—¿Qué puedo hacer yo? —me preguntó.

—Querría saber algunas cosas a propósito de Evelyn Ellis —le respondí—. Esas cosas que, según las reglas del hotel, no pueden divulgar las señoritas telefonistas.

—He dicho a la policía todo lo que sabía.

—Todo no —le dije, tratando de seguir las indicaciones que me había sugerido Ernestina—. ¿Qué me dice de la vida amorosa de Evelyn?

—Poco puedo decirle acerca de eso —me respondió—, aunque, a decir verdad, hay ahí mucha tela que cortar.

—Pues córtela —le dije—. Con ello ayudará usted mucho a Ernestina. Ande; cuénteme todo lo que sepa.

—Bueno. Evelyn no es una niña… Tiene más de veintiún años. Quiero decir con esto que no es una chica inexperta… ¿O cree usted que lo es?

—Yo no creo nada —le dije—. Pero no le estoy preguntando si Evelyn es virgen o no.

—Yo creía que era eso lo que usted quería saber.

—Bernice —le dije—, ¡déjese de rodeos!

—¿Qué quiere usted saber?

—Algo a propósito de un fotógrafo japonés —le dije.

—¡Oh! ¿Se refiere usted al individuo que habla a saltitos…? Es amabilísimo.

—Bueno —le dije—, ¿qué sabe usted acerca de él?

—Nada. Jamás le he visto. Conozco sólo su número de teléfono. Es el gerente de la *Happy Daze Camera Company*. Ella le ha llamado muchas veces. Toman fotografías de modelos y son los que se han encargado de sus fotos publicitarias.

—¿Son muy amistosas sus relaciones?

—¡Ya lo creo!

—¿Hasta qué punto lo son?

—No creo que ella esté muy encaprichada por él, si es eso lo que usted quiere saber, pero… son unas relaciones muy raras. El amarillo, al parecer, está chiflado por Evelyn. Besaría el suelo que ella pisa. Es su musa, su fuente de inspiración. Apostará cualquier cosa a que ese bodoque cree que Evelyn es una muchacha honrada a carta cabal, pura y virginal como un copo de nieve.

—¿Han hablado muchas veces por teléfono?

—Ella le llama con bastante frecuencia, y oigo la voz del japonés que le responde.

—¿De qué hablan?

—No lo sé. No les escucho.

—Bien. Vamos a hacer una cosa —le dije—. Voy a pedir una conferencia. Cuando sepa lo que cuesta, le abonaré el dinero. Pero deseo que usted Bernice, haga la llamada a su nombre. Luego hablaré yo.

—¿A quién he de llamar? —me preguntó.

—A Carl Dover Christopher, presidente de la empresa *Christopher, Crowder y Doyle*, de Chicago. Le llamará a su domicilio particular. No le será difícil encontrarlo. Es un hombre rico, muy importante.

Se echó a reír y dijo:

—Su número de teléfono, si quiere saberlo, es Madison 6-497183.

Disimulé lo mejor que pude mi sorpresa y dije, con tono indiferente:

—Sin duda, ese número lo ha pedido ya el inspector Hobart, ¿no es así?

—Que yo sepa, no —replicó—; lo único que sé es que ese hombre está que sorbe los vientos por Evelyn. Porque, no sé si está usted enterado, Evelyn tenía un empleo de secretaria o algo así en una empresa importadora, y fue descubierta por un hombre de relaciones públicas que necesitaba una modelo que le sirviera de anzuelo para una campaña de publicidad. Usted ya sabe cómo se hacen esas cosas. Un fotógrafo de la Prensa busca siempre algo que llame la atención, que salte a la vista. No hay un periódico que le publique la foto de una Convención de ferreteros. Tiene que ser…

—Sí, sí, me lo imagino —le interrumpí, impaciente—. Háblame de Carl Christopher.

—Bueno, sé que se encontraron allá, en Chicago, y que fue él quien la hizo participar en el concurso.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cuando vino a San Francisco en viaje de negocios, aproximadamente unas tres semanas después de la Convención, la telefoneó al hotel. Ella estaba en Los Ángeles en esos días y se ingenió para que viniera aquí a verle. Vino y se inscribió con el nombre de Beverly Kettle. Ésta fue la primera vez que supe que usaba otro nombre, además de el de Evelyn. El señor Christopher solía llamarla con el nombre de Evelyn Ellis. Nos avisó a las telefonistas que cada vez que llamaran a Evelyn Ellis la pusieran a ella. Nos dijo que, si bien estaba inscrita en el hotel con el nombre de Beverly Kettle, Evelyn Ellis era su nombre artístico.

—¿Estuvo viviendo algún tiempo con Cari Christopher? —le pregunté.

—Tenían cuartos en la misma planta del hotel. A nadie se le ocurrió mirar por el ojo de la cerradura. El señor Christopher es un hombre muy importante. Es el presidente de una gran fábrica de cuchillería, pero…, en fin, estaba agasajando a clientes suyos y era natural que se agasajase a sí mismo. En resumen, eran muy amigos y sé que desde aquí le ha llamado docenas de veces.

—¿A la fábrica? —le pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Y por qué no el inspector Hobart…?

—¡Oh, a la fábrica no! —me interrumpió Bernice—. Le llamaba al club. Ése es el número de su casa. Vive en un club. Es viudo y tiene un teléfono particular en el club. La señorita Ellis hace sus llamadas de estación a estación.

Fui a sentarme en la cama turca.

—¿Quiere usted que le llame? —preguntó Bernice.

Lo estuve pensando más de un minuto y le dije finalmente.

—Sí; quiero que usted le llame.

Fue al teléfono, hizo la llamada y no habían transcurrido dos minutos cuando me llegó al oído una voz masculina desbordante de autoridad.

—Señor Christopher —dije yo—, le habla un investigador que está trabajando en ese caso de homicidio de San Francisco y…

—¡Por vida de…! —gruñó la voz—. ¿No pueden dejarme tranquilo de una vez? He estado hablando todo el día con

inspectores y detectives. Les dije ya todo lo que sabía. Me tomé incluso la molestia de recoger, personalmente, todos los antecedentes del caso para que no hubiese…

—No es de eso de lo que quería hablarle —le dije.

—Bien, ¿qué es lo que quieren ahora?

—¿Hizo usted estos últimos días remesas especiales de muestras para servir algún pedido de índole personal?

—No.

—¿Le ha llamado alguien para pedirle que le remita con urgencia una muestra de…?

—No.

Pensé en el inspector Hobart; en su condena de los atajos y en su apología de la labor policiaca, metódica y rutinaria.

—Muy bien, señor Christopher, lo lamento. Siento en el alma haberle molestado. Por lo visto estaba siguiendo una pista falsa.

—Por favor, dejen ya de importunarme —dijo el importante señor—. Si hubiera sabido que este cuchillo iba a acarrearme tantos disgustos, no lo habría presentado. Aunque, en verdad, es un artículo de primer orden.

—¿De venta fácil?

—Aquí, en el Este, se está vendiendo como panecillos calientes.

—¿Y acá, en la costa?

—No. Tenemos todavía sin servir muchos pedidos en el Este y nuestras remesas están muy limitadas. Estos cuchillos tienen un acero especial y no podemos despacharlos como los demás, esto es, como la cuchillería ordinaria. Éste es un artículo de alta calidad.

—¿Ha dicho usted que sus remesas son limitadas? —pregunté.

—Sí, eso he dicho —respondió—. Este artículo no lo fabricamos. Lo vendemos. Es un producto importado del extranjero.

—¿De dónde? —le pregunté.

—Del Japón. Las hojas están hechas en Suecia. Los mangos en el Japón.

Apreté con fuerza el receptor.

—¿De dónde dice usted que vienen?

—Del Japón —repitió—. ¿Qué le pasa? ¿No me oye usted? Yo le oigo a *usted* perfectamente.

—¿Puede usted darme el nombre de la empresa que fabrica ese artículo?

—Así, de improviso, no —me dijo—. Es uno de esos endiablados nombres, tan difíciles de retener en la memoria.

—¿Cómo llegó a sus manos este artículo? —le pregunté—. En otras palabras, ¿cómo fue que un artículo manufacturado en el Japón pudo llegar a ser distribuido por una empresa cuchillera de Chicago?

—Porque la amplitud de nuestro mercado nos permite la distribución de cualquier artículo, siempre que sea de gran calidad. Éste nos lo ofreció una gran empresa importadora japonesa que radica aquí, en Chicago.

—¡Oh; sí! —dije—. Ahora recuerdo… Era allí donde estaba empleada «*Miss* Ferretería americana».

—Creo que sí: la *Compañía Importadora Mizukaido*.

—Una gran empresa, según dicen.

—Sí. Grandes importadores. Representan a un sinnúmero de fabricantes japoneses de artículos diversos: cámaras, anteojos, prismáticos y, sobre todo, cuchillería de alta calidad.

—Gracias —le dije—. Siento haberle molestado. Haremos lo necesario para que no se le importune más.

—Recomiende a sus hombres una mayor cohesión en su trabajo… ¿Cómo dijo usted que se llamaba, inspector…?

Muy suavemente colgué el receptor.

—¿Qué tal le fue, Donald? —me preguntó Ernestina.

—Lo malo de este trabajo de investigación —dije— es que uno se inclina a usar más la lógica que la imaginación.

—¿Qué quiere usted decir? —me preguntó.

—Todos —le respondí— han ido en busca del distribuidor que vende estos cuchillos: *Christopher, Crowder y Doyle*. A nadie se le ha ocurrido averiguar quién o quiénes suministraron estos cuchillos a *Christopher, Crowder y Doyle*, o cuándo llegaron al país las primeras muestras de este artículo. Además, sólo a un idiota como yo se le podía ocurrir invertir los términos del problema. A una chica no se la elige reina de toda una convención de ferreteros y se le convierte a continuación en «*Miss* Ferretería americana», para fotografiarla *después* en bañador. Las fotografías en bañador se hacen antes.

—Claro que se hacen antes —dijo Bernice—. Yo traté una vez de tomar parte en uno de esos concursos. Era una convención de sociedades de crédito. Todas las solicitantes debían acompañar a sus

solicitudes una fotografía en bañador.

—¿Ganó usted? —le pregunté.

—No.

—¿Y eso?

—Fui una tonta. Creí que en la fotografía debía exhibir el bañador con el que me presentaría ante el jurado, el día del concurso. Las otras chicas fueron más listas que yo.

—¿Llevaban bikinis?

—Eso es. Y además microscópicos —dijo—. Mientras más pequeños, mayor era la ilusión de los que componían el jurado.

—Oiga, Bernice —le dije—. Tengo que entrar en el hotel, y he de hacerlo sin que nadie se entere. Usted conoce muy bien a todo el personal del mismo. Y, con seguridad, al jefe de los «*botones*» que hace el servicio de noche. Quiero hablar con él por teléfono.

—Pero ¿por qué no va derecho al hotel y se…?

—Imposible —intervino Ernestina—. Está vendido. Si se enterase de que anda por ese chamizo, la «polilla» le echaría la zarpa. Tiene que entrar sin que nadie lo sepa.

La miré, muy serio, reprimiendo mi risa ante aquel despliegue de palabras de jerga con las que le habían familiarizado las películas de gángsters de la televisión. No había que ver más que su expresión animosa y sus ojos llameantes para darse uno cuenta del nuevo interés que le ofrecía ahora la vida.

—Conozco muy bien al jefe de «*botones*» que se encarga del servicio de noche —dijo Bernice—. He salido con él un par de veces.

—¡Magnífico! —exclamé yo—. Entonces hará lo que usted quiera.

—No sé. El caso es que yo no hice lo que él quería.

—Mayor motivo para que en esta ocasión haga lo que usted le pida —dije—. Comuníquese con él. Dígale que se trata de un favor muy grande.

—¿Qué quiere usted de él?

—De momento, hablarle.

Bernice marcó el número del hotel y dio el nombre del jefe de los «*botones*». Luego me pasó el receptor y me dijo:

—Se llama Chris.

—¡Hola, Chris! —saludé—. Deseo que me haga un favor.

—¿Quién habla?

—Un amigo de Bernice.

—¿Sí, eh? —exclamó. Me di cuenta de que súbitamente se congeló su voz.

—Hacía años que no la veía —dije—. Yo soy de Los Ángeles. He venido a verla precisamente porque quería saber cómo se llamaba usted.

—¿Sí, eh…? —dijo.

Esta vez vibraba una nota de curiosidad en su voz, ya descongelada.

—Necesito entrar en el hotel —proseguí—. Tengo aquí un billete de cincuenta «pavos» que me está diciendo que puedo contar con su ayuda.

—Me gustaría ver de cerca ese documento tan elocuente —me dijo—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Quiero que venga al piso de Bernice y me traiga un uniforme de «*botones*». Me lo pondré e iré al hotel con usted.

Hubo un silencio. A renglón seguido dijo:

—Esto podría acarrearme un disgusto.

—No, si se toman las debidas precauciones.

—A pesar de todo, la gente por aquí es muy curiosa y…

—Como usted quiera —le dije—. Para mí es una cuestión de negocio. Escribo en una revista y estoy trabajando en un relato relacionado con el crimen que se ha cometido en el hotel. Puedo venderlo por quinientos dólares. Estoy dispuesto a pagar algo en concepto de gastos, pero no voy a darle a *usted* todas *mis* ganancias y, además, tener que liquidar la parte que corresponde al Gobierno. Si no quiere hacerlo, conforme; no he dicho nada.

—Sí. Estoy dispuesto a hacerlo —asintió, presuroso.

—Está bien —le dije—. Traiga el uniforme al piso de Bernice. Porque supongo que podrá procurarse un uniforme.

—Desde luego, pero no conozco sus medidas. Yo…

—Bernice se lo dirá —le interrumpí.

Me volví hacia Bernice y le dije:

—Bernice, usted conoce a todos los «*botones*» del hotel. ¿Hay entre ellos alguno que tenga aproximadamente mis dimensiones?

Bernice me examinó de arriba abajó, y respondió:

—Dígale que traiga un uniforme que le quede bien a Eddie.

—Bernice me dice que el uniforme tiene que ser…

—¡La he oído! —me interrumpió—. De modo que está ahí, ¿eh? ¿Hace mucho que está usted en el piso?

—Acabo de llegar.

—De acuerdo —dijo—. Voy para allá corriendo.

Bernice parecía pensativa y un tanto preocupada, pero Ernestina, febril de entusiasmo, iba y venía por la habitación, se sentaba un minuto, se levantaba e iba a la cocina una y otra vez a tomar un buche de agua.

Antes de que llegara Chris, tuve tiempo para trazar mentalmente un plan de batalla.

Después de ver a Chris, comprendí y justifiqué las prevenciones de Bernice. Escrutó a ésta como pudiera hacerlo un ganadero que quisiera llevarse a su rancho a una ternerilla de bella estampa. Para él Bernice era una buena adquisición.

El uniforme me sentó como si estuviera hecho a mi medida.

Di a Chris el billete de cincuenta dólares. Tenía abajo su propio coche.

—Deseo que me preste un par de maletas —le dije a Ernestina.

Me entregó las dos maletas; una era de ella y la otra de Bernice.

—¿Nos las devolverá? —preguntó Bernice, recelosa.

—Naturalmente, Bernice —le dijo Ernestina antes de que yo pudiera pronunciar una palabra—. El señor Lam es…

Le lancé una rápida mirada de advertencia.

—… un escritor de mucho renombre —rectificó Ernestina—. Has leído muchas de sus crónicas en las revistas. Tu maleta está en sus manos tan segura como si estuviera en el armario.

Metí en las maletas algunos periódicos y revistas para darles peso.

En el camino al hotel le dije a Chris:

—Quiero, además, que me procure una llave maestra y…

—¡Eh, pare el carro, amigo! —dijo—. No damos llaves maestras a *nadie*.

—Creí que la llave maestra estaba incluida en los setenta dólares.

—*¿Setenta?* ¡Usted me dio sólo cincuenta!

—¿Cómo? ¿No le di setenta?

—Fueron cincuenta.

—Bueno. Mi intención era darle setenta. Claro que esto incluía la llave maestra.

—¡Vaya! —Accedió, por fin—. Sabe usted tocar el corazón a la gente.

—Cuando entre con las maletas —le dije—, salga usted a mi encuentro y me entrega la llave.

—Está amarrada a un llavero de metal enorme —dijo.

—No me importa dónde esté amarrada —repliqué—. Quiero la llave maestra.

—Podría costarme el empleo.

—Bueno —dije yo entonces—, tal vez tenía razón y era sólo un trabajo de cincuenta dólares.

—Está bien —exclamó—. Deme los veinte restantes.

Se los di.

Entramos en el hotel y yo avancé por el vestíbulo con las dos maletas, hundida la cabeza en los hombros, como si las maletas estuviesen cargadas de plomo.

Chris se apartó de mí, fue a la mesa del recepcionista, cambió con él unas breves palabras y volvió adonde yo estaba, trayendo en la mano una llave maestra, encadenada a una chapa de metal de regulares dimensiones.

Me entregó la llave y se alejó.

Yo entré en uno de los ascensores, y le hice subir al piso séptimo. Una vez allí, comencé a llamar a las puertas.

La primera que golpeé con los nudillos se abrió para dar paso a un hombre muy corpulento, en camiseta y descalzo.

—¿Llamó usted al jefe de «*botones*» para que le trajeran estas maletas? —pregunté.

—¡No! —me respondió, y cerró de un portazo.

Llamé a dos cuartos más con un resultado análogo.

En el tercer cuarto no me contestaron. Después de asegurarme de que nadie me abriría, me serví de la llave maestra y abrí la puerta.

La cama estaba hecha y colgadas en su sitio las toallas limpias. Ningún equipaje a la vista. Era un cuarto desocupado.

Dejé en él las maletas y la llave maestra. Hice lo necesario para sujetar el pestillo, de modo que se pudiera abrir la puerta desde fuera, salí al pasillo y me encaminé a la habitación de Evelyn Ellis.

Pegué el oído a la puerta y escuché. Quería cerciorarme de que no tenía compañía. No oí voces.

Di en la puerta unos golpes discretos.

Evelyn abrió la puerta.

Estaba envuelta en una gasa transparente que, por efecto de un contraluz violento, parecía el aura que rodease un cuerpo desnudo. Pude darme cuenta de que se había arreglado con vistas a producir un efecto impresionante. Hasta el mismo contraluz parecía estudiado para robustecer el efecto, que, desde luego, era sensacional. Evidentemente estaba esperando a alguien a quien se había propuesto electrizar.

—¡Usted! —exclamó, y trató impulsivamente de cerrar la puerta.

Eché el hombro por delante, empujé la puerta, y apartándola a un lado, entré en el cuarto.

Me lanzó una mirada venenosa.

—¡De modo que se ha convertido ahora en «*botones*»! Bien, señor Lam, salga de aquí, pero al instante —dijo—. De lo contrario…

—¿Llamará otra vez a la policía? —le pregunté—. *Eso* sí que sería interesante.

—¡Maldito sea! —exclamó.

—Siéntese, Evelyn —le dije—, y tómelo con calma. Recuerde lo que dicen los chinos: «Esperemos, sentados, lo inevitable».

—Sí —dijo ella—, he oído eso muchas veces.

Tomé una silla y me senté.

—Primero —dije—, pongamos las cosas en orden. ¿Quién es su amigo en la *Compañía Importadora Mizukaido*?

Me respondió, convulsa:

—¡Podría escupirle a la cara! ¡Es usted el tipo más odioso, más despreciable, más…!

—¡Basta! —dije yo, cortándole la palabra—. No se sulfure y escuche: tiene que saber por qué me encuentro aquí. Quiero ayudarla y esta vez no le valdrá el truco de rasgarse las vestiduras. Lo crea o no, ¡está usted en un aprieto!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Va a saberlo —le dije—. Mi mujer y yo tomamos el piso que usted ocupaba en Los Ángeles al día siguiente de dejarlo usted. Yo metí mi baúl en el garaje. Puedo probar que usted, deliberadamente, cambió los baúles para que Standley Downer

cogiera mi baúl en lugar del suyo. Luego se ingenió para que el baúl de él se lo mandaran a usted. En un compartimento secreto del mismo halló cincuenta mil dólares, se los apropió y mandó a paseo a Standley Downer.

»Usted estaba empleada en la *Compañía Importadora Mizukaido*, de Chicago. Allí se encontró con Carl Christopher. Era un hombre muy influyente en la industria ferretera. Se interesó por usted. Usted se dejó querer. Luego apareció Jasper Diggs Calhoun, el hombre de relaciones públicas, con la idea de una "*Miss* Ferretería americana". Ésta serviría de anzuelo para una enorme campaña de publicidad en torno a la convención de los ferreteros. Me imagino que el señor Christopher formaba parte del comité calificador y que ya había hecho de antemano su selección.

»Fue, pues, la elegida. Gracias a su influencia fue nombrada "*Miss* Ferretería americana", y toda la publicidad giró en torno a su deslumbrante palmito. Es lógico pensar que, de un modo u otro, le expresó usted su agradecimiento.

—Bueno, ¿y qué? —dijo—. Gané el concurso por mis propios méritos, ¿no lo cree?

—Quisiera creerlo —le respondí.

Me lanzó una mirada escrutadora, larga, penetrante.

—¿Quiere echarles un vistazo? —exclamó, desafiante. Se puso de pie y sus manos comenzaron a enredar en el vestido. Se detuvo un instante y, entornando los ojos, seductora, añadió—: ¿Y bien, Donald?

—¿Trata de cambiar de conversación? —le pregunté.

—¿Usted qué dice? —me interrogó a su vez.

Fue en este momento cuando la puerta, que no había quedado cerrada por completo, se abrió de golpe, de par en par, y Bertha Cool, vestida de gris, como un viento huracanado, entró en la habitación.

—No te molestes, cariño —exclamó, dirigiéndose a Evelyn—. Y no te aligeres más de ropa, que ahora no vas a tratar con un hombre. Ahora vas a hablar conmigo.

—¿Quién es usted y qué ha venido a hacer en mi cuarto? —exclamó Evelyn—. ¿Cómo se atreve a invadir mi domicilio? ¿Con qué derecho…?

Bertha avanzó hacia Evelyn y le dio un manotazo en el pecho.

Evelyn perdió el equilibrio y cayó sentada en la cama turca.

—¡A mí con truquitos de comedianta barata! —exclamó Bertha —. ¡Y agradéceme que te llame comedianta barata, en lugar de emplear la palabra que te corresponde, y que sólo tiene cuatro letras!

Bertha se volvió hacia mí.

—He estado ahí fuera el tiempo suficiente para oír el resumen que hacías de la situación. Ahora dime: ¿qué diablos andas buscando?

—En este preciso momento —le dije— estoy buscando al asesino de Standley Downer. Y cuando estaba ya a punto de despejar la incógnita, vienes tú y, como un seísmo fuera de programa, lo echas todo a rodar.

—¡No seas más idiota de lo que marca la ley! —dijo Bertha—. He llegado oportunamente. Cuando una pitusa de este calibre comienza a hablar de sus méritos personales y de cómo los encerró en un bañador para ganar un concurso de belleza, tu equilibrio mental se altera considerablemente. Dime lo que quieras de esta, mala pécora y *yo* me encargaré de obtenerlo.

—Estaba empleada en la empresa importadora *Mizukaido* —le dije—. Se hizo muy amiga de Carl Christopher, de la firma *Christopher, Crowder* y *Doyle*, que, entre otros artículos, distribuye cuchillería. Evelyn y Christopher salían juntos con frecuencia. Cuando la empresa japonesa tuvo en su poder un nuevo artículo de cuchillería, Evelyn les hizo saber que, tal vez, consiguiera que *Christopher, Crowder y Doyle* se interesasen en su distribución. Pues bien, lo consiguió. Cuando llegó el momento de seleccionar a una «*Miss* Ferretería americana» para la convención de Nueva Orleans, con toda su secuela de pruebas cinematográficas en Hollywood, apariciones en la televisión, etcétera, Evelyn decidió que también a ella le había llegado el momento de dejar su empleo. Confió sus propósitos a su buen amigo Christopher. Éste le recomendó que se hiciese fotografiar en bañador y que enviara las fotografías al comité seleccionador. Le recomendó también que se las hiciese en California y que, asimismo, se domiciliase aquí, para no dar la impresión de que le estaba ayudando.

»Por lo que he podido deducir, Evelyn consultó con los agradecidos japoneses de la empresa importadora, y éstos la

pusieron en relación con Takahashi Kisarazu, de la *Happy Daze Camera*. Y cuando estaba a punto de obtener más datos, llegaste tú como una tromba…

—¡Puedes agradecérmelo! —dijo Bertha—. Esta pindonga conocía tu flaco, y antes de cinco minutos te habría reducido a jalea de membrillo. Tú déjame a mí, ahora. Yo sé cómo hay que tratar a estas pelanduscas.

El teléfono comenzó a sonar.

Antes de que Bertha pudiera impedirlo, Evelyn se apoderó del receptor y dijo:

—¡Diga…! En este momento tengo compañía… —Su voz, repentinamente, vibró de entusiasmo—. ¡Oh, inspector Hobart! —exclamó—. Claro que tendré mucho gusto en verle… ¡Un gusto *extraordinario*! No estoy sola, pero las personas que están conmigo en el cuarto están ansiosas de marcharse. ¿Por qué no sube? ¿Hay *alguien* con usted? Magnífico… No, no, en absoluto. Tendré mucho gusto en verle. Suba.

Evelyn, con el teléfono pegado al oído, sonreía. Yo sabía muy bien que Bertha podría desenredarse de cualquier situación sin mi ayuda. Y sabía también que, para desenredarme yo de la mía, tendría que apelar a todos los recursos de mi imaginación y un poco más. Me abalancé a la puerta, salí al pasillo, lo recorrí como una exhalación y me metí en el cuarto desocupado en el que había dejado las maletas. Cerré la puerta y esperé.

Fue una espera angustiosa. Podía oír las palpitaciones de mi corazón. Oí cómo se abrían y cerraban las puertas del ascensor y, luego, un rumor de pasos…

Esperé todavía unos minutos y, hecho ya el silencio, tomé las maletas, salí de la habitación y me dirigí a la escalera; bajé por ella y tres plantas más abajo tomé el ascensor que me llevó, con mis maletas, al vestíbulo.

El empleado de la recepción golpeó con la palma de la mano un timbre y vociferó:

—¡Oye!

Al ver que no le hacía caso volvió a vociferar con más ímpetu:

—¡Eh, *tú*, muchacho…!

Dejé en el suelo las dos maletas.

—Acompaña al señor Jackson hasta el 813 —me dijo—. A no ser

que…

Miré al hombre llamado Jackson. No era, ni más ni menos, ¡pásmese el lector!, que ¡mi amigo Jasper Diggs Calhoun, de Los Ángeles! Vestido como estaba de «*botones*», no me reconoció.

Me dirigí al de la recepción:

—Voy a llevar estas maletas a un cliente que está esperando ahí fuera, en un taxi.

—Está bien —dijo el empleado. Y, volviéndose hacia Calhoun, le dijo—: Espere un segundo, señor Jackson. Llamaré a otro «*botones*».

Volvió a golpear el timbre con la palma de la mano.

Recogí del suelo las dos maletas y salí a la calle. Afortunadamente había un taxi estacionado frente a la puerta del hotel. Entregué al chófer las maletas. Las depositó en el coche y esperó a que se presentase el viajero.

Subí al vehículo y le dije al chófer:

—Voy a llevar estas maletas a una casa, al extremo de esta calle.

Recorrimos la calle hasta el final, y la doblamos. No había luces rojas, ni sirenas, ni pitos. Calma completa.

Lancé un hondo suspiro de alivio.

Dije entonces al chófer adonde tenía que llevarme.

Nos detuvimos ante la casa de las chicas y ordené al chófer que esperase.

Devolví las maletas a Bernice y Ernestina y les dije que se olvidasen por completo de todo lo que había ocurrido. Me cambié de ropa en el cuarto de baño, entregué a Bernice el uniforme de «*botones*» y volví al taxi. Hice que el chófer me llevara a unas cuatro manzanas del hotel «Ocean Beach».

Volví a recorrer el callejón, contorneé el edificio y me encontré de nuevo ante la escalerilla de incendios. Alcancé el extremo de la cuerda, tiré de ella e hice bajar hasta el suelo la última sección de la escalera. Ascendí por ella, después de haber desatado la cuerda, que arrollé a mi cuerpo.

Llegué a la planta deseada, salté del balcón al pasillo y me encaminé al cuarto que había alquilado Hazel.

Había introducido el llavín en la cerradura cuando oí, dentro de la habitación de la joven, el ruido intermitente del teléfono.

Esto era algo con lo que no había contado. Si contestaba a la llamada y la policía oía una voz de hombre, no tardaría en

averiguar lo que ocurría. Si nadie contestaba, se preguntarían qué diablos estaría haciendo Hazel y probablemente se pondrían a atar cabos…

Me precipité por el pasillo y golpeé suavemente con los nudillos la puerta de mi habitación.

Hazel, muy ligera de ropa, abrió la puerta. Iba a decir algo y se calló, azorada. Yo le prendí por la muñeca y la saqué al pasillo. Le di la llave y le dije, en voz muy baja:

—¡Vaya a su cuarto, pronto! ¡El teléfono está sonando! ¡Dígales que estaba en el cuarto de baño!

—Estoy medio desnuda —susurró—. Me quité el vestido porque…

—¡Corra! ¡No pierda un segundo! —le dije, dándole una palmada vigorosa allí donde la espalda pierde su púdico nombre.

Entré de puntillas en mi habitación, tosí un par de veces y a continuación bostecé, metiéndome a continuación en el cuarto de baño.

Me lavé las manos, que me tizné en la maniobra de la escalerilla de hierro, y volvía al cuarto cuando penetró en él, subrepticiamente, Hazel.

Fruncí el ceño.

Señaló con el gesto su escaso ropaje, como disculpándose, fue a un armario, descolgó su vestido y se quedó mirándome, con el vestido en la mano, acongojada.

De repente comenzó a sonar el teléfono.

Dejé que pasaran unos cuantos segundos. A continuación descolgué el receptor y hablé soñoliento.

—Diga.

La voz del inspector Hobart llegó hasta mí:

—Hola, Lam. Sin duda te he despertado…

—Supongo —exclamé, irritado— que quiere que le dé alguna idea más.

—Me imaginé que te gustaría saber —dijo el inspector Hobart—, que en Los Ángeles,
Dover C
. Inman, dueño de la cafetería *El buen yantar*, acaba de confesar al sargento Sellers que él y Herbert Baxley cometieron el robo al camión blindado.

»Los dos conductores del camión andaban muy encandilados con dos chicas de la cafetería, e Inman aprovechó esta coyuntura. Siguiendo sus instrucciones, las chicas les escamotearon las llaves. No necesito decirte cómo lo hicieron; el caso fue que Inman sacó el molde de estas llaves y las mandó duplicar. Cuando se detuvo el camión la siguiente vez en la cafetería, Baxley estacionó su coche detrás del camión. Sabía que llevaba una remesa de cien mil dólares en billetes de mil, a nombre de Standley Downer. Downer quería el dinero en billetes grandes porque tenía el propósito de desaparecer del paisaje en compañía de Evelyn Ellis. Baxley lo supo por una amiga de ésta.

»Dadas las circunstancias, Frank Sellers está que arde de entusiasmo. Incluso le caes simpático. Recobró todo el dinero, menos seis mil dólares. Reivindicó su buen nombre, resolvió el robo del camión blindado y me encargó que te dijera que siempre había sido amigo tuyo… que a veces le exasperabas por ese descaro tuyo tan característico, pero que, en resumidas cuentas, eres, para usar sus propias palabras "un simpático hijo de la *gran tostada*".

»De modo, Lam —dijo el inspector Hobart—, que estás ya fuera de cuarentena. Por lo tanto, puedes hacer lo que mejor te venga en gana. Incidentalmente, por si no lo sabes, tu amiguita Hazel, está inscrita en este hotel bajo el nombre de Hazel Bickley. Está en el cuarto 417, en la misma planta. ¿Por qué no la llamas?

—¿Está aquí?

—¿Fue usted quien la instaló en este hotel?

—No. Se instaló ella sola —dijo el inspector Hobart—. Yo monté la trampa. Tú fuiste el cebo. Su abogado estuvo telefoneándome una y otra vez, echando pestes porque no te poníamos en libertad. Por fin, le dimos la hora exacta en que te soltaríamos. Sabíamos que avisaría a su cliente y que ésta, inevitablemente, te seguiría la pista. El agente que te trajo a este hotel vio, naturalmente, a la persona en cuestión, pero tuvo que «hacerse el neurasténico». Pero ¡no importa, señores aficionados! ¡Seguid aferrados a la idea de que la policía se chupa el dedo!

—Un momento —le dije—. Si Frank Sellers ha recuperado el botín de ese atraco al camión blindado, ¿qué pasó con los cincuenta mil dólares que yo tuve en mi poder?

—Eso es cosa tuya, Lam —dijo—. El sargento Sellers tenía en sus

manos un caso por robo a un camión blindado. Lo ha resuelto. Yo tengo en las mías un caso por asesinato. Y ése no lo he resuelto… todavía. Tú perdiste cincuenta billetes de los gordos, Lam. Y ese caso no lo has resuelto. Y, es más, ¡no lo resolverás! Todos tenemos nuestros apuros, muchacho. No te desanimes.

—¡Eh, un momento! —le dije yo—. ¿No ha visto usted a Evelyn Ellis en estas dos últimas horas?

—No. Registramos su cuarto de arriba abajo, y nada encontramos. Está fuera de juego… por ahora. Ahora bien, en el caso de que proyectes celebrar alguna entrevista confidencial nocturna, observa el tacto delicado que empleo… con tu cliente, Hazel Clune, alias Hazel Downer alias Hazel Bickley, te prevengo que en tu cuarto hay algunos micrófonos. Desde que llegaste a él te hemos tenido en audible vigilancia. Tenemos incluso una cinta impresionada de tu cháchara con Hazel.

—¡No me diga! —exclamé.

El inspector Hobart se echó a reír.

—Por supuesto, no admiro tus gustos en televisión, Lam. Dadas tus proezas deductivas, creía que sentías predilección por esos programas de televisión dedicados a los detectives particulares. No podía imaginarme que te gustaran las películas románticas, idílicas y lacrimógenas. Si no lo hubiera oído, no lo habría creído…

—¡Oiga! ¡Un momento! —dije—. ¿No ha estado usted en el hotel «Caltonia»? ¿No ha ido a ver esta noche, en su cuarto, a Evelyn Ellis?

—No, ya te lo he dicho. En estas dos últimas horas, no la he visto.

—Oiga, inspector, hágame usted un favor. En muy poco más de media hora estaré en el «Caltonia». ¿Quiere ir allá conmigo?

—¿Por qué?

—Lo verá cuando lleguemos. Es algo extraordinario.

—¿Otra de tus brillantes ideas?

—Exacto.

—No, amiguito —dijo—. Me voy a casa, a acostarme. No estoy dispuesto a corretear a estas horas de la noche por la ciudad, sólo para que me expongas tus brillantes ideas.

—Inspector, esto es importante. Por favor…

—¡Basta! —exclamó—. No quiero tener más quebraderos de

cabeza.

—Está bien —le dije—. Déjeme decirle algo. Evelyn estaba empleada en la Compañía Importadora *Mizukaido*. Esto fue antes de que se convirtiera en «*miss Ferretería americana*». Carl Christopher, presidente de la empresa cuchillera *Christopher, Crowder y Doyle* se encaprichó por ella. La chica supo explotar esta amistad, logrando, entre otras cosas, un gran pedido para la *Mizukaido* sobre el que, supongo, obtuvo una buena comisión. Este gran pedido, si le interesa saberlo, fue la distribución exclusiva, en todos los Estados Unidos, de trinchantes de finísimo acero de Suecia con mangos de plástico imitando el ónice. Fuera del gerente de la empresa importadora japonesa, fue ella la primera persona en los Estados Unidos que tuvo en su poder ese trinchante. Con una muestra del mismo consiguió que Carl Christopher hiciese el negocio. Ahora bien, si usted…

—¡Por vida de…! —exclamó, y colgó el teléfono.

Me volví hacia Hazel, que seguía en el mismo lugar, dulcemente seductora, con su vestido en la mano.

—¡Póngaselo, sin perder un instante! —le grité—. Tenemos los minutos contados. Ese «polilla» endiablado quiere ganarme terreno. —Sacudí el teléfono hasta que me contestaron los de recepción—. ¡Un taxi! —le dije al empleado—. ¡Inmediatamente!

capítulo once

ANTE la perspectiva de una buena propina, el conductor del taxi hizo prodigios de velocidad. Desde el momento en que el inspector Hobart colgó el teléfono hasta el de nuestra llegada al hotel, transcurrieron exactamente, veintidós minutos.

—Venga, Hazel —apremié.

Cogiéndola de la mano, entramos en el hotel, cruzamos el vestíbulo y tomamos un ascensor que nos llevó al séptimo piso.

Sin soltar de la mano a Hazel, llegamos ante la puerta de la habitación de Evelyn Ellis.

Estaba abierta.

El cuadro que se ofrecía a mi vista era de un campo de batalla, después de retirados los bandos contendientes. Evelyn Ellis estaba envuelta en una bata de baño de franela y lloraba a lágrima viva. Los restos de su vaporoso *negligée* estaban desparramados por el suelo. Con un ojo, el derecho, que se iba hinchando y amoratando por momentos, la expresión de su rostro tumefacto revelaba un verdadero terror.

La voluminosa Bertha Cool, en el centro de la habitación, los brazos en jarras, contemplaba, satisfecha, su obra destructora.

El inspector Hobart había estado tomando notas. Estaba como aturdido.

Alzó la vista hacia mí y no demostró que mi presencia le sorprendiera lo más mínimo. Daba ahora la impresión de un hombre a prueba de sorpresas.

Bertha me miró y me dijo:

—¿Por qué diablos echaste a correr? Pero, ¡hombre de Dios! ¿No conoces el truquito del teléfono? Un tipo le llamó y dijo: «Sí, sí, inspector, suba»… Y saliste disparado… ¿No comprendes? Era un amiguito suyo que quería subir a verla. Llamó para ver si no había

moros en la costa. En cuanto el individuo oyó que no estaba sola, colgó, lleno de pánico. Desde donde estaba pude oír el chasquido del receptor. No obstante, ella siguió hablando y soltó aquel camelo sobre el inspector Hobart, a fin de asustarte.

Miré, muy serio, a Bertha y le dije:

—Pero ¿de quién estás hablando? En tu excitación, me confundiste con otro. Bertha, ¿recuerdas a nuestra cliente? Ésta es Hazel.

Hobart lanzó una mirada a Bertha.

—Tiene razón Lam. En su ofuscación, se confundió usted. Lam no salió en toda la noche de su habitación. Le hemos tenido bajo vigilancia auditiva. Si es un truquito suyo, busque otro mejor. Ése no cuela.

Bertha comenzó a decir algo, pero cambió de parecer y optó por el mutismo.

Me encaré con Bertha y le pregunté:

—¿Cómo ha ido el partido?

—Cinco a cero. El cero lo lleva en el ojo —dijo Bertha—. Ahora hablemos en serio. Esta pindonga sostenía relaciones amorosas con un jefe de publicidad llamado Calhoun. No le desagradaba, pero el hombre estaba en la inopia. Entonces conoció a Standley Downer y, como éste tenía pasta en abundancia, nuestra amiguita Evelyn dejó plantado a Calhoun.

»Calhoun no se conformó. Es un hombre celoso y violento. Logró averiguar dónde se encontraba Downer; vino y encontró juntos a los dos tortolitos, en el momento preciso en Downer abría el baúl y se daba cuenta de que no era el suyo.

»Estaba tratando de explicarle a Evelyn que era él el primer sorprendido por el cambio de baúles, que en el suyo tenía guardado mucho dinero y que alguien, sabedor de esto había hecho el cambiazo. Evelyn no le creyó y le cubrió de insultos. Soliviantado, perdida la paciencia, Standley se abalanzó sobre Evelyn y le echó las manos a la garganta. Calhoun, que acababa de entrar en el cuarto, al ver en peligro a su amada, cogió el trinchante, que estaba encima del tocador, y lo hundió en la espalda de Downer.

—Pero, ¡mil cuernos! —exclamó el inspector, airado—. ¿Qué demonios hacía allí el trinchante? ¿Puede alguien aclararme su procedencia? —Enhebró a continuación varias palabras

malsonantes, se detuvo y dijo—: Perdónenme; me había olvidado de que hay aquí una dama.

Bertha miró a su alrededor.

—¿Dónde está la dama? —Y luego añadió—: No se preocupe, inspector, no le ofrezco una muestra de mi vocabulario porque se ruborizaría. Usted quería saber por qué estaba allí el trinchante. Voy a decírselo. Este trinchante es, como si dijéramos, un símbolo doméstico enternecedor. Todo comenzó en un pisito con cocina. Un nido de amor. Allí estarían los dos juntos, atortelados y felices. No saldrían; comerían en casa. Y así fue cómo Evelyn aportó al menaje, como emblema de domesticidad, el famoso trinchante.

»Después del *trinchamiento*, Evelyn aconsejó a Calhoun que se fuera de allí y se llevara el estuche de fantasía con el tenedor, que hacía juego con el cuchillo. De éste se encargaría ella. Le recomendó que tomara el avión para Los Ángeles. Le prometió que se reuniría con él más tarde. Me imagino que estará allí esperando a que esta pelandusca cumpla su promesa.

»Después de deshacerse de Calhoun —prosiguió Bertha—, aquí, la señorita *Trinchante*, registró el cadáver y halló cosido al pantalón un cinturón dentro del cual había setenta y cinco billetes de mil dólares. Por supuesto, se apropió el dinero.

»Seguidamente inspeccionó el contenido del baúl y, por una nota que encontró en él, se enteró de que aquél pertenecía a un tal George Biggs Gridley que paraba en el hotel “Golden Gateway”. No cometió el error de dejar mensajes para Gridley ni de llamarle desde su hotel, pero se gastó más de cuatro dólares en monedas de diez centavos llamando desde la cabina telefónica del vestíbulo para comunicarse con el señor Gridley.

»El cuchillo y el cinturón de gamuza que había contenido los billetes los metió en una cartera de cuero que había pertenecido a Downer, y al bajar al vestíbulo, la dejó caer casualmente en medio de otros bultos.

»Borró todas las huellas e hizo todo lo necesario para cubrir su retirada, antes de que fuera descubierto el cuerpo. Standley Downer era un tahúr que iba a desaparecer de la circulación. Esto explica que todo su dinero lo tuviese en billetes grandes. Pero, como hombre desconfiado que era, no puso todos sus huevos en una canasta. Llevaba en el cinturón del pantalón setenta y cinco billetes,

y depositó los otros cincuenta en el fondo secreto del baúl. El hecho de que le robaran al Banco los cien mil dólares suyos no tenía para él la más mínima importancia. La remesa estaba asegurada. El Banco pagó a Standley, y asunto concluido.

Evelyn, durante esta escena no había dejado un instante de llorar, completamente desamparada.

Hazel escuchaba, estupefacta. Sus ojos parecían platillos.

—Bien, bien —dijo Hobart—. Iremos a Los Ángeles a detener a Calhoun. Sin duda…

—Un momento, por favor —le interrumpí yo. Fui al teléfono, descolgué el receptor y hablé con la recepción—. Por favor, comunique al señor Jackson, habitación número 813, que un agente de la policía está en el hotel y le ruega que baje inmediatamente al cuarto 751, que ocupa Evelyn Ellis.

Colgué el receptor y le dije al inspector Hobart:

—Vamos. Tenemos el tiempo justo.

Nos precipitamos a la escalera y subimos a la planta superior.

Estábamos a un metro de la habitación 813 cuando la puerta de ésta se abrió violentamente para dar paso a Calhoun. Llevaba una maleta en la mano y en su rostro se reflejaba un pánico intenso.

—¡Hola, Calhoun! —le dije—. ¿Me recuerda? Soy Lam. Aquí el inspector Hobart, que ansía estrecharle la mano.

Le estrechó las dos manos, con sendas esposas que sacó, rápido de su cinturón. Después de ajustárselas, se volvió hacia mí y me miró con ojos suspicaces.

—Ahora, dígame, ¿cómo sabía que este individuo paraba en este hotel con el nombre de Jackson? —me preguntó.

—Inspector —le dije—, no tendrá más remedio que atribuir esta presciencia mía a las facultades brillantes que uno adquiere viendo los programas de televisión. Cualquiera que haya seguido los programas referentes a los detectives particulares sabe muy bien que el azar interviene siempre a favor del detective privado, situándole en el punto preciso, en un hotel o en cualquier otro lugar que le permita resolver el crimen en treinta minutos justos, incluidos los anuncios de lavadoras eléctricas y medias de nylon.

El inspector Hobart bajó un hombro y echó atrás el brazo para golpearme. Estaba lívido, trémulo de cólera. Pudo, no obstante, reprimirse. Tomó aliento, y dijo:

—Te lo agradezco, Lam. Pero empiezo a comprender la opinión que el sargento Sellers tiene respecto a ti.

Condujimos a Calhoun al cuarto de Evelyn Ellis.

Miss Ferretería seguía sollozando bajo la mirada impasible de Bertha Cool.

Le bastó una sola mirada al cuadro desolador para comprender que había perdido la partida. Y Calhoun confesó de plano.

Sabía que Evelyn le había traicionado. Descubrió que Downer proyectaba trasladarse a San Francisco, donde él y ella vivirían juntos como marido y mujer. Con el fin de trastocar sus planes, telefoneó a su piso, simulando que era un *gángster* y, disfrazando su voz, profirió una serie de amenazas contra Downer.

—En otras palabras —le dije a Calhoun—, ya germinaba desde ese momento en su cerebro la idea de matar a Downer para quitarlo de en medio.

—¡No, no, no! —gimoteó histéricamente—. ¡Lo juro! ¡Juro que no!

—No sea necio, Calhoun —dijo Hobart—. No sé si podremos probarlo o no, pero éste es un caso de premeditación tan claro como la luz del día. ¡Un asesinato con todas las agravantes!

—Me estaba defendiendo —invocó, sin dejar de llorar, Evelyn.

—Eso es lo que *usted* dice —exclamó Hobart—. Veremos lo que dice el jurado. —Se volvió hacia nosotros y añadió—: Bueno, respecto a vosotros, voy a daros un consejo. ¡Fuera de aquí, y al decir *aquí*, me refiero a la ciudad de San Francisco! ¡Y os prevengo una cosa! ¡Ni una sola palabra de esto a los chicos de la Prensa! De lo contrario, si volvéis a poner los pies en esta ciudad, toda la policía de San Francisco os liará la vida imposible.

»Voy a mandar que la policía os escolte hasta el aeropuerto. Iréis allá tan rápidamente que batiréis todos los récords habidos y por haber, y si os rompéis la crisma, ¡tanto mejor!

»Y, cuando lleguéis a Los Ángeles, no digáis ni pío a los periodistas. Frank Sellers me dijo ya cómo había recuperado allí el dinero, y yo le diré ahora cómo resolví aquí el caso del asesinato. Tú ocúpate entretanto, Lam, de resolver tu propio caso. Averigua cómo te escamotearon los cincuenta billetes grandes que tuviste en tu poder, si es que alguna vez los tuviste…

—No tengo que resolver ese caso —dije yo—. Ya sé ahora a qué

manos fue a parar ese dinero.

—¿Quién te lo quitó?

—He sido un idiota —dije—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

—Está bien —me dijo el inspector—; me entrego. ¿Quién ha sido?

Con el índice señalé a Bertha Cool.

—Vamos Bertha, ¡desembucha! Por unos instantes el rostro de Bertha enrojeció de cólera. Luego empezó a hablar:

—Me diste un susto morrocotudo. Por poco me desmayo. Abrí el paquete para ver lo que había en él y devolverlo. Vi, primero, la cámara y, luego, la caja con el papel fotográfico, y, como notara algo raro en los precintos, abrí el paquete y descubrí los billetes grandes. Los recogí y los guardé en el cajón de mi mesa. En ese momento telefoneó el sargento Sellers, hablándome de ti, y comprendí que te habías metido en un lío y que ese dinero no había que tocarlo ni con pinzas. Lo puse a buen recaudo, corrí a una tienda de artículos fotográficos, compré una caja de papel para ampliaciones idéntico al que tú habías comprado, corté los precintos con mi cortaplumas y lo puse en el paquete en el lugar del otro. Seguidamente entregué el paquete a Dorris Fisher para que lo envolviera y lo devolviera a la tienda de San Francisco. ¡Cincuenta billetes grandes! ¡Un dinero que no podía cogerse ni con pinzas! No he podido dormir desde aquel momento…

Me volví hacia Hazel Downer y sonreí, sarcástico.

—No se necesitarán pinzas para cogerlo… Bastarán unas manos blancas de mujer.

—¡Cómo! —exclamó Hazel—. ¿Es *mío* ese dinero?

—Suyo y bien suyo.

—Vas a sudar lo tuyo para probarlo, cariño —le dijo Bertha Cool.

—En absoluto —dije yo—. Tengo una carta firmada por Standley Downer por la que éste declara haber donado a Hazel ese dinero. Downer apostaba en grande en las carreras y ganaba el dinero a espuertas. Sólo tenía un flaco, y era que le gustaban las mujeres. Y también el cambio. Cuando conoció a Evelyn, decidió cambiar a Hazel por un nuevo modelo.

—Eso de nuevo, vamos a dejarlo —dijo Hazel—; de segunda

mano, y gracias.

Evelyn ni siquiera levantó la cabeza. Estaba por completo anonadada. Hazel me echó los brazos al cuello y sus labios buscaron, ávidos y agradecidos, los míos.

—Donald —susurró—, ¿esos billetes que encontró tenían las puntas recortadas?

—Si no las tenían cuando los encontré —le susurré yo a mi vez —, las tendrán, seguramente, y bien recortadas, cuando Bertha los devuelva. No va a dejar escapar de entre sus dedos *anillados* el tanto por ciento que le corresponde a la Agencia por haberlos recuperado… Francamente, Hazel, tuve que manipularlos con demasiada rapidez para advertirlo. No obstante creo…

Bertha me interrumpió, tonante:

—¡Por Dios y todos los santos! ¡Deja ya de hacer el Romeo! ¡Créeme, el tipo no te acompaña!

Mientras tanto, el inspector Hobart telefoneaba a Jefatura:

—Traigan para acá un coche patrullero provisto de luz encarnada y sirena, y el mejor conductor que tengan ahí. No les pido a Fangio porque sé que no disponen de él. Hay que llevar al aeropuerto a dos personas que tengo aquí, que tienen una necesidad tremenda de llegar a Los Ángeles cuanto antes.

Colgó violentamente el receptor y, volviéndose hacia mí, exclamó:

—¡Malditos aficionados!

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.